



un
Espíritu
incansable



Fondo Editorial
María Cano

Ligia González Betancur



un
Espíritu
incansable

Ligia González Betancur

Créditos

Fundación Universitaria María Cano
Vigilada MinEducación
2021

Hugo Alberto Valencia Porras
Rector

Jorge Albeiro Herrera Builes
Vicerrector Académico

Carlos Julio Escobar Noreña
Vicerrector de Extensión y Proyección Social

Andrés Gutiérrez Villa
Vicerrector Administrativo y Financiero

Diana María Gaviria Palacio
Secretaria General

Luis Horacio Escobar Correa
Jefe Oficina de Comunicaciones

Juan Carlos Rodas Montoya
Editor

Fondo Editorial María Cano
Calle 56 N. 41 – 90 Medellín

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación para la venta u otros fines comerciales o educativos, sin previa autorización por escrito de quien detenta los derechos de autor. Para utilizar información contenida en ella se deberá citar la fuente.

ISBN 978-958-53419-1-3

Tabla de contenido

Presentación.	7
Prólogo.	9
Sus primeros pasos en Donmatías.	11
Infancia.	11
Juventud.	31
Ligia González Betancur en la actualidad.	53
Polifonía de voces.	63
Ligia González Betancur, en síntesis.	102
Agradecimientos.	106
Colofón.	115



Presentación

“Si ayudo a una sola persona a tener esperanza, no habré vivido en vano”.

Martin Luther King

Para describir a la mujer, al ser humano, al alma que hay detrás de la doctora Ligia González Betancur, es necesario citar a Ernest Hemingway cuando escribe que: *“El hombre que ha empezado a vivir seriamente por dentro, empieza a vivir más sencillamente por fuera”*; y esa es la fiel descripción de la hija del municipio de Donmatías, en el norte de Antioquia, quien salió de una familia humilde, vivió su infancia y juventud en medio de esas limitaciones y necesidades características de gran parte del pueblo colombiano, las mismas que han servido de abono para que las semillas crezcan, se fortalezcan y den frutos admirables: hombres y mujeres que han entregado su vida al servicio de la Nación y de las personas que les rodean, sin la búsqueda del reconocimiento público con la esperanza, eso sí, de servir y ver a los demás alcanzar una mejor calidad de vida.

Desde mi llegada a la Rectoría de la María Cano he sido un convencido de la importancia de velar por el nombre e imagen de María de los Ángeles Cano Márquez, para que nunca pase por la negligente bodega que es el olvido, después de una existencia dedicada a la lucha por el bienestar comunitario; pero, para ello, es preciso recordar a la persona que lideró la creación de la Institución que le rinde tributo, desde hace más de tres décadas, a la dama de sociedad, a la poeta, a la escritora, a la abanderada de la educación y del servicio. Este tributo a la María Cano lo rinde todos los días la doctora Ligia, nuestra fundadora, primera Rectora, presidenta del Consejo Superior y el alma de la Institución.

Imponente figura. Basta verla y escucharla para sentir y evidenciar que se está frente a una persona que tiene clara la importancia de la educación para superar la pobreza, vencer las necesidades, reconocer las oportunidades que brinda la vida y seguir un camino de rectitud y convicciones inquebrantables de superación ante la adversidad. Siempre la he mirado como la profesional, la dama que se apasiona por la educación y el servicio, la que está al tanto del acontecer, que escucha noticias, lee periódicos, devora libros y no se pierde la información diaria porque analiza los programas de opinión para estar al tanto de lo que sucede a su alrededor. Además, nunca olvidaré cuando tuve la oportunidad de hablar con ella sin las barreras que dan las oficinas y, de manera jocosa, comenzó a contar parte de su historia personal.

Pasaron las horas y no podía creer la información que llegaba a mi cabeza y a mi corazón; la niñez, en medio de las angustias vividas por la constante disputa entre

liberales y conservadores; la lucha de un padre abnegado que se preocupaba por conseguir el sustento diario para su familia; los constantes recorridos por las calles de su población natal persistiendo por oportunidades de estudio y las frías mañanas en las que, desde muy temprano, en medio de un clima hostil, estaba lista para enfrentar al mundo. Ahí comprendí ese carácter de matrona, su preocupación por mostrar la mejor cara, a pesar de las adversidades y su reloj biológico inapagable que la lleva a trabajar y trabajar sin mirar el tiempo o pensar en el cansancio y con el ritmo necesario para que las 24 horas del día parezcan el doble.

Escuchar hablar a la doctora Ligia es sinónimo de aprender, de recapacitar sobre el papel que tenemos en este mundo, al que venimos momentáneamente a “servir a los demás”. Tiene una marcada preocupación por el bienestar de quienes la rodean, por garantizar oportunidades y educación a los que no cuentan con subsidios o certificaciones bancarias que los respalden. No podía ser otra la mujer que ocupó por primera vez la Rectoría de la Fundación Universitaria María Cano y que sigue, año tras año, recorriendo los pasillos de la Institución para hablar de calidad, de cobertura educativa, de planeación, de autoevaluación y de ponernos retos que permitan a la María Cano estar a la altura de las verdaderas necesidades de nuestra comunidad universitaria.

El agradecimiento es no olvidar de dónde salimos, el camino que hemos recorrido y las metas que nos hemos trazado; saber que debemos retribuir a la vida la generosidad con la que nos ha tratado... Ella no olvida su historia, lo que ha pasado durante su vida, las rutas que recorrió a caballo por diferentes zonas rurales, para llegar a veredas apartadas y ser profesora de menores que vivían en condiciones complejas. Pudo quedarse en Donmatías, buscar un trabajo como profesora y tener una madurez relativamente tranquila, pero se enfrentó al mundo, demostró sus conocimientos y su enorme visión de lo que podría ser la transformación de la educación superior.

Hoy, literalmente, da “sopa y seco” cuando alude a la academia y, además, brilla con luz propia como ser humano porque tiene un alma que no la deja existir simplemente; ella quiere, mientras Dios se lo permita, gozarse su historia y ponerla a disposición de los demás y lo representa a diario en su papel como madre, amiga, hermana, tía, abuela, jefe, compañera, ciudadana y educadora.

Pasen, lean, sonrían, disfruten y conozcan el lado humano de una mujer que es digna de admiración.

Hugo Alberto Valencia Porras
Rector

Prólogo

“No vengarse de un enemigo cuando se halla la ocasión es una prueba de humildad; mas compadecerse de él cuando ha caído en desgracia es la mayor señal de generosidad”.

Platón

La vi por primera vez en uno de los recintos de la Fundación Universitaria María Cano. Nos encontramos con Luis Horacio Escobar, quien ha sido su comunicador durante cerca de dos décadas y, además, ya había vaticinado que nos íbamos a entender muy bien porque “la doctora Ligia es un excelente ser humano y tiene múltiples historias para contar”. Lo primero que advertí es que es tímida puesto que dio razones sobradas para no contestar preguntas ante cámaras o micrófonos. Al tiempo, sentía los ecos de algunas personas que dijeron conocerla como una mujer estricta, disciplinada, correcta y muy, pero muy solidaria. También la oí decir que “su vida es muy sencilla, plana y que difícilmente tiene historias para contar”. Acordamos que nuestros encuentros fueran cada ocho días y que empezáramos por la infancia, luego por su juventud, además de las palabras y testimonios de personas cercanas que la conocen en el trasegar de la vida, sus acciones, obras, y finalmente, una que otra anécdota sobre la familia y sus amistades.

Este ser humano que narra su vida en sus propias palabras se convirtió, gradualmente, en un cántaro de musicalidad porque la forma de contar deja entrever quién es desde sus primeros días en Donmatías, ese pueblo del norte de Antioquia, que ha recibido tres nombres a lo largo de toda su historia: *Azuero*, *San Antonio del Infante y Donmatías*, nombre que recibió en 1787, por don Matías Jaramillo, dueño de un establecimiento minero en la zona en la que hoy se encuentra la iglesia de esta población. Esa iglesia le trae recuerdos, positivos y negativos, porque determina unos acontecimientos tristes y alegres. La iglesia de Donmatías es un referente en varias de las historias que se cuentan en esta obra. Eran días en los que los curas no les permitían la entrada a quienes se declaraban liberales en un pueblo conservador. Este tema le marcó el alma, el corazón y hoy, después de tantos años, sigue ahí como una huella imborrable que delineó acciones y decisiones vitales para crear un carácter que defiende como principio de vida. Ligia González Betancur construyó su existencia, piano a piano, con lentitud, pero con seguridad, despacio, con la tranquilidad de quien sueña para triunfar, a pesar de las adversidades y, como en el

mito de Sísifo, la vida misma le puso más rocas de las que podía cargar. Comparto con los lectores este prólogo con el propósito de que se inmiscuyan en su lectura porque no se trata de una apología *per se*, más bien, se intenta hacer un homenaje a una persona que enfrentó y sigue enfrentando dignamente los embates que Dios y la vida le han puesto porque sabe que está ahí por y para alguien.

En el texto aparecen voces que van dibujando-construyendo el perfil de una mujer que recuerda nítidamente fechas, nombres de personas, lugares y situaciones que más de uno quisiera no recordar porque tantos sentimientos encontrados arruinan vidas presentes. Ella lo sabe y no deja perder ninguno porque, sostiene, sus recuerdos son su mayor fortuna para un presente que vivifica el espíritu guerrero al que un niño, en alguna oportunidad, le dijo: "Yo quiero tocar a esa señora que huele a mamá, pero que no me dejan abrazar". Este podría ser el título de esta obra porque Ligia González Betancur huele a mamá y los lectores van a sentir ese olor porque hay consenso entre las personas que aparecen en ella. Hay un olor a madre buena, trabajadora, honesta y aguerrida que siempre tiene una sonrisa para compartir y dos manos para apoyar. En otros contextos le han puesto epítetos como La generala y La capitana para nombrar una de sus cualidades: la puntualidad y la disciplina para que todo funcione como un reloj. Lo paradójico es que, al mismo tiempo, cuando empezó sus narraciones, las lágrimas no la dejaban contar porque sus recuerdos gratos se confunden con los menos gratos y, en esa confusión, nace un poema que se volvió libro, narrativa y, sobre todo, homenaje.

La lectura de este texto es un buen encuentro con las palabras de una mujer que se narra y en su narración halla sosiego para irrigar de metáforas de vida a otros con su sabiduría pragmática que aún reciben los beneficios de quien encarna dos valores universales cada vez más escasos: humildad y generosidad. Hasta Fernando, su conductor, ha recibido los beneficios de sus "generosidades", pero el mayor aprendizaje, dice él, fue la puntualidad y la disciplina.

Juan Carlos Rodas Montoya

Editor

Sus primeros pasos en Donmatías

“Las principales cualidades que determinan al ser humano perfecto es la paciencia, la generosidad, la humildad, la cortesía, el desprendimiento, el buen carácter y la sinceridad”.

Joseph Murphy

Infancia

Contexto histórico

Con este epígrafe de Joseph Murphy quiero comenzar este apartado en el marco de un contexto geográfico de Donmatías, lugar de nacimiento de Ligia González Betancur, una mujer que recuerda con nostalgia sus primeros encuentros con su propia humanidad. En su época, Donmatías se había convertido en la cuna de la industria de la confección, gracias a que en la ciudad de Medellín se comenzó a descentralizar la empresa manufacturera. Así fue cómo llegó a Donmatías la industria del vestido y la comunidad encontró fuentes de empleo porque su espíritu comercial era eminentemente agrario. Estos primeros trabajadores aprendieron de maquila y fundaron sus industrias que hoy tienen reconocimiento en los ámbitos nacional e internacional. Donmatías es un municipio de clima frío, su templo es inmenso y una de sus grandes atracciones es la Represa de Río Grande.



Jesús Octavio González Mejía y Ana Judith Betancur Garay, los padres de Ligia y Rosalba, un hogar ejemplar del municipio de Donmatías.

En estas breñas verdes nació Ligia González Betancur; su abuelo era Eleázar González, quien llegó como secretario del alcalde, Pablo Agudelo, con su esposa, María Dolores Mejía, con dos hijos: Jesús Octavio, el papá de Ligia, y Carlos, el hermano menor de don Jesús. Conoció a Ana Judith, mamá de Ligia, cuando estaba en cuarto de Normal y se hicieron novios. Este conocimiento y noviazgo es el

punto de partida de una historia que conmueve por su simpleza, pero, paradójicamente, por su sentido humano. Y, si se fuera a hacer un árbol genealógico es preciso decir que los abuelos de Ligia González, por parte de su mamá, fueron Jesús Betancur y Dolores Garay. Jesús Betancur era un campesino muy conservador y cuando se dio cuenta de que Ana Judith estaba de novia de un liberal, le dijo: “Escoja hija: ¿el novio o la Normal?”. Ana no lo pensó dos veces y respondió que elegía al novio, como era de esperarse, cuando un ser humano se enamora perdidamente de otro ser humano, es decir, era una respuesta lógica para ella. Lo curioso de la anécdota es que, posteriormente, se casaron, pero hasta ese momento ella fue considerada como hija del abuelo de Ligia porque la desheredó totalmente porque se había casado con un liberal. En esta época era un acto de rebeldía, un adefesio a la razón y un desacato a la autoridad. El abuelo estaba impregnado del azul conservador y, además, era el color del 95% de la población de Donmatías. Un azul conservador recalcitrante que determinaba las acciones y los destinos de los habitantes de un pueblo naciente que, incluso, negaba la entrada de los liberales a la iglesia y, para acabar de ajustar, los perseguían por “manzanillos”, epíteto que la dejó marcada hasta nuestros días.

En ese momento sólo había 10 familias liberales en Donmatías y el resto del municipio estaba conformado por familias que militaban en el Partido Conservador. El papá de Ligia era zapatero de profesión y, esporádicamente, colaboraba en el juzgado y tocaba el clarinete para la banda de música del pueblo. Entonces lograron comprar una casita, muy pequeñita, pero suficiente como para tener un refugio cálido que convirtieron, gradualmente, en un rincón excesivamente aseado, a pesar de que el piso era de tierra. Cuando Ligia relata sus recuerdos, siempre, aparece la imagen de su casita, como la nombra, con las puertas agrietadas por unos machetazos de los conservadores de la época y, de otro lado, por los agujeros de varios disparos que no afectaron a nadie, pero que se quedaron en esa puerta como cicatrices de una situación histórica de múltiples pueblos de Colombia y que, aún, no salen de su corazón porque demarcaron su propia historia y su relación con sus padres.

Los huecos de esa puerta se convirtieron en cicatrices que no sanan, a pesar del paso del tiempo, aunque ella hace catarsis cada que nombra esta situación política que no entendía porque estaba niña, pero que le permitía hacerse preguntas sobre la condición humana. Esa casa, con su puerta agujereada, sigue en su memoria porque fue su primera morada y refugio, de intachable limpieza, a pesar de la pobreza porque, sostiene, la pulcritud de alma de su mamá se veía reflejada en el aseo de cada espacio y en la forma de bañar, limpiar y vestir a las niñas (Ligia y su hermana menor Rosalba).

Nacimiento

Ligia González Betancur nació el 17 de septiembre de 1943. Una fecha crucial en la historia de la humanidad porque estábamos en plena Segunda Guerra Mundial. En ese año, precisamente, comienza la Batalla de Kursk en la Unión Soviética, la mayor batalla de tanques de la historia. Además, las tropas británicas y estadounidenses desembarcan al sureste de la isla de Sicilia (Operación Husky) y la ocupan en poco más de un mes. Y un dato curioso: Mahatma Gandhi iniciaba una huelga de hambre para protestar contra su detención. Paradojas de la literatura y de la historia. A los cinco años del nacimiento de Ligia, la familia vivía una vida cómoda y agradable, pero esta comodidad se vio truncada por un hecho que dividió en dos la historia de nuestro país: la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en lo que se llamó El Bogotazo.

En 1948 la vida se complicó en Donmatías porque, incluso el Obispo de Santa Rosa enviaba unas pastorales incendiarias en las que sostenía que no se les podía dar trabajo a los liberales, que ningún habitante liberal podía ser amigo de las familias conservadoras y había que acabar con ellos de cualquier manera. Entonces, en uno de esos días de refriegas, llegó un amigo del papá de Ligia, el doctor Francisco Luis Cadavid, un abogado que vivía en Medellín y les dijo: “Empaquen cualquier cosa porque nos tenemos que ir ya, nos van a matar hoy”. Era una sentencia de muerte y hubo que huir rápidamente con lo que tuvieran a mano porque no era una charla o una amenaza gratuita. Había que marcharse a Medellín porque esa noche se presentaron grandes desastres en el pueblo. La familia de Pablo Agudelo, el papá de Germán Agudelo, cuñado de Ligia, se vio obligado a tirar a una hermana por la tapia, quien recientemente había tenido un bebé, es decir, la tiraron por la casa vecina, de conservadores, con su bebecito empacado en una sábana porque los iban a matar. Esa sentencia resuena como un eco en el corazón de Ligia. Por eso, cuando cuenta, baja la voz y se toca la cara con sus manos. Hay recuerdos que duelen más que otros. Afortunadamente, había familias conservadoras muy honorables y generosas que protegían a los liberales. Algunas familias conservadoras no se fijaban en este asunto entre colores porque, por encima de ello, estaba el cuidado de la humanidad. De hecho, la casa de Ligia González Betancur estaba ubicada entre dos familias conservadoras, excelentes seres humanos, patriarcas: la familia Alzate a un lado y la familia Gómez al otro, de suerte que no había peligros inminentes por la vecindad.

Es oportuno decir que estas palabras siguen tatuadas en el espíritu infantil de una niña de seis años que un día jugaba a las muñecas y, al otro, debía esconderse con ellas. Además de una imagen que la aturde constantemente: vio a su padre detrás

de la puerta de la iglesia, mientras el cura arengaba y despotricaba en contra de los liberales. Y, para empeorar la situación, sostenía que no comenzaría la misa “mientras hubiera liberales dentro de la casa del Señor”. Ante tanto dramatismo don Jesús Octavio se vino para Medellín y empezaron las dificultades económicas en la casa de Donmatías. La mamá de Ligia tenía gallinas, pero en la calle, entraban por la noche y dormían en unas escaleras que ella acomodaba en las noches, dentro del baño. Doña Ana Judith madrugaba, lavaba bien el baño y las gallinas, otra vez, para la calle y ponían sus huevos en la casa. Eran tiempos difíciles y, como una buena madre recursiva, hacía sancocho para las gallinas con sidra y con vitoria y de esa misma sidra y de esa misma vitoria hacía las sopas para los habitantes de la casa. El menú era “muy variado”: tortillas de huevo, pero no alcanzaba para el huevo entero, sino tortilla de huevo. Y nada más. Su hermana Rosalba no era consciente de esta situación y, por ende, lloraba en demasía, pero cuando había posibilidad de preguntar se le oía musitar: “Y ¿po qué sin nane?”. Traducción al lenguaje español estándar universal: “¿Por qué sin carne?”. Aunque Ligia tenía claridad sobre la situación, su mamá no hallaba palabras para responder y, en su lugar, usaba el único lenguaje que tienen las madres cuando se acaban los argumentos: lloraba, lloraba más y terminaba llorando un poco más. Esa pregunta aún resuena en sus recuerdos, pero con una sonrisa en los labios. Son tiempos idos, afortunadamente.

Esta situación se estaba volviendo endémica hasta que el papá regresó a Donmatías, pero de todas maneras las dificultades seguían porque el trabajo que resultaba era muy poco, puesto que don Roberto Baena, el patrón, también padecía del mismo “virus”: era liberal. Se acabó el trabajo en el juzgado y volvieron más complejidades. Cuando había trabajo él se quedaba hasta el amanecer, mientras que doña Ana Judith le leía a su esposo páginas enteras de los clásicos de la literatura. Así fue que Ligia conoció sobre las aventuras de los personajes de Shakespeare, *Henryk Sienkiewicz*, Julio Verne, Borges y otros que pasaban cada noche por la voz de una madre que dibujaba con palabras lo que leía con sumo cuidado. “Las monitas”, como les decían cariñosamente, se iban quedando dormidas mientras eran arrulladas por tantas imágenes: guerras, luchas y aventuras de otros seres humanos. Pero, al otro día, como todo ritual, la madre se levantaba, vendía los huevos a los que tenían derecho las niñas, pero únicamente los domingos, día que esperaban como el mejor de todos porque el huevo entero era el mejor de los manjares, es decir, el domingo era el día señalado, esperado y anhelado. Un huevo entero era un trofeo, un sueño alcanzado. Este es apenas el comienzo de la formación del carácter de una mujer que recuerda, sin dolor y sin rabia, sus primeros años de vida. Allí avizoraba que la

vida no era un camino de pétalos rosados y que había que liderar para salir adelante. Sus obras así lo dejan entrever. La literatura le permitió hacer los viajes que no podía hacer en ese momento ni en carro ni en avión. La literatura fue un atenuante para soportar tragedias infantiles. La lectura de su madre es, hoy, un acontecimiento que agradece eternamente. Pudo salir de su piel y viajar a otras latitudes estéticas a través de las aventuras de estos clásicos de la literatura universal.



Una vida completa al lado de su hermana Rosalba, siempre inseparables e incondicionales.



En su primera comunión todo el tiempo quería "llenar la bolsita" con la platica que le daban las personas para felicitarla.

Ligia vuelve a mirarse, se toca las manos, la cara y, con un tono más pausado, hace una pequeña síntesis de lo dicho hasta ahora, pero, esta vez, con algunas lágrimas en sus ojos: "Crecimos con dificultades, pero los vecinos siempre aparecieron para regalarnos las sidras, las vitorias, los tomates de árbol y las moras. En todas las casas había solares o huertas, como lo quieran llamar, muy grandes, entonces mi mamá me hizo una bolsa con ese dril en que iba la harina. Yo llegaba a las casas, tocaba la puerta y las señoras

me decían: "entre mijita, y se lleva todo lo que pueda coger", entonces yo llevaba un *paquetado* de sidras, después iba por una vitoria, más tarde llevaba tomate de árbol y le echaba un pedacito de panela y eso era un manjar", palabra que se oye constantemente, como el recuerdo del maltrato recibido por ser liberal. Un maltrato que se repitió un día en el que ella se chupaba un tomate de árbol y su maestra se lo quitó y le dio una palmada porque hizo mucha bulla con ese sorbo. Le dolió menos el golpe que la quitada de la fruta. Los golpes físicos se soportan, los otros, los que no cicatrizan, se vuelven anécdota, cuento o relato para mejores comprensiones de los actos humanos.

Sus palabras dejan entrever que el menú no era muy variado, pero era suficiente para vivir. Además, siempre aparecía un alma caritativa que aportaba algo para la subsistencia y la venta de los huevos era de gran ayuda.

Otros datos familiares

Jesús Octavio González Mejía nació en Anzá, el 11 de julio de 1910, hijo de Eleázar y Dolores. Ligia no conoció a su abuela porque murió tres años antes de casarse su papá. Su abuelo era un señor elegante, buen mozo, alto, no era moreno sino como bronceado, de ojos claros. Se mantenía impecable, con vestido de paño, chaleco, sombrero del mismo color del vestido y, cuando estaba de *sport*, era de cachaco, pero de dril, chaqueta, chaleco y pantalón, es decir, se mantenía impecable.

Ana Judith Betancur Garay nació el 24 de abril de 1924. Estudiaba en la Normal, en cuarto grado, era hija de Jesús y de Dolores, las dos abuelas se llamaban Dolores (¿casualidad, destino, azar?). La hermana de Ligia, Rosalba, nació el 23 de enero del 47. A propósito de estos datos familiares, Ligia cambia de tema abruptamente y dice que se acordó de un episodio que también le ayudó a formar su propio carácter desde niña.

Ella sostiene que el abuelo materno nunca fue a la casa, nunca los visitó (la razón es que su hija se casó con un liberal, como ya se dijo anteriormente). Un día Ligia estaba con dos primas: la hija de la tía Margarita y la hija de la tía Carmen; las tres se encontraron con el abuelo y él, ni corto ni perezoso, sacó varias monedas de su carriel gigante, pero



Rosalba con sus padres, Jesús Octavio y Ana Judith, en un domingo de misa y paseo en las afueras de Donmatías, cerca de la casa de la tía Margarita.

la repartición de las monedas fue inequitativa: para ellas, monedas grandes de alto valor y a Ligia, de manera despectiva, le entregó una moneda de dos centavos. Ella no dijo nada, la recibió, pero nunca más lo volvió a saludar porque quedó claro que ella no era su nieta. Una imagen de desigualdad que enseña y forma.

Al otro lado de esta historia se encuentra el abuelo paterno, quien era un hombre muy inteligente y le ayudaba a todo el mundo con algo que hoy podría llamarse un derecho de petición para la Gobernación, para la Presidencia, o una carta para las autoridades eclesiásticas, civiles o militares, lo que fuera, todos acudían a él porque tenía una letra perfecta, la hacía con tinta china y eran unas letras que parecían hechas en computador, hermosísimas. Entonces él redactaba lo que llamaban en esa época unos memoriales, todo lo que fuera para publicar, para presentarles a las autoridades. Su abuelo era quien hacía

estas diligencias porque en esa época no había abogados en el pueblo. Era una especie de tinterillo, como eran llamados, que conocía sobre leyes, normas y protocolos.

La casita

La casa era muy pequeña, como un apartaestudio moderno. Tenía una sala grande y ahí se acomodaba una cama para los padres, un escaparate, una mesa y al lado había un sofá y dos sillas, esa era la habitación de sus papás. Pasando este espacio, a la derecha, había otra mesa que servía de comedor, también se usaba para planchar y, luego, una puerta y una habitación con una cama doble y un escaparate, ahí dormían Ligia y Rosalba. En otro lugar: la cocina con la piedra en la que molían todo, una poceta con lavadero, el inodoro y el baño, esa era la casa. En cambio, las casas de sus amigas eran inmensas, pero Ligia jamás las envidió porque era feliz en esa casa tan pequeña.



El día de los 15 años de Ligia estuvo marcado por dos hechos: viaje a Medellín, con el papá, a comprar un reloj y la toma de la foto para la posteridad.

Las casas de las amigas tenían patio central enorme, con jardines y solares, en cambio su casa era de piso de tierra, pero la mantenían impecable, a pesar de las condiciones. Todo ello quedó borrado porque en su conciencia infantil no había ni tiempo ni espacio para pensar en los infortunios y, más bien, valoraba cada experiencia vivida para agradecer gestos como el de una niña rica que no podía creer que esta niña tan pulcra en su vestido y, por su elegante manera de caminar, pudiera vivir en la casa en la que vivía, no le cuadraban las imágenes.

Cuando “Las monitas” estaban más grandes su papá se hizo amigo de sus amigos porque él no se juntaba con los mayores y, por el contrario, era muy cómplice con los amigos de Ligia hasta el punto de que aún recuerda las palabras de Ana Judith cuando se demoraba con las niñas: “Viejo sinvergüenza, hiciste como el gallinazo del diluvio, lo manda uno y se queda con ellas”.

Él insistía en que había que obedecerle y no responderle a la madre en todas las circunstancias. Estas palabras aún se escuchan como un eco porque nunca levantaron la voz y siempre obedecieron.

Juegos

La niñez de Ligia González estuvo llena de ricas experiencias vitales: no había juguetes finos, pero sí pelotas de caucho con números y bolas de cristal para los niños, quienes jugaban a las canicas y ella se metía a jugar con ellos y, a falta de bolas de cristal,

había corozos o, en su defecto, piedritas. Realmente el estadio era toda la calle y todas las calles en las que pintaban golosas para brincar y jugar *Quién la lleva* (era como un escondidijo: uno se escondía y al que encontraran la llevaba y tenía que ir a buscar a los otros. La comba era bolear el lazo y, cuando únicamente había dos personas, amarraban el lazo de una ventana, una brincaba y la otra boleaba del otro lado y se iban turnando). También se metían a la quebrada a pescar y a ella le pegaban cuando llegaba de la pesca, toda mojada. En esa época también había un Policía escolar, don Eugenio Londoño y, cuando lo veían, salían corriendo para la escuela.

En otras épocas del año los juegos eran los encostalados, el yoyo, el columpio, el balero (un juguete de malabares compuesto de un tallo generalmente de madera unido por una cuerda a una bola horada por uno o varios agujeros de un diámetro ajustado al tallo, cuyo objetivo es incrustar un eje delgado al hueco del mazo). Y algo que era un verdadero divertimento y que hacían como un ritual todos los lunes: madrugaban a las tiendas y cantinas para recoger tapitas porque los fines de semana se vendía mucha cerveza y gaseosa y esas tapitas las machacaban y se las repartían para hacer sillas, mesas, camas, todo el mobiliario. Además, aprovechaban para fabricar los cascabeles para las novenas de Navidad. Les hacían un hueco a las tapas después de machacarlas bien y las pasaban por un alambrito. ¿Para qué más juguetes? Artesanales, simples, fáciles de conseguir y bastaban para conquistar las grandes batallas de quienes jugaban por jugar. Jugar era lo más serio que había en la época. Estudiar, jugar y soñar eran los tres verbos que más conjugó Ligia en esta época.

Vecinos

Al lado derecho de su casa, como ya se dijo, vivía la familia de don Melquisedec Alzate, unos patriarcas, una gente muy buena. Al lado izquierdo, vivía la familia de don Cosme Gómez, una familia intachable, con muchos hijos y la habitación en la que dormían “Las monitas” daba por detrás con la parte de adelante de ellos, es decir, cuando llegaban con “las serenatas” de piedra, de bala y machete, nunca les pasó nada porque se metían en esa habitación y punto. Estas “serenatas” duraron más tiempo del deseado en una cultura en la que los “serenateros” eran conservadores y quienes escuchaban eran liberales. Un juego difícil de comprender

para una niña de siete años que apenas comenzaba a entender de lenguaje, palabras e historias de aventuras, cuando su madre leía en voz alta, mientras el padre trabajaba como zapatero.

También había una señora, Teresita Alzate, quien vivía a tres casas de la de Ligia y en diciembre reunía a todos los niñitos de la cuadra, hacía fiambre y traía musgo, cactus, chamizos y armaba un pesebre de toda una sala y con santos inmensos y todos los días hacía novena y daba dulces. El 24 de diciembre repartía natilla, buñuelos, chicharrón y carne. Ligia recuerda que en estas épocas aprovechaban para comer de todo, hasta otros manjares. Ella les daba tanto cariño y tanto amor que Ligia la recuerda con afecto porque también acudía con jarritas de leche y galletas cuando su papá tenía algunas recaídas. Era una familia de conservadores, pero de esas que no daban “serenatas” por ningún motivo...

El señor del frente era don Roque Gutiérrez, quien tenía un radio que disfrutaba ampliamente el papá de Ligia porque en su casa no tenían. Él pasaba por la ventana de don Roque para escuchar las noticias de las siete de la mañana y de las 12 del día. Ese radio era el puente de información entre su padre y lo que acontecía en todo el mundo.

La mejor amiga de infancia

Desde que Ligia González tiene “uso de razón”, tenía una amiga que vivía a una cuadra de la suya: Gudiela Gaviria. En la casa de Gudiela le prohibían la compañía con Ligia por “brincona” y en casa de Ligia hacían lo propio con Gudiela porque la “brincona” era ella. Se escribían para ponerse de acuerdo sobre los lugares de encuentro, reunir otras amigas y seguir “brinconiando”. Era una época maravillosa, según sus propias palabras. En una de estas tardes de juego navideño todos los seres humanos viven en una época de ficción y fantasía mientras esté latente el traído del Niño Jesús. Las personas fincan sus esperanzas en los juguetes que servirán para ampliar el rango de la creatividad. Ligia recuerda, una vez más con nitidez, que le estaba pidiendo al Niño Dios unas muñecas dormidoras, pero, como suele suceder, el regalo pedido se transformó en unas muñequitas de plástico, tiasas y movían los ojos como unas culebritas porque no tenían pestañas y estaban tiasas. En cambio, a la niñita del frente le trajo una muñeca con vestido, con pestañas, con pelo. Claro, la niñita era hija única y tenía comodidades porque se trataba de una familia de clase media. Ligia se preguntaba, desde esa época, por las injusticias y las preferencias del Niño

Dios por los ricos...tal vez, pensaba, "a Bernarda le había traído una muñeca hermosa porque su familia era conservadora". Era un motivo para estar sentida con el Niño Dios, hasta que apareció la voz de una compañerita que le dijo quién era el universal Niño. Ella comprendió lo que pasaba con este fenómeno social y le agradeció a esta voz porque ya no estaba resentida con el Niño Dios y entendió la presencia de las muñequitas tiasas y los muñequitos sin movimiento. Doña Ana Judith le prohibió la compañía con esta niña que la sacó del mundo ficcional y la metió al mundo real en el que ya no había juicios contra Dios porque ella pensaba que este Niño no quería ni a los pobres y, menos, a los liberales. Pensamientos y reflexiones de una niña que hacía preguntas de adultos.

Limpieza y aseo de su madre

Ana Judith era una mujer exageradamente limpia, pulcra y el aseo se convirtió en una obsesión, como ya se dijo, pero las niñas eran el reflejo de dicha obsesión. En el pueblo "*Las monitas*" eran reconocidas porque las bañaban todos los días, a las seis de la mañana y las vestían como a dos princesas, de esas que aparecen en televisión. Y, a propósito del tema, Ligia retoma la palabra para contar una anécdota de la época: "Una vez le dije yo a mi mamá que estaba muy indispuesta y que no me quería bañar. Inmediatamente respondió, con ese tono de una mamá obsesiva con la limpieza. ¿Indispuesta?, cogió y me abrió ese chorro y me metió allá. En esa época las maestras se sentaban en una banca a la entrada de la escuela a ver entrar a todas las niñas y preguntaban cómo habíamos amanecido, cuando entré todas hicieron un gesto de sorpresa y dijeron al unísono: ¡Por Dios, hoy también la bañaron, esta niña se va a morir! Se llevaron las manos a la cabeza porque, la verdad, me había brotado el sarampión y la indisposición que yo tenía por la mañana era la fiebre de ese virus. Llamaron a una de las compañeras grandes y le dijeron que fuera a avisarle a doña Anita porque la niña se iba a morir, que la cuidara muy bien. Cuando mi mamá me vio no se inmutó, es decir, no le *paró bolas* al tema. Yo le agradecí el resto de mi vida ese gesto porque gracias a ese baño me brotó el virus y me ahorré un montón de *menjurjes* caseros que le daban a uno para que aparecieran los brotes de la enfermedad. La moraleja de esta anécdota es que mi mamá bañaba todo lo que veía, en mi casa se podía hasta comer en el suelo".

Definitivamente, su mamá era adicta al aseo, pero de manera enfermiza porque después de una cirugía que le hicieron en la Clínica Medellín, le dieron de alta un jueves y el siguiente sábado ya tenía una manguera en la mano con el pretexto de que la

fachada de la casa estaba muy sucia. Pero aún hay otra anécdota para demostrar el colmo de la limpieza de su madre. Un día uno de los compañeros le preguntó a Ligia que si se habían cambiado de casa, pues vivían en la esquina de la 72 con 25, en Belén, y doña Ana Judith estaba barriendo, pero en el otro extremo de la casa, mejor dicho, para no hacer muy largo el cuento, Ligia respondió que era que su mamá tenía un contrato con el Municipio de Medellín, pero, la verdad, era que doña Ana Judith no concebía que sus vecinas fueran una “parranda de cochinas”. Además, sostenía que las cañuelas se mantenían tapadas e inundadas por falta de aseo. Esto da cuenta, de nuevo, de su concepción de limpieza. Barría la calle de toda la cuadra.

Algunas pilatunas

Cuando tenía siete años Ligia se la pasaba brincando y molestando a las vecinas. Había una ventanita de una señora mayor que se llamaba Matilde, que era muy bajita y, como no tenía sino una amiguita, esta ventana era un buen pretexto para brincar al lazo amarrado de dicha ventanita y, mientras una boleaba la otra brincaba. Matilde las insultaba, les tiraba cosas y, por obvias razones, ella imagina que todas las vecinas le ponían la queja al papá porque vivía de brinco en brinco por la calle, como si nada. Su papá tomó la decisión de pedirle a la señorita Josefina Yepes, la directora de la escuela, que si la recibía como asistente para ver si los vecinos descansaban y, añade: “Yo creo que mi papá también”. Ella, muy querida, la recibió y Ligia comenzó a asistir a la escuela, pero sin útiles porque no le ponían cuidado, hasta el día que empezaron a enseñar la letra “**r**” con la palabra rosa y escribieron una frase con todas las r resaltadas con rojo y sacaron a una niña que se llamaba Rosa Sosa, y le dijeron: “Rosa, salga usted para que lea la frase que hay en el tablero”, entonces salió y no fue capaz de leer. Ligia, aventajada en todo, levantó la mano y la señorita Celina Agudelo, su primera maestra, que después entró al convento a la comunidad de las Capuchinas, le preguntó con tono cariñoso: “¿Qué va a saber esta pulga?”, a lo que ella replicó: “Yo sí sé”, entonces le dijo que saliera al frente. Ella salió y leyó la oración y la maestra se quedó asombrada y le dijo que esperara hasta las 11 porque quería mandarle una nota al papá. Ligia estaba feliz con sus aprendizajes innatos y veía cómo esta maestra escribía una nota de felicitaciones porque había aprendido a leer, sumar y restar, pero que no se explicaba la razón. Le sugirió, además, que le comprara todos los útiles para estar en la escuela.

El papá era muy escéptico, pero le mostró la nota a su patrón, Roberto Baena, quien, inmediatamente, le regaló un bello portalibros. Después fueron a la tienda del señor Gustavo Roldán para que les fiara los útiles. También hubo *ñapa* (es un término que se usa en Colombia y en casi toda Hispanoamérica. Se refiere a un pequeño agregado gratis que un vendedor da como compensación al cliente que ha hecho una buena compra. También se utiliza la expresión adverbial "de ñapa", que sirve para calificar la acción de ofrecer una cosa extra al valor del intercambio comercial. En Antioquia es muy usual para hacer alusión a una encima del tendero, un regalo adicional) porque le regaló a la niña una caja de colores por su inteligencia y porque iba muy bien en la escuela. En estas condiciones comenzó la carrera brillante de Ligia González Betancur porque siempre obtuvo las mejores calificaciones de la escuela, es decir, cinco en todo. Estos resultados dan cuenta de su interés en aprender para abrir los horizontes de comprensión y, como en los mejores textos de la literatura, volar para cumplir sueños en todo el sentido de la expresión.

Pero como no todo es color de rosa Ligia recuerda, con claridad absoluta, las palabras de algunas de sus maestras, pero las recuerda como un martillo que queda tatuado en lo más profundo de su ser. En este apartado vuelven las lágrimas por los tiempos idos pero que es preciso narrar para hacer catarsis. La primera oración del día era del siguiente tenor: "Buenos días niñas. Hoy vamos a rezar por los papás de las niñas que son liberales para que se conviertan". Ligia era la única niña en el grupo que defendía los colores del liberalismo. ¿Cómo compaginar esta oración con la vida y con las compañeritas conservadoras? La pregunta resonaba profundamente en el corazón de una niña que se hacía preguntas de adultos porque no hallaba respuestas inmediatas. Su espíritu le decía que la estaban dejando sola porque sostenían que era una "mala compañía" para las demás niñitas. Al tiempo, se trataba de un reto vital porque estaba casi que obligada a ser la mejor en todos los campos. Era señalada porque su padre era un convencido de los ideales liberales y estaba muy arraigado a estos principios. Un día cualquiera escuchó a uno de los sacerdotes decir en plena homilía que: "Es preciso acabar con los liberales porque son como alacranes malnacidos". Era como una puñalada en el corazón. Se fue para su casa y le preguntó al papá: "¿Qué son alacranes malnacidos?". Él, horrorizado, preguntó: "¿Usted dónde escuchó eso?". La respuesta fue fulminante: "En la iglesia, en la voz del sacerdote y en el púlpito". A partir de ese momento quedó terminantemente prohibido asistir a misa.

Esta determinación no se entendía, pero constituía un factor decisivo en la vida de Ligia González porque en la escuela la castigaban cada ocho días porque no iba a misa y su papá no la dejaba ir a misa por los improperios altisonantes en contra de un partido político. En algunos momentos escucharon los sonidos de una expresión que dolía porque era abrumadoramente incomprensible: “Manzanillas hp”. Un término que se usaba despectivamente para aludir a quienes pertenecen a las filas de un partido político y que forjaron el carácter de una jovencita que tenía limitaciones económicas pero que no se dejaba amilanar porque se llenó de motivos para enfrentar estas adversidades, aunque a su hermana sí la afectaban demasiado. Cuando su papá vio esas dificultades, sentó una monita a un lado y la otra monita al otro lado y les dijo de manera contundente: “Vea mis niñas, yo estoy muy angustiado por todo lo que les está tocando pasar y por las humillaciones a las que están sometidas en este momento porque yo soy liberal pero yo quiero que escuchen muy bien lo que les voy a decir: yo soy liberal, yo no le hago daño a nadie, soy un buen papá, un buen hijo, un buen esposo, un buen ciudadano y un buen amigo y no voy a cambiar, no me voy a voltear, si me matan por ser liberal bienvenida la muerte, sigo siendo liberal. Lo siento mucho, pero ustedes tienen una sola opción, no tienen dos, tienen una: ser las mejores y hacer todo lo que hacen muy bien hecho, nunca ofender a nadie, ser honestas y buenas ciudadanas y en lo que les toque estar ser las mejores porque siempre las van a maltratar y no las van a reconocer porque son liberales, entonces tienen que sobresalir para que las tengan que reconocer”.

Cuando terminó esta observación, Ligia tomó la decisión de contestar para apoyar su propia afiliación al Partido Liberal. Por esta razón, cuando escuchaban el sonsonete de “manzanillas”, ella traducía esta expresión como: “eres la reina de Colombia”. Esta fortaleza la hacía sentir enaltecida, reconocida. Las palabras de su papá aún suenan porque hasta ahí llegaron sus sufrimientos como hija de un liberal.

Con la llegada del sacerdote Francisco Eladio Barrera, su papá volvió a la banda de música, su otra pasión. Tocaba el clarinete y Ligia se convertía en el atril de su papá con la partitura en la cabeza, e iba volteando las hojas, él llevaba la medida con el pie y le indicaba a ella cuándo pasaba la página. A ella le encantaban todas las retretas y aprendió a tocar piano. La vida cambió para bien de las familias y también para su papá, a quien, alguna vez, vieron detrás de una puerta de la iglesia para no ser visto por los anteriores curas. Otra historia que no se puede olvidar cuando se habla de las historias de Ligia González Betancur.

El padre Barrera logró estabilizar a Donmatías e hizo lo necesario para que no las humillaran más y, lo mejor, creó las condiciones para que los liberales tuvieran trabajo estable en una especie de equilibrio perfecto. Claro que los jefes conservadores siguieron con su sectarismo, pero la vida de las familias ya era distinta, se respiraba un aire más agradable, la atmósfera dio un giro inmenso, tanto que había suficiente comida para compartir entre todos.

A su abuelo había que llevarle la comida todos los días porque él vivía en otro lado, entonces mandaban a Rosalba porque si mandaban a Ligia se quedaba en la calle. Todos los días se inventaba un pretexto para que fuera ella la que llevara la comida al abuelo. Una vez, luego del asesinato de un joven vecino, a quien recordaba porque siempre pasaba silbando y muy contento; cuando Rosalba iba a llevar el almuerzo del abuelo, Ligia se asomó por su ventana y le gritó a su hermana: "Ahí viene Minguis", ella se asustó y se puso a llorar. Ese era el apodo del difunto, entonces no había más remedio que mandar a Ligia, quien seguía dando guerra en todo momento. Con tal de estar en la calle hacía los mandados de las monjas y se quedaba con sus amigas. De todo ello se infiere que la vida era jugar, molestar, incomodar a algunos vecinos, esas eran las pilatunas y todo el mundo ponía quejas, la regañaban porque los adultos tenían autoridad absoluta sobre los niños; era una vida demasiado sana.

Faltaba una de las pilatunas para acabar de completar el rompecabezas de una niñez dura, pero reconfortante para las nostalgias. En el mes de mayo era obligatorio llevar todos los días una flor para la virgen y en su casa no había, entonces era urgente auscultar las flores del parque, en el que abundaban las flores, pero, siempre, aparecía el fontanero Pablo Emilio, quien tenía la responsabilidad de cuidar el parque. Ella miraba dónde estaba la flor, después dónde aparecía el sujeto gigante, se robaba la flor y corría tanto que él mismo le decía el nombre de un animal: "potranca, cabra, brincona y...". Como que se le acabaron los epítetos y un día le dijo "miona". Cuando la niña contó a sus amiguitas acerca de esta travesura, la risa fue tan atronadora que el castigo no se dejó esperar: una hora arrodilladas con los brazos arriba. Aún recuerda que al señor se le acabó la lista de los nombres de animales, pero nunca la pudo alcanzar.

En otra oportunidad las mandaron a limpiar el piso de la iglesia que lo acababan de cambiar por un mosaico traído de Italia y era con "un aserrín de caucho". Se pusieron a empujar el aserrín y unas niñas se subieron en la montaña que hacía el aserrín y esto cogió una velocidad que no se mataron porque la puerta estaba cerrada. Después, entraron a la sacristía y encontraron varias botellas de vino y querían

hacer el combinado sabroso con unas galletas. Ligia fue a la tienda más cercana, la de don Luis Zuluaga, vecino, y le pidió que le fiara un paquete de esas galletas tan afamadas en la época. Don Luis accedió, pero Ligia nunca le pagó. Sostiene que era un buen vecino que le fiaba porque consideraba que la niña era honrada y juiciosa. Después de muchos años, hablaba con el hijo de don Luis, Luis Ángel y su esposa, quien trabajó en la Universidad Cooperativa como su secretaria. En forma jocosa, Ligia les decía que cada que elevaran las oraciones por don Luis, le contaran que cada favor que les haga a ellos es para el pago del paquete de galletas, en tanto le atormentó esta deuda infantil. Claro que la anécdota no para ahí. Lean la segunda parte de la pilatuna infantil: una de las monjas las “pilló” de la siguiente manera: unas, predicaban en el púlpito; otras, estaban jugando con el aserrín y, las de más allá, brindaban con vino y galletas fiadas. A pesar de esperar el merecido castigo hubo un silencio sepulcral por parte de las monjas. Más tarde, se dieron cuenta de que el castigo era no viajar a Yarumal, a sabiendas de que los papás habían autorizado el viaje con todos los gastos pagados por ellos. Las obligaron a entregarles el fiambre, el mecato, la plata y el puesto, en el bus de escalera, a unas niñas que ya habían invitado para que las remplazaran en el paseo. Fue muy triste saber que ese fue el castigo porque ir a Yarumal era una aventura literaria. Fue un gran castigo para una mínima pilatuna, tanto que aún tienen vivo este recuerdo al que hacen referencia, con risas, cada que se encuentran estas amigas de la vida.

Una más...

El papá de Ligia se sirvió del castigo para echarle más sal a la herida, pues le contó a la monja que la niña aprovechaba que por su casa pasaban todas las mulas que traían todo lo que producía la vereda de Iborra-Romazón. Ella se montaba en esas bestias sin ningún aparejo, iba y venía hasta que un día vio a un niño con la yegua del tío, que vivían a tres casas de la suya y la dejaron montarse a pelo para que la guardara en la pesebrera, pero el animal se devolvió y se desbocó. Ella se tuvo fino de la crin, pero la yegua se fue por toda la plaza, le dio la vuelta en búsqueda del amo, quien se mantenía en el café que había junto al quiosco y, cuando llegó al café, rastrilló y, como no lo vio, arrancó despavorido. El papá de Ligia estaba en el quiosco y se tomaba un café, mientras escuchaba que la romería exclamaba: “la mató, la mató” y vio entre el público a su hija todavía con el uniforme del colegio. Nunca habían visto a un papá tan enojado en estas tierras, mientras la niña temblaba porque no podía sostenerse en pie. Cuando

estaban en la casa la sentencia fue monumental: "Si usted no se respeta, no nos respeta a nosotros, pero respete ese uniforme que lleva puesto, ese uniforme es sagrado". Estaba pálido, qué furia tan horrible y, para complementar el castigo, la mamá, enfurecida, con la correa en la mano, le pegó por los dos padres, porque don Jesús Octavio nunca les pegó, pero ella sí y le dejó marcadas unas huellas en el cuerpo para que aprendiera de comportamientos ciudadanos. Aquí afloran algunas lágrimas porque estas travesuras no tienen ninguna connotación moral, se trataba, más bien, de un deseo por experimentar la existencia sin prejuicios morales.

En este apartado se acordó de que, cuando estaba pequeña, el cine que llevaban a Donmatías, era en una camioneta de Mejoral y en el capacetete montaban la cámara y en el parque presentaban cine y eso era el gran espectáculo del pueblo porque todos asistían para ver esa maravilla. Esto duró hasta que don Roberto Baena, quien fundó la Sociedad de Mejoras Públicas con el doctor Rafael Cerón, médico del pueblo, organizaron el primer teatro y presentaban películas mexicanas y llevó por primera vez el cine a este pueblo. Antes, los dramas y los conciertos los hacían las monjas en el colegio y casi siempre ella participaba como artista. Fue una grata educación porque, además de los rigores propios de la época, las monjas la prepararon para representar personajes y declamar en la plaza los días de fiesta nacional, los días religiosos, en la Semana santa, en los altares de Corpus, en todo, aunque a su hermana no le gustaba nada de eso y la entraban al colegio y se salía porque no le gustó estudiar y siempre se volaba.

Johan Huizinga sostiene que antes que *Homo sapiens* y *Homo faber* los seres humanos somos *Homo ludens*, es decir, nacimos para jugar, para que el cuerpo nos ayudara a forjar un carácter que afirmara la existencia, a pesar de las adversidades. En este sentido Ligia González jugó, gozó, disfrutó y agotó la existencia de niña con el rigor que se exige en cada juego, a pesar de las zancadillas y obstáculos que tuvo que sortear. Jugó y ganó. Además, como dice el epígrafe inicial de este apartado, Ligia González Betancur adquirió paciencia, aprendió a ser generosa porque fueron generosos con ella; es humilde porque estuvo rodeada de seres con dicha virtud. Hoy, más que nunca, sabe de desprendimientos, de cortesía y, a brincos, como en su infancia, sabe de sinceridades.

Fin de la escuela y paso al colegio

La señorita Josefina consideró pertinente matricular a Ligia en primero porque no lo había cursado completo y, además, no tenía la edad para estar en segundo. La niña no estaba de acuerdo porque ya sabía leer y tenía competencias en las

cuatro operaciones básicas de matemáticas. Frente a esta situación, el director de la escuela, de apellido Vélez, puso a leer a la niña en un periódico de la ciudad. Ella hizo lo que tenía que hacer y demostró sus notables aprendizajes. Se quedó admirado con sus capacidades y le dijo a la maestra Josefina que era un gran pecado dejar a la niña en primero. Como por arte de magia, apareció con nueve años y matriculada en segundo de primaria. Terminó quinto como la mejor en todo y con una libreta sembrada de cincos en todas las materias. Con el paso del tiempo no ha olvidado a estas maestras que le ayudaron a formar su carácter y la llenaron de motivos para seguir construyendo una carrera, a pesar de los pesares: Celina Agudelo, Lucila Estrada, Ana Delia Alzate, Rosalbina Yepes y Josefina Yepes, de primero a quinto, respectivamente, en la Escuela de niñas Luis López de Mesa. Tampoco hizo preparatorio y ya era una especie de maestra-acompañante de sus compañeritas. La madera como maestra se le notó desde niña. Seguía los pasos artísticos del papá y la disciplina y el rigor de la mamá. Comenzaba a forjar su propia historia de manera independiente.

Cuando iba a entrar al colegio su papá estaba muy enfermo, tenía fiebre de paludismo y llevaba como un mes en la cama, muy, muy enfermo. Entre susurros y palabras de preocupación, ella escuchó una conversación entre sus papás que se sintetiza de la siguiente manera: había una valoración de las capacidades y habilidades de la niña, pero una dificultad por las condiciones de salud y de plata del papá. Él decía que no iban a poder entrarla al colegio y ella sostenía que era mejor que trabajara en la Tesorería porque era muy buena en matemáticas. Ante esta situación se fue con su libreta de cincos, como si se tratara de una carta de recomendación o una de presentación de mayores, corrió a la esquina de la plaza y esperó al padre Barrera. Era una especie de Olafo porque no saludaba, vivía de ceño fruncido, pero tenía un corazón inmenso. Ella, asustada y con múltiples temores, le entregó la libreta, lo saludó e inmediatamente preguntó que qué quería y cuando vio tantos cincos juntos expresó que no creía en esos cincos. Ella, desde el fondo de sus más íntimas entrañas, sacó fuerza y le dijo que quería estudiar, que esos cincos se los ganó con esfuerzos y con dedicación. Él iba a contestar, pero ella insistía en que el papá estaba enfermo y no podía pagar el colegio. Cuando le dijo que su papá era Jesús Octavio González, levantó la cabeza y preguntó por la salud "del viejo". Ese nombre le sonó hasta el punto de que la cogió de la mano y se la llevó para el colegio. Le solicitó a la madre superiora que la matriculara por cuenta de la parroquia. Cuando la madre vio ese puñado de cincos sugirió que no hiciera preparatoria y que entrara directamente a primero de Normal.



Con el uniforme del Colegio María Auxiliadora en Santa Rosa de Osos, donde finalizó como normalista.

Con esta grata noticia salió corriendo para donde Ligia Baena, casi su hermana porque era hija del patrón de Jesús Octavio, quien les había dado la mano en los momentos más difíciles. Ligia recuerda como si fuera hoy este día porque fue a pedir el libro de geografía y la otra Ligia le regaló todos los libros para comenzar a estudiar. Más tarde acudió a la casa de Alicia Restrepo, una niña que venía de una cuna rica, a quien le pidió el uniforme. Ella se lo regaló encantada y una modista vecina le hizo los ajustes a la prenda y, con todo solucionado, se fue a anunciar la buena nueva a su casa. Con el asombro natural de unos padres que no creían lo que estaban escuchando, la mamá se fue a fiar blusas, medias y los últimos detalles para el primer día de clase. Sostiene que parecía la más rica de todo el colegio

porque la madre seguía haciendo milagros con su limpieza y aseo en todo.

Ese año fue, como siempre, la mejor en todo: en lo académico, en puntualidad y en aprovechamiento. Estos títulos ameritaban recibir el premio a la Excelencia y le correspondió la entrega al padre Barrera, quien, cuando vio que se trataba de esta niña, la abrazó (gesto muy extraño en una época en la que nadie besaba o abrazaba afectivamente fuera de la casa) y le dijo que estaba orgulloso de ella y que ahora sí creía en todos los cincos que le había llevado a su despacho. Ella le agradeció infinitamente y le dijo que estos honores eran por él. Inmediatamente después le dieron la noticia de que se había ganado una beca a perpetuidad y que podía estudiar mecanografía, es decir, se acabaron las afugias en lo que tenía que ver con el estudio para Ligia González, una niña temerosa, pero con un amor profundo por el estudio, a pesar de los obstáculos. Aprendió mecanografía para digitar las actas de su papá, quien era presidente del Partido Liberal acompañado por cuatro señores más. Escribir a máquina era un arte y a ella le gustaba el sonido de una Olivetti, casi más grande que ella.

Como dice el refrán popular: "Al que le van a dar le guardan". Ligia cuenta que el mismo día en el que le entregaron la banda verde por sus logros, su madre

cuidaba, como siempre, las gallinas que corrían por un puentecito que había al frente de su casa y, cuando menos pensó, pasó una volqueta llena de madera y se llevó una parte del techo de la casita. La volqueta la manejaba don Víctor Arteaga, quien se bajó a mirar lo que había pasado, pero la mamá de Ligia le dijo que no se preocupara y que mandara un trabajador para que hiciera los arreglos. En este momento, ella entraba a la casa como una epifanía y don Víctor aprovechó para felicitarla por sus logros y le dijo que en adelante él se encargaría de pagarle los estudios. Recuerda nítidamente que le dijo: “Monita, salió usted más condecorada que Rojas Pinilla ¡Qué es esa maravilla! Yo le quiero pagar el colegio”. A pesar de que ella le dijo que ya no necesitaba pagarlo, él insistió y le daba el valor de la pensión los primeros domingos de cada mes, entonces ella empezó a ahorrar con el propósito de mejorar las condiciones físicas de su casa.

Curiosamente, la Normal era hasta cuarto y, con ese grado, ya podían ejercer como maestras de la escuela, pero el grupo se desintegró de tal manera que a una compañera la mandaron para Yarumal y a las demás el destino y la vida las puso en Medellín y Montería, respectivamente.

Otra vez la situación de trabajar en Tesorería, abandonar los estudios, acudir a otras instancias, preguntarles a las monjitas, a las que ella les hacía los mandados porque no podían salir después de las cinco de la tarde, en fin, otra vez preguntas y más preguntas. Y, otra vez, como salida de la lámpara de Aladino, apareció la madre superiora del colegio con la pregunta del millón: “¿Usted es capaz de vivir en el orfanato que tenemos en Santa Rosa y asistir como externa a María Auxiliadora?”. En menos de 10 minutos ya había escrito dos cartas, una para la madre Candelaria, la directora del orfanato en Santa Rosa; la otra era para la madre Cecilia, directora de las Salesianas. En una decía que Ligia González era la mejor estudiante, pero que no había un lugar para terminar sus estudios. La otra decía que Ligia sería interna con las Capuchinas y externa en María Auxiliadora. Ambas cartas eran verdaderos apólogos sobre sus virtudes como estudiante, música, artista y algunas otras cualidades.

Cuando le contó a su papá a él no le quedó más remedio que “meterse la mano al dril” para verificar si tenía pasajes para ir a Santa Rosa. Decidieron mandar la razón con su hermana para que la mamá no se preocupara. Al llegar al orfanato lo encontraron cerrado, entonces se siguieron para la plaza y, otra vez, una especie de aparición generosa: se encontraron con María Guerra, una compañerita que le hacía honor al apellido: fregada, loca, indisciplinada e insoportable en el colegio,

pero una de las más ricas del norte de Antioquia, gracias a su padre. Se la llevaron de Santa Rosa para Donmatías con la idea de que estuviera interna y corrigiera sus comportamientos. Ligia recuerda que la llamaba por las ventanas de atrás del colegio, que estaban frente a su casa, para pedirle del manjar que hacía su mamá, con huevito y todo. Apenas vio a Ligia le brindó un abrazo, de esos que son gratis y que aluden a un afecto profundo, tanto que no permitió que ella estuviera en un orfanato y le ofreció su propia casa. María, doña Consuelo y su madre Rosa Lopera le acomodaron vivienda en un dos por tres, ellas mismas la matricularon y le avisaron a la madre superiora que no viviría en el orfanato sino en su casa.

Ante esta situación, el papá de Ligia únicamente tenía palabras de agradecimiento por este bello gesto y en dos minutos le dio casi 50 consejos sobre moral, ética, valores y servicio de agradecimiento. En el siguiente mes de enero, la señora Consuelo Guerra y su esposo Javier Builes, con su pequeña hija Gloria, de un año, la invitaron a vivir en su casa, que se convirtió en uno de los años más maravillosos del mundo porque fue una experiencia conmovedora, gratificante, colmada de regalos, es decir, una dicha incomparable. Para acabar de ajustar, don Javier Builes le daba todos los días platica para el colegio y ella la ahorraba porque no necesitaba nada más.

A los 20 días volvió a Donmatías con el propósito de llevarle sus ahorros al papá, pero, casualmente, fue él quien sacó 12 pesos y se los ofreció para que se los llevara para Santa Rosa. Además, no creía en sus palabras porque no entendía cómo conseguía la plata. Doña Consuelo le explicó que el autor de tantas bondades era don Javier. Su papá se calmó un poco. Épocas para contemplar un pasado que se fue, pero que dejó huellas imborrables porque se refiere a ella como si se tratara de una película de aventuras, una novela dramática o, mejor, una tragicomedia con final feliz.

“No hay más que un modo de ser felices: vivir para los demás”.
León Tolstoi

Con esta historia de niña y adolescente, Ligia González se forjó un pasado lleno de alucinantes experiencias por disfrutar de la simpleza de la vida, al tiempo que evadía los embates de los conservadores dogmáticos y enfermizos porque no todos eran así, como quedó aclarado en sus palabras iniciales. Vivió una época de transición de niña a joven y en este punto aparecen recuerdos borrosos que la instan a contar los relatos que dejaron huellas fraternales y un agradecimiento profundo por las personas generosas que les ayudaron en las circunstancias de mayores necesidades. Ella, lenta y gradualmente, ha pagado con creces cada acto de generosidad que recibió y no como un compromiso moral o social sino porque así se lo dicta su corazón. Ella es solidaria y generosa por naturaleza.

Ligia González se graduó en Santa Rosa en Magisterio Elemental, en la Normal Regular María Auxiliadora. Este es su primer título académico y una especie de plataforma para adquirir, con dos años más de estudio, el de Normal Superior. Pero allá no se podía porque únicamente había hasta cuarto y sexto sólo en Yarumal y en Santa Rosa, pero con las Teresitas. Terminó en diciembre y en enero ya estaba nombrada para Bellavista, un corregimiento de Donmatías. Así comienza una gran aventura de formación del carácter y de aprendizajes humanos porque, como no había carretera, era necesario ir por el camino real desde Donmatías hasta Bellavista y el tiempo era un día entero a caballo. La otra opción, la elegida por ella: en carro de Donmatías al Hatillo, de Hatillo a Pradera en tren y en mula de Pradera a Bellavista. Ella salía por la mañana y llegaba a las 5 o 6 de la tarde a este lugar. En estas condiciones, iba cada mes a la casa porque era una jornada muy dura, además, en este corregimiento no había luz ni agua potable; la única luz estaba en la parroquia porque había una plantica y esa plantica también le daba al salón social. Ella iba a misa y, después, al salón social, tomaba café y a dormir porque no había luz pública. Y, otra vez, cuando el cura se dio cuenta de que era liberal, volvieron los improperios en el púlpito y más persecución, tanto que una vez el sacerdote se fue a vigilarle una de sus clases sin que Ligia se diera cuenta y quedó tan convencido de su calidad académica que se le oyó decir: “¡Qué clases! Esa muchachita será liberal, será lo que sea, pero yo nunca había oído ni había visto tanta dedicación ni una persona tan clara y que pusiera a los muchachitos a participar”. No podía faltar el reconocimiento

a una labor con esfuerzo y dedicación. Al segundo año, la trasladaron a Valdivia y le fue muy bien puesto que el párroco, Ignacio Yepes, era de Donmatías y la casa cural quedaba enseguida de la escuela. Todo el tiempo se sintió protegida. Al tercer año pasó a Río Grande y fue la maravilla, la octava maravilla. La escuela era de EPM y tenía los mismos derechos de los trabajadores de EPM: la proveeduría, vehículos, el casino, empleada y habitaciones en la escuela para los que quisieran vivir allá. Fue un año inolvidable porque comenzó el camino de los enamoramientos, los noviazgos y esos sentimientos humanos que determinan el destino de las personas. El novio era el ingeniero jefe. En Río Grande el párroco la saludó con una pequeña pregunta: “¿Usted es la hija del presidente del Directorio Liberal?”, a lo que ella respondió sin pensarlo: “Yo también soy liberal, orgullosamente liberal”. El sacerdote la acusó, pero no tuvo repercusiones en la medida en la que los visitantes no hallaron razones para la queja y, por el contrario, le mejoraron las condiciones económicas y la trasladaron para su pueblo natal.



Diferentes facetas, diferentes imágenes que siempre hablaron de la belleza y elegancia de Ligia.

En Donmatías se volvió a topar con la directora, su maestra de tercero, Ana Delia Alzate, a quien recuerda afectivamente por sus múltiples apoyos.

Antes de continuar la historia, es oportuno aludir a las comunicaciones de la época, pues eran muy difíciles porque únicamente existía el telégrafo y la oficina de teléfonos, en la que Ligia recuerda que les enseñaban a poner un

telegrama juntando las palabras para que cobraran una en vez de dos; por ejemplo, “salúdote, espérote”. Lo que pasa es que la transformación de las comunicaciones es vertiginosa. El teléfono pegado en la pared, era como una cajita de madera con una bocina y con un auricular y tenía un citador que iba de casa en casa a decir: “Ligia, la van a llamar a las tres de Medellín”, y, cuando entraba la llamada, Isabelita Cadavid, que era la telefonista, avisaba y tomaban la bocina. A muchos les tocaba

poner un banquito porque no alcanzaban. Recuerda a una señora que le iba a avisar a un hermano que había fallecido otro hermano y, cuando Isabelita le avisó que estaba lista la llamada, pasa y le dice: "Fulano, ahogóse Fulano, salúdote de Fulana". Isabelita le dijo: "No, ya no es así, usted puede contarle a su hermano lo que pasó tranquilamente que yo no le voy a cobrar por palabras". Son anécdotas que no se olvidan porque estaba recién inaugurada la oficina del teléfono.

Las cartas y las tarjetas se demoraban eternidades, muchas veces le escribían a Ligia de alguna ciudad y llegaba primero el que estaba viajando que la carta. Las oficinas del correo eran importantísimas en los pueblos y en las ciudades. Recuerda que había unas casillas, que se llamaban apartado aéreo, en la oficina de Avianca y las personas las pagaban para el correo, entonces a ella le enviaban a ese número de correo y encontraba las cartas que le habían llegado de todas partes. Recuerda que en Medellín los teléfonos eran negros, primero eran con manivela y con un disco, después vinieron los que eran con teclado y así fueron progresando hasta el móvil de hoy, en el que los seres humanos están interconectados sin necesidad de la presencialidad. Este detalle le llama poderosamente la atención a su hijo César Augusto porque sostiene que no entiende cómo hacía su mamá para viajar a Europa con una sola maleta para ella y sus dos hijos, sin reservas, sin Internet, sin nada, mejor dicho, es sorprendente cómo era la vida en su época, dice él en uno de los apartados de la entrevista.

En Medellín

En algún momento de su vida decidió que quería hacer una carrera profesional, que deseaba fervientemente ser profesional, a pesar del escepticismo de quienes le escuchaban este argumento. Esta idea se volvió sueño, después ilusión y, posteriormente, una obsesión. En este punto tuvo todo el apoyo de la mamá y sabía que, para cumplir con semejante aventura, tenía que validar la Normal Superior, después el bachillerato y hacer la inscripción en la U. En consecuencia, validó la Normal Superior en la Normal Nacional de Varones y después el bachillerato en el Marco Fidel Suárez y con estos documentos se pudo matricular en la Universidad de Medellín. En Villa Hermosa vivía una sobrina de Ana Judith, Marina Salazar, la llamaron a ver si había posibilidades de que le brindara posada mientras ella conseguía un traslado para Medellín y el papá conseguía trabajo.

La respuesta fue un sí rotundo y que no había demasiado espacio pero que se acomodarían los cuatro y que ella, los dos hijos y William, su esposo, vivirían en otra habitación.

Se vinieron de la “Roma paisa” para Medellín un 22 de enero de 1965. Ligia pidió traslado y a su papá le ayudó el doctor Roberto Delgado Sañudo, representante a la Cámara, quien era muy amigo de él por ser el presidente del Directorio Liberal. Don Roberto tenía, además, el periódico El Correo. El padre comenzó a trabajar en Cuentas Departamentales de la Contraloría Departamental y Ligia en la Escuela República del Ecuador del barrio Villa Hermosa. Después, construyeron una escuela en Itagüí que se llamó Elisa Escobar Isaza, en la que nombraron a cinco jóvenes para que dotaran el lugar y terminaran las adecuaciones; allá trabajó durante 10 años como maestra.

En 1970 entró a la Universidad de Medellín a estudiar Economía y ya tenía 27 años porque estas validaciones fueron complejas. A veces amanecía estudiando y empataba porque había un sueño por cumplir. Siempre tuvo temores por lo que podía ocurrir como primípara de 27 años en una universidad privada y cada vez alimentaba más y más prejuicios porque se la iban a gozar o la iban a aislar por “catana”. Nada de eso sucedió, nada. Al contrario, se convirtió en la señora que les daba ejemplo porque era la única que trabajaba y estudiaba. Cuando los compañeros de semestre lo supieron la bautizaron como “La señora de Economía, la que trabaja y la que se mantiene muy elegante”. Eran títulos otorgados con afecto porque se dieron cuenta de que no era nada fácil estar en estos dos ámbitos, pero primero estaba el sueño-obsesión trazado. Estos estudiantes le decían Margara porque su primer nombre es Margarita (un detalle que no conocíamos hasta este momento) y, gradualmente, se convirtieron en sus aliados y la veían y trataban como a una mamá. Esta expresión se convirtió en una chapa, en un epíteto, en un sello porque el resto de su vida se ha encontrado con seres humanos que la comparan con una excelente madre. Incluso ese también podría ser el título de este libro. Más adelante les digo por qué razones.

La primera semana de clases conoció a un compañero de 17 años (ella tenía 27, no lo olviden), oriundo de Girardota, quien, además, tenía cara de niño. La diferencia era abismal para la época, en la que enseñaban matemática moderna en las escuelas y a Ligia la había preparado la Secretaría de Educación con profesores que fueron cualificados en Chile, especializados en matemática moderna. En el primer examen se rajó todo el mundo y ella, en cambio, sacó la nota máxima, que le valió la admiración



Cuando estaba en el centro de Medellín, siempre recibía piropos que la hacían reír. Un día un hombre se le arrodilló y le dijo que estaba rezando a la Virgen del Carmen y se encuentra a esta mujer tan hermosa.

de sus compañeros porque ella había estudiado estos temas, pero hacía 11 años. Incluso llegaron a decir que el tema se resolvía fácil porque ella era amiga del profe. Argumento rebatido contundentemente porque les mostró el examen y añadió que ella resolvía estos problemas matemáticos a través del juego y las didácticas. Les pintó unos conjuntos, unos con bolitas, otros con palitos y les hizo la intersección y la unión y los compañeros se quedaron descrestados por la facilidad del aprendizaje y la claridad de la enseñanza. Este fue el comienzo de tiempos de estudios y de compartir ideas matemáticas en conjunto. Cuando pasó al segundo semestre y tuvo que ver trigonometría y analítica se encontró con la suerte de conocer a una delineante de arquitectura de la UPB, que era una “tesa”. Los sábados y los domingos eran exclusivos para estudiar con ella, quien le ayudó a comprender múltiples aspectos de varias materias, aunque alguna vez perdió Estadística 3, con 2.8, pero la habilitó y nunca más tuvo tropiezos con las asignaturas y las notas.

A Lina, su hija, la bautizaron así: “Examen de Estadística” porque Ligia estaba embarazada y todos le tenían terror al profe de esta materia. En el primer parcial se bloqueó y entregó sin responder las preguntas de la prueba, pero, la verdad, ella sabía y comenzaron las contracciones, que se juntaron con nervios y desconocimiento de la situación, entonces se fue para la casa, llamó al médico y ahí mismo para la clínica y faltando un cuarto para la una de la mañana nació su hija Lina y, por eso, la bautizaron así y ella misma sabe que casi nace en la Universidad.

Remembranzas

A Ligia no se le puede mencionar la palabra casita porque, cada que la escucha enriquece las anécdotas, que no son pocas, sobre su situación y su casa. Edgar Alan Poe tiene un cuento que se llama *La caída de la casa Usher*. En este relato Poe hace, magistralmente, una comparación de los estados anímicos de los personajes con los estados alámicos de la casa. Cuando Ligia empezó a recibir dinero por su trabajo, sabía que tenía que ahorrar para mejorar el espacio en el que alguna vez se narró. En el cuento de Poe la gente tenía carácter de decadencia y desencanto, lo mismo le sucedía a la casa. En el caso que nos ocupa en este relato, Ligia ahorró un poco y prestó otro tanto y la casa se fue embelleciendo gradualmente: el piso tuvo baldosa, cocina nueva e inodoro y baños forrados. La casa mudó de piel y ya estaba más presentable para el público, pero lo que más orgullo le da es recordar que su papá le preguntaba que si no le daba pena invitar a la gente a esa casita en el estado en el que se encontraba y ella contestaba inmediatamente que no porque una casa no está hecha de materiales sino de personas y en ella vivía gente muy bonita. En esta casa hubo visitantes prestantes como los amigos, el médico, el odontólogo, el alcalde. Todos querían conocer la casita porque doña Ana Judith hacía una mazamorra cascada muy deliciosa, allí llegaban todos los amigos, se sentaban en la acera, en la manga y hasta al borde de la quebrada porque esa mazamorra era muy famosa en estos lares. Nunca sintió pena por esta situación porque imaginó su casa como una finca y logró adecuarla con esfuerzo.

Maestra de maestras

Actualmente este título se ha desnaturalizado porque, recientemente, se lo brindan a miles de personas sin los méritos suficientes. A Ligia le llegó este título después de muchos esfuerzos académicos, políticos, religiosos y económicos, pero no por vía de la “industria de las egotecas” que se pusieron de moda, sino como un reconocimiento a sus grandes capacidades humanas y competencias conquistadas con todas las adversidades habidas y por haber. Ella recuerda el día que dejó de ser maestra porque todos los 15 de mayo celebraba y recibía infinidad de reconocimientos por parte de colegas, amigos y estudiantes, quienes retribuían con creces las enseñanzas de una maestra que estaba convencida de que la educación era el único camino para transformar integralmente a los seres humanos. El título de maestra fue su gran premio durante toda la vida. Son ciclos que se cierran porque, inmediatamente, se abren otros. Antes de graduarse ya tenía contrato en Auditoría en EPM, la empresa a la que llegó después de la Licencia de maternidad.

Antes de concluir con este apartado, es menester contar una historia sobre la situación de Ligia en la Universidad de Medellín. El primer semestre de cada año lo pagaba fácil con un crédito anualizado que le hacía el Banco Popular. Para los segundos semestres comenzaba “Cristo a padecer” porque ya no había fondos ni crédito. Tomó la decisión de sentarse en el banquito que había al pie de la financiera a esperar al doctor Álvaro Botero, quien siempre le daba plazos. Cuando ella cursaba el octavo semestre se murió su papá y, con certificado de defunción en mano, tuvo que acudir, de nuevo, al señor Botero y le pidió un favor mayúsculo: “Mi papá me ayudaba con algo de dinero, pero, en esta oportunidad, debo pedirle que me dé más plazo para el pago de este semestre. Para mejorar esta situación, me respondió que en adelante sólo me cobraría la mitad de los tres semestres que me faltaban. Esto es increíble y me ayudó tanto que yo hoy hago lo mismo con los estudiantes que acuden a la Universidad con necesidades similares”.

Ser maestra es un recreo hermoso. Cuando se acuerda de su experiencia como tal destaca el gesto de que tuvieron que crear un grupo de niñas para asignárselo a ella e iban por todos los barrios de Donmatías, con megáfono en mano, para anunciar que las niñas de siete años interesadas en ir a la escuela se podrían acercar para la matrícula. Esta primera experiencia se transformó en un verdadero muñequero porque la maestra en formación se tiraba al suelo y enseñaba jugando y jugaba enseñando. En el primer piso estaba el juzgado, la Alcaldía y el Palacio Municipal; en el segundo piso estaba la escuela y a ella le tocaba un pedazo de Alcaldía y el teléfono. Hubo múltiples quejas de la Alcaldía por la bulla que emanaba de la escuela, tanto que tuvieron que trasladarse para un salón que quedaba lejos y daba al patio. Estas primeras experiencias tenían un objetivo: a Ligia le enseñaron con miedo, temor, dolor y sumo respeto y solemnidad. Ella quería romper con estas estructuras tradicionalistas y transmisionistas que tenían en la regla y en el regaño las únicas herramientas para el conocimiento. Ella se propuso abolir este régimen doloroso por uno más amable, más humano y más didáctico, en el que el juego fuera un pretexto para formar mejores seres humanos y con sensibilidad por el respeto de la humanidad. Ella comenzó a concebir la educación como la única posibilidad de transformar el carácter de los seres humanos y trató de nivelar tantas desigualdades en el aprendizaje. Unas niñas se quedaban después de que las otras se iban a casa para que tuvieran una formación más personalizada. Más adelante, las niñas más avanzadas se convirtieron en tutoras de las compañeritas y, así, salieron todas juntas con las mismas competencias. Ella considera oportuno inferir de esta experiencia que: “Ser maestra fue como un regalo muy grande que Dios me dio de haber podido compartir con todos esos muchachitos”.



*Compañeras en la Escuela Elisa Escobar Isaza en Itagüí;
10 años de compañía y amistad.*

En Itagüí tuvo otra experiencia muy significativa: ella llevó a un grupo desde primero hasta quinto y en esa época les hacían un examen a los de quinto para pasar al colegio, como un examen de Estado o un Saber 11 actual. Ella invitó a sus estudiantes para que reforzaran los sábados y resultaron siendo las mejores en todas partes en las que se presentaban.

César Pérez García

Ligia lo conoció como personero de Itagüí, y, al mismo tiempo, era diputado a la Asamblea. Ella había llegado, con otras compañeras, a terminar y dotar una escuela que estaba en obra negra, la Escobar Isaza, y no habían hecho el patio; le faltaban muebles y la batería sanitaria todavía no estaba terminada. Tuvieron que hacer, como cosa rara en este país, bingos, bailes y pedir colaboración a muchas personas cercanas a la institución. Recibieron ayudas generosas de carpinteros del Municipio y formaban grupos de apoyo para pintar los pupitres y hasta los padres de familia ayudaron en la construcción y dotación con convites los fines de semana. Una vez Ligia se intoxicó porque aspiró excesivamente el olor de una pintura que les habían regalado. Además, contaban con la ayuda dadivosa de los ingenieros del Municipio y, mientras ellos trabajaban, algunas mujeres ayudaban con el sancocho para el convite escolar. Era una comunidad de seres humanos con un objetivo claro: tener una escuela bien dotada para comodidad de los estudiantes de Itagüí. En este punto Ligia sostiene que nada en la vida ha sido fácil y que todo lo que hoy recoge lo cosechó con múltiples esfuerzos y es el mejor pretexto para disfrutar de lo que ha conseguido porque nada ha sido gratuito, es decir, en sus manos y en sus ojos hay un corazón noble porque recibió con la humildad de quien sabe que hay que tener paciencia y un alma esperanzadora y siempre con una sonrisa en su cara. En sus relatos siempre alude a manos generosas que la han ayudado: el padre Barrera, la madre, la familia Guerra, don Víctor, el que le dio la platica, aunque tuviera la beca, siempre apareció una mano tendida. Entonces por eso tiende sus manos para el que la necesita. Incluso, recuerda que Amparo, la hija de don Víctor, quien tanto le ayudó, fue la mejor bachiller de Donmatías y le dieron una beca para estudiar en la Universidad de Antioquia. En esas estalló un problema que duró un año y medio y ella no sabía qué hacer

en la ciudad. Apenas iban a fundar la María Cano y le preguntó que si le podía ayudar a conseguir trabajo y Ligia le respondió que iban a comenzar con un sueño, pero que, como todos los sueños, no se sabía si se concretaría. Le dijo que contaría con ella, como un gesto de agradecimiento por lo que hizo su papá por ella. Ligia y ella comenzaron a ser de todo en la Fundación María Cano: Amparo era secretaria y Ligia Rectora, pero sabían que tenían que hacer hasta mandados. Más tarde, Amparo estudió Derecho e hizo especializaciones y trabaja en la Procuraduría por sus propios méritos. En este apartado hace una pausa y sostiene que, definitivamente, cree en la ley de la compensación. Por eso tomó la decisión de apoyarla como a ella en una época de su vida.

Conoció a su esposo en una oportunidad en la que fueron a vender boletas para un baile. César Pérez compró dos, pero con un gesto de quien compra y no asiste, lo que le pareció incómodo a ella. El día del baile aparecieron el Alcalde y los ingenieros. El burgomaestre le preguntó que si había invitado al Personero municipal y ella respondió que sí. Hicieron una apuesta porque el Alcalde sostenía que él no asistía a ningún evento. El Alcalde le dijo que bailaran y, en esas, apareció el señor Personero municipal y le dijo al Alcalde que la persona con la que estaba bailando era su pareja. Al otro día la invitó a salir. Era un domingo, hace 52 años. Fue un ser humano de vital importancia para el municipio de Itagüí porque se dedicó a ayudar, manejaba volqueta y cargaba piedra. Una semana se la dedicaban a la iglesia y la otra semana a la escuela. Había una comunidad muy comprometida y todos trabajaban con objetivos comunes y metas sencillas, pero con beneficio general.

En el 74 se fueron a vivir a La Estrella en una casa que les alquilaron, hoy en día es propia. Se las vendió Germán Garcés, quien la había construido para su esposa, pero ella se enfermó y nunca la pudieron habitar. Este señor era muy amigo de César y siempre sostuvo la idea de no vender la casa porque quería llevarse a su esposa y familia a vivir allá. Con el paso del tiempo le dijeron que era para vivir Ligia, César y los niños y consideró pertinente que fueran ellos los habitantes de ese espacio que, además, había construido con tanto amor. En esa época tenían un amigo en el Banco Comercial Antioqueño, que ya no existe, quien, posteriormente visitó el lugar y sugirió que la compraran a través de un crédito. El valor era de 500 mil y les ofrecieron un préstamo por la mitad, pero, lo relevante de la anécdota es que les hicieron las escrituras con el pago de esta mitad. Otra vez, aparece un actor con altas dosis de generosidad porque todo el trato fue de boca y con la firma de una letra. Ligia trabajaba en EPM y cada que le pagaban primas o bonificaciones salía corriendo para La Estrella a hacer abonos. Con el dinero que ganaba su esposo también hicieron milagros para saldar esta deuda que duró más o menos tres años.

Primero arreglaron la cocina y luego el baño, después hicieron la habitación para los niños. Cuando los compañeros iban a estudiar con ella eran felices y se tiraban en el piso en cojines que Ligia misma hizo en una máquina Singer. Es decir, con sus propias manos y unos limitados recursos, decoró su casa de acuerdo con su gusto. Todavía recuerda que en la revista de *Vanidades* publicaban pinturas, por decir algo, una Monalisa, unas Meninas y otras láminas hermosas. Ella quemaba un retablo, pegaba la lámina y le ponía una "argollota" de cobre, la quemaba, la laquiaba y esos eran sus cuadros o un afiche grande, entonces la casa era de esterillas, cojines, retablos y afiches.

Cuando terminaron de arreglar la casa, compraron muebles y construyeron un apartamento para los amigos que venían de Bogotá: ministros, candidatos, representantes. Por esta casa pasaron César Gaviria, Ernesto Samper, Virgilio Barco, Alberto Santofimio y todos se quedaban ahí por el clima tan agradable y por estar ubicada lejos del "mundanal ruido" de la ciudad. El apartamento era pequeño, pero tenía todas las comodidades y quedaba independiente, incluso, se entraba por detrás de la casa para que no tuvieran que molestarse o incomodarse. Después hicieron un bar con billar. A este lugar también llegaron estudiantes y artistas de diferentes países, sobre todo, de Cuba, a quienes les brindaban espacio para que estuvieran en Colombia en actividades de formación académica, espiritual y cultural.



Compañeros incondicionales, eso han sido Ligia y César Pérez durante toda la vida.

Además, había una huerta, que le recordaba a las gallinas de su casa en Donmatías. También hubo cerdos y vacas, es decir, esa casa parecía un zoológico. A César, su hijo, le dio por tener codornices y conejos, entonces tuvieron que hacer visitas técnicas para aprender cómo se cuidaban estos animales.

En la casa ya no hay sino gallinas ornamentales, ponedoras, de engorde y cuatro caballos. Los demás animales tuvieron que ser trasladados a otra finca porque construyeron al frente una urbanización y era mejor no perjudicar a nadie. En estas circunstancias, los niños, que se mantenían con botas Machitas, se educaron en medio de los animales. Hoy ya casi no queda nada verde por estas oleadas de construcción.



César Pérez García, un hombre visionario que encontró, junto a Ligia, la gran pasión por la educación de las clases menos favorecidas en el país.

Aunque ya no viven juntos, Ligia sostiene que son muy buenos amigos y la familia sigue intacta, es decir, lo único que no hay es relación de pareja, de resto, normal todo. Ellos lo quieren mucho, es un amor increíble. A Ligia la conocen con muchos epítetos, como la Poderosa, la Generala, la Mamá, en fin, pero César la bautizó como “La tata...coa” y “La doctora no”. Él era el campanero y cómplice de los niños. Ella sufría en demasía porque les dejaba hacer lo que querían y en alguna oportunidad se le oyó decir a Lina que: “Yo tuve una madre hitleriana” e, inmediatamente, hace el gesto habitual de Hitler. César llegaba del Congreso y ellos decían, ¡caballito! Y él se acostaba, le ponían una almohada y se le montaban los dos encima y él salía gateando por toda la casa. Un hombre de ceño fruncido a toda hora, que se desbarataba con esos hijos que siempre se los gozó y se los disfrutó, fue un papá increíble.

Ligia no podía cambiar una relación de pareja por tantas cosas que había detrás: la Universidad Cooperativa, la María Cano, la Cooperativa Comuna y otras empresas que han forjado juntos. Además, trabajaron en varios cargos de las universidades y nunca tuvieron dificultades académicas, laborales o familiares y, desde el principio, dejaron muy claro que no se hablaría de trabajo mientras estuvieran en asuntos familiares.

Sus hijos y nietos

Para introducir el tema de Lina y César, Ligia se demora un tanto para traer a su memoria aspectos que, seguramente de manera desordenada, ya había anunciado o nombrado. De todas maneras, es preciso oírla para que, al tiempo que dibuja con sus palabras sentimientos y agradecimientos, haga catarsis. Como ya se dijo, se fueron a vivir a La Estrella a una casa campestre a finales de 1974. Una casa en la que no había muebles, pero ella hizo cojines grandes con esterillas de iraca y decorado con afiches y retablos. Para esta casa se llevaron a la suegra, con más de 90 años y completamente lúcida, a Francy, la hija mayor de César, a Gustavo y a Vladimir. Lina nació en abril de 1975, era prematura y había que cuidarla día y noche hasta que cumplió el tiempo, dos meses más. Recuerden que Ligia ya dijo que estaba cursando

el noveno semestre y trabajando, por lo tanto, era una tarea difícil, pero ella estaba feliz con su niña. A los tres meses ya estaba bien, crecía sana y se superaron las dificultades de su nacimiento prematuro.

La casa se convirtió en finca para todos los amigos, los políticos y los amigos de César, es decir, nunca hubo una vida privada porque, sobre todo los fines de semana, desde las ocho de la mañana llegaban concejales, alcaldes, las personas de acción comunal, amigos, muchos desde Bogotá, candidatos a la Presidencia, ministros, parlamentarios, mejor dicho, era la casa de todos.

En noviembre de 1976 nació César Augusto, muy grande, sano y juicioso. Ligia trabajaba en Empresas Públicas y había finalizado la universidad. Aquí se fragiliza su narración para manifestar que no cabía de la felicidad por ese regalo tan grande de Dios, porque ambos eran sanos y hermosos. Empezaron a crecer con la abuelita que los cuidaba, les enseñaba a rezar, a jugar, a leer, a jugar simulando viajes, visitas.



Lina María Pérez González, "la niña", una gran mujer que es fiel retrato de su padre: inquieta, cálida, cercana y extrovertida. Acompañó a Ligia a su ceremonia de grados en la Universidad de Medellín.

La señora que los cuidaba, Gilma Blandón, era una mamá para ellos y efectivamente la llamaban "mama". La familia Arango también participó en esa crianza con todas sus alcahueterías. Sus hijos crecieron con mucho amor, con calor humano, con muy buen ejemplo y con la compinchería del papá que compensaba su ausencia porque trabajaba en Bogotá desde el lunes por la tarde hasta el viernes y el fin de semana asistía a reuniones políticas o a campañas, por lo tanto, era muy permisivo con ellos. Crecieron, también, con todos los animales que querían: la casa parecía un pequeño zoológico en tanto tenían gallinas, cerdos, perros, caballos, codornices, loras, patos, gansos, pajaritos y ellos dos disfrutaban su libertad de vivir en un espacio muy generoso en el que ayudaban con el cuidado de todos los animales. Igualmente, aprendieron a atender a las personas que llegaban a la casa, especialmente las más humildes que necesitaban ayuda.

Desde pequeña Lina fue muy rebelde. En la escuela se salía de clase cuando estaba en el kínder porque: "La maestra no enseñaba sino bobadas, canciones y cuentos que yo ya sabía". Entonces, tomaron la decisión de que la directora le enseñara a leer y escribir en la dirección, por fuera del horario habitual de clases y aprendió desde que tenía cuatro años. En la escuela fue muy brillante, muy buena estudiante, pero

en disciplina era distinto porque todos los días ponían quejas. Su mamá, en tono de broma, alguna vez le dijo que: “Le voy a solicitar a la directora que me separe un escritorio en el colegio para estar pendiente porque me llamaban tanto del colegio que parecía que yo trabajara en la Javiera Londoño”.

César, en cambio, fue muy juicioso, aunque sus primeros días en la escuela no fueron fáciles porque lo recibieron como asistente y se quedaba muy triste en la casa en tanto no tenían vecinos y, cuando Lina se iba para el colegio, él se quedaba sin saber qué hacer, entonces, lo recibieron como asistente y se pasaba recorriendo la escuela y visitando la dirección y haciendo de todo menos en clase. En los primeros años no se ubicó bien y se salía de clase hasta que Ligia le dijo que: “Si te vuelvo a encontrar afuera te voy a entrar amarrado al salón”. Hasta ese momento le llegaron sus paseos por el colegio. Ambos estudiaron en la escuela pública República del Brasil, anexa al CEFA, que estaba ubicada enseguida de la Universidad, por lo tanto, la presencia de la familia Arango fue un gran acontecimiento porque iban por los niños a la escuela y se los llevaban para la Universidad a comer lo que quisieran y fue una especie de recreo porque esta familia se encargó de cuidarlos y atenderlos.

Luego Lina entró al Liceo Javiera Londoño y César Augusto al Liceo de la Universidad de Medellín. Después Lina ingresó a la UPB a Medicina y César Augusto a Economía del Desarrollo, también en la UPB. En la juventud Lina continuó con su rebeldía, cuando ya salían a fiestas y a la hora prevista, 12 o una de la madrugada, llamaba y decía: “Qué pena, doña Ligia, yo estoy pasando muy rico, no me voy a ir”. En cambio, César, a la hora prevista o antes ya estaba en la casa. Así pasó todo el tiempo, parece que hubieran sido criados en espacios diferentes y con familias diferentes. “La vida no es seria en sus cosas”, como diría un transeúnte urbano cuando se le pregunta por las condiciones en que nos formamos los seres humanos.

En 1982 falleció la abuelita y en 1984 se murió “mama”. Ligia se retiró del trabajo del Politécnico para quedarse con ellos, los llevaba a practicar varios deportes como patinaje, equitación, natación y tenis. Además, les ayudaba con las tareas y colaboraba con la Universidad Cooperativa de Colombia, por la mañana cuando ellos estaban estudiando. Luego, en 1987, inició con la María Cano en las mañanas y por la tarde les ayudaba a ellos en sus quehaceres. Fue una madre estricta porque tenían “comité de aplausos” por todas partes: el papá, “mama” y la familia Arango y más adelante la familia Arteaga. Entonces, la única que corregía y llamaba la atención era la mamá, a quien le pusieron varios epítetos, como se anunció en otro apartado. Ella, con una mirada pícaro, se ríe de dichos apodos porque, al fin y al cabo, fueron muy bien puestos.

Tuvieron el privilegio de que Monseñor Flavio Calle Zapata, cuando fue a estudiar el doctorado a Roma, quien era muy amigo del ceremoniero mayor del Papa, consiguió que los niños fueran a hacer la Primera comunión a Roma con Su Santidad Juan Pablo II, hoy Santo de la Iglesia católica, el siete de abril de 1985. Además, aprovecharon para hacer un recorrido con Monseñor, con su madre, doña Celia Zapata, su hermana Gilma y la tía Lola Pérez por Tierra santa, parte de Italia y de España.

Lina es más cercana a su papá y César Augusto a Ligia. Ahora, cuando ya han recorrido tantos años, con las dificultades propias de ser hijos de un político, de vivir con problemas de seguridad y judiciales, que fueron sorteados con mucha dignidad, Ligia se siente privilegiada de ver a sus hijos trabajando y sirviendo a la sociedad con gran calidad humana y como buenos ciudadanos. Lina, médica, como Jefe de Posgrados de la Facultad de Medicina en la Universidad Cooperativa de Colombia y entregando su alma a su trabajo. César debió recibir la Rectoría en un momento muy difícil para la familia y, sin embargo, la transformó sin perder la esencia. Asumió la Universidad privada más grande del país con 50.000 estudiantes, 7.200 entre profesores y empleados y 18 sedes. Hoy es el presidente de la Asamblea y presidente del Consejo Superior. Además, está al frente de las empresas familiares y en sus manos se han consolidado porque han generado empleo y son sanas financieramente.

Ella siente que se cumplió la tarea en su formación profesional y servicio. Es muy difícil hablar de los hijos porque son diferentes: Lina es más alejada, pero su mamá entiende la situación porque, con el tiempo que les dedica a sus hijos, le queda muy poco tiempo para otros menesteres. Está feliz de que Lina, en este momento, sea una excelente mamá y además sus niños le demandan muchísimo tiempo. César Augusto está siempre pendiente de su mamá, la apoya en todo y es muy cercano y se responsabilizó de toda la familia, de sus tíos, de Lina, de los niños, de las empresas, de las instituciones, del papá, es decir, es el jefe de la familia. Lina se dedicó a acompañar a sus niños y es oportuno reconocer el cambio que ha dado en su vida: ahora es organizada, juiciosa, es una "mamá". Hoy todo lo comparten con el papá y con las dos familias: el día de la madre, el día del padre, la navidad, el año nuevo, al igual que con los hijos de César Pérez y sus familias.

En este punto, Ligia González hace una pausa para realizar una síntesis de lo dicho sobre sus hijos. Para ello, manifiesta que: "Todos los días doy gracias a Dios por mis hijos, ese era mi sueño, por lo menos uno, y me bendijo con dos. Es corto el tiempo para agradecer y me da tristeza que tuvieron que afrontar las dificultades de ser hijos de un político, pero lo asumieron con mucha valentía y dignidad. Este es un momento de

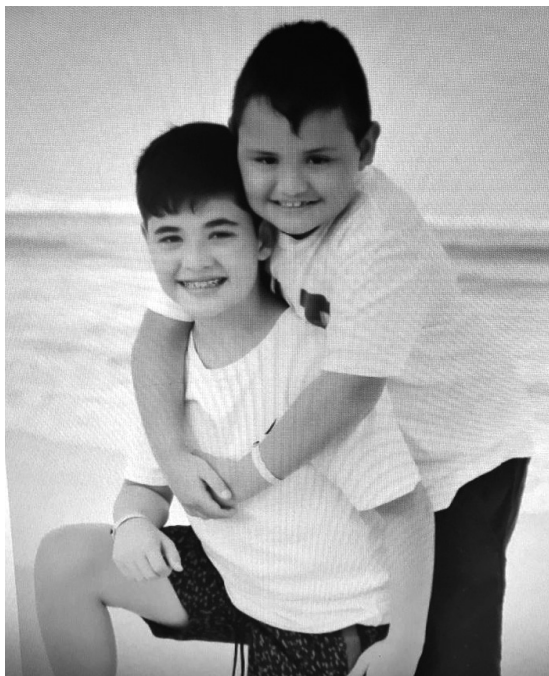
sentimientos encontrados porque si bien es cierto que han pagado y siguen pagando el precio, también tuvieron oportunidades que no todos los niños tienen, de conocer muchos países, de compartir con presidentes, con parlamentarios, con ministros, con alcaldes; son oportunidades que no las tiene todo el mundo, pudimos aprender permanentemente con la cultura de tantos países como logramos conocer. La gente me decía que los muchachitos perdían tiempo por tanta *viajadera*. Tal vez, pienso yo, aprendieron más en los viajes que lo que pudieron aprender en la escuela, ellos nunca perdieron tiempo”.

César Augusto y Lina han sido orgullo para Ligia y César Pérez, quienes siempre han estado unidos, como amigos y compañeros de vida, para velar por la totalidad de la familia, una gran responsabilidad para personas tan jóvenes. Ellos siempre velaron por darles la educación y el ejemplo necesario de trabajar por las personas más necesitadas; de luchar por la educación con calidad como la principal forma de garantizar bienestar a la sociedad. A ellos les ha tocado sacrificar su juventud y muchos aspectos de su tranquilidad por servir a quienes los rodean, en unas batallas a veces incomprensibles e injustamente criticadas, pero que dentro del núcleo familiar saben la esencia del servicio que se debe brindar al país. Ligia reconoce que no ha sido fácil la tarea y que ha estado acompañada de renuncias y entregas, situaciones que muchos pueden no evidenciar, pero que sólo quienes lo viven saben la verdad de todo lo que ha pasado a lo largo de su existencia. Por eso, hace un reconocimiento a sus hijos por la valentía con la que han afrontado los retos que Dios les ha puesto en el camino y que únicamente ellos saben lo que han tenido que superar.

Los nietos

De acuerdo con las palabras de la abuela, no hay términos que describan la felicidad por la presencia de los nietos. No se miran con la exigencia y la responsabilidad del hijo, se miran con irresponsabilidad, son la prolongación de los hijos y, cuando se es abuelo, se aprende a ser mamá y cuando se es mamá se aprende a ser hijo. Ella disfruta todo lo que hacen, se ríe con sus pilatunas, les alcahuetea con lo que quieren y se ha convertido en una cómplice. Es el mejor regalo de Dios en el ocaso de su vida porque es consciente de que con ellos hace el ridículo, da lora y es monotemática. Sus nietos, como los de todas las abuelas cómplices, son los más bonitos y los más inteligentes.

Simón es juicioso, organizado, no se ensucia, se quiere cambiar a toda hora, vive impecable y es el mejor del grupo en el colegio. Alejandro es muy parecido a Lina, se sale de clase



Simón y Alejandro, los dos grandes amores de Ligia.

a compartir con los que están haciendo alguna actividad. A Lina la llaman permanentemente del colegio, él dice que es autónomo. Fue necesario cambiarlo del colegio, pero ahora ha mejorado en todos los aspectos y está muy juicioso. Semanalmente los lleva a juegos, a centros comerciales, a comer, a disfrutar donde ellos elijan. No halla palabras para expresar sus sentimientos hacia ellos, basta agradecer a Dios por ellos y por Lina.

En conclusión, la abuela Ligia sintetiza así esta condición de abuela: "Para mí, los nietos son todo lo contrario del amor exigente que tuve para los hijos porque este es un amor cómplice, irresponsable, cálido, muy diferente y es para gozar y disfrutar, no para castigar y corregir, eso le toca a la mamá. Gracias por existir".

Ligia González y la política

En lo atinente al ámbito profesional, Ligia González fue concejal en Donmatías y diputada por un periodo. Instalada en Medellín, vino un grupo de jóvenes con el ofrecimiento de que se lanzara a la Alcaldía de Donmatías y ella respondió que no porque era imposible ir y venir todos los días. Entonces le propusieron que se lanzara como candidata al Concejo y dijo que sí, eran distintas las condiciones. Fue un gran trabajo porque no fue engorroso, en Donmatías los conservadores y liberales votaban por ella. En este caso estuvo durante tres periodos. Después de ello, se postuló para la Asamblea, se presentó como diputada y estuvo ahí de 1990 a 1992. En ese mismo periodo, fue miembro de la junta directiva de EPM con el doctor Luis Alfredo Ramos como alcalde y presidente de la misma. Eran 15 hombres y ella la única mujer.

Esta experiencia de participación en política se convirtió en una fortuna porque, según sus propias palabras, pudo responderle a su papá, quien, sin cambiarse ni voltearse a otro partido, vio que ella era una liberal en todo el sentido de la palabra para aportarle al pueblo su trabajo en beneficio de todos los conservadores porque la convicción era que no se gobernaba por colores, a pesar de que los jefes políticos

de los concejales los criticaban y sacaban panfletos en los periódicos en los que se leía que “los mal llamados conservadores se dejan manejar por Ligia González” porque no concebían que entre liberales y conservadores hubiera tanta armonía. Así, en 1990, un grupo de liberales se convirtió en el grupo de apoyo para la alcaldesa, Ángela Lucía Lopera, y logró una gestión maravillosa con liberales y conservadores. En uno de estos tres periodos Ligia fue, también, la primera mujer liberal presidenta del Concejo Municipal. Los proyectos no se transformaron y, más bien, cada uno se potenció y se concluyó para no dilatar la gran tarea que les imponen a los concejales en los pueblos. Allí sesionaban los sábados por la tarde y resultaban tantas tareas en todos los sectores: Secretaría de Educación, Secretaría de Gobierno, mejor dicho, todas las Secretarías departamentales. Pero realmente valió la pena porque se trata de una especie de mensajería ante el gobierno de Antioquia.

Cuando terminaron estos tres periodos y con la cabeza en alto por las tareas cumplidas, siguió colaborando en la Junta de la Colonia, la Casa de la cultura, el asilo, la guardería que se creó después de hacer un estudio en Donmatías sobre las mamás que trabajaban y los niños quedaban solos en sus casas. El resultado fue que el 82% de los hijos de las señoras que trabajaban en las fábricas, que en ese momento había más de 100 fábricas en Donmatías, quedaban solitos y no tenían una persona responsable que los cuidara, entonces, con esos datos, Ligia se fue para Bienestar y se encontró con la doctora Nelly Guerra Serna, directora en esa época y cuando vio esas cifras y, como todas las fábricas aportaban a Bienestar y al Sena, le dijo que se trataba de una obligación. Entonces sugirió sacar un dinero del presupuesto de Yarumal para crear la de Donmatías en el año siguiente. Ella prometió gestionarlo y se fue para la Junta de la Colonia, donde se encontró con que el Comité femenino le dio mesas de colores con las sillas para la dotación. El doctor Libardo Gallego, que en ese entonces era el gerente de energía de EPM, le regaló 120 colchonetas, es decir, todo el mundo le dio para la dotación. Además, hicieron un bingo, el Concejo le dio 30.000 pesos y en Electrobello le vendieron la nevera y la estufa industrial.

Se fue para Elospina y contó la misma historia, allí le dieron la dotación para la oficina de la guardería; en menos de 20 días estaba dotado el espacio y todo era nuevo. Es la muestra fehaciente de la generosidad y el tesón de un ser humano que, como una hormiguita, no se cansa con el fin de ayudar, ayudar y ayudar. Sin embargo, apareció el obstáculo, como es la costumbre. El párroco de ese entonces dijo que no arrendaba la casa cural con el pretexto de que “Ligia va a vagabundear a las mujeres de Donmatías”. Tuvieron que buscar otro espacio y lo encontraron en una casa muy

grande, por la calle del colegio. Allí comenzó la guardería que todavía existe y presta un servicio maravilloso. Cuando se inauguró la guardería la primera invitada fue la doctora Nelly, quien hizo presencia con algunas personas de la Alcaldía. Una obra más liderada por Ligia González Betancur.

Más adelante empezaron los problemas en la guardería porque el jefe conservador del momento puso el grito en el cielo, según sus propias palabras: "Ligia González estaba liberalizando a Donmatías y casi todos los cargos públicos estaban liderados por liberales". La respuesta de Ligia fue llamar a su jefe del Servicio Seccional de Salud y le pidió permiso para asistir a Donmatías. Cuando se bajó del carro vio al jefe conservador con un concejal, y le dijo que los servicios de la guardería no estaban dirigidos a los liberales porque ninguno de ellos se usufructuaba de ella y que, al contrario, eran las madres y los conservadores los que más se atendían en la misma. Además, remarcó las siguientes palabras para que no quedaran dudas: "La doctora Nelly Guerra es liberal, yo soy liberal, todos los que me ayudaron posiblemente son liberales, pero sabe, tiene servicio eminentemente conservador porque el gerente de la Cooperativa no necesita la guardería, el doctor Rafael Cerón, el médico, no necesita la guardería, yo no tengo familia aquí, no necesitamos la guardería, la familia Baena no necesita la guardería, entonces unas 10 familias liberales de aquí no necesitan la guardería y usted no me va a impedir a mí que trabaje por mi pueblo, aunque el servicio sea conservador en todo sentido. A mi oficina va mucha gente a pedirme una colaboración, que les ayude a estudiar, a muchas cosas, yo jamás pregunto qué son porque yo sé qué son y para mí no hay color, todos son mis paisanos y voy a seguir trabajando por mi gente y usted no me lo va a impedir, me despedí, prendí el carro y me vine para Medellín".

La guardería comenzó a operar y cuando celebraron el primer año, Ligia fue invitada para que partiera la torta, allí se encontró con el párroco citado anteriormente, pero fue muy amable con ella, la bendijo y le agradeció por la calidad de los servicios que estaba prestando al municipio, por juegos, la alimentación, las didácticas y los cuidados para los niños. Estaba asombrado del crecimiento de este servicio en el pueblo.

En otra oportunidad fueron a ver la casa en la que nació López de Mesa, uno de los hombres más reputados del país, que estaba convertida en legumbrería, cantina y carnicería, daba pena una situación de esta naturaleza. Con este panorama se empezaron los trámites en la Asamblea para declararla Patrimonio Cultural y la adquirió el Departamento. Fue una tarea titánica porque los dueños no cedían y no

querían desalojar. Como Ligia González nació en el mes del amor y no en el de los temblores volvió a su pueblo natal para ver la reparación y adecuación de un museo en el que antes había tres negocios y, a pesar de que le desinflaron las llantas del carro, ella seguía erguida como si nada pasara. No se amilanó ante las amenazas de tres o cuatro personas porque el museo era un proyecto colectivo. Hoy en día es la casa de la cultura y museo de la municipalidad con su programación permanente.

¿Senadora?

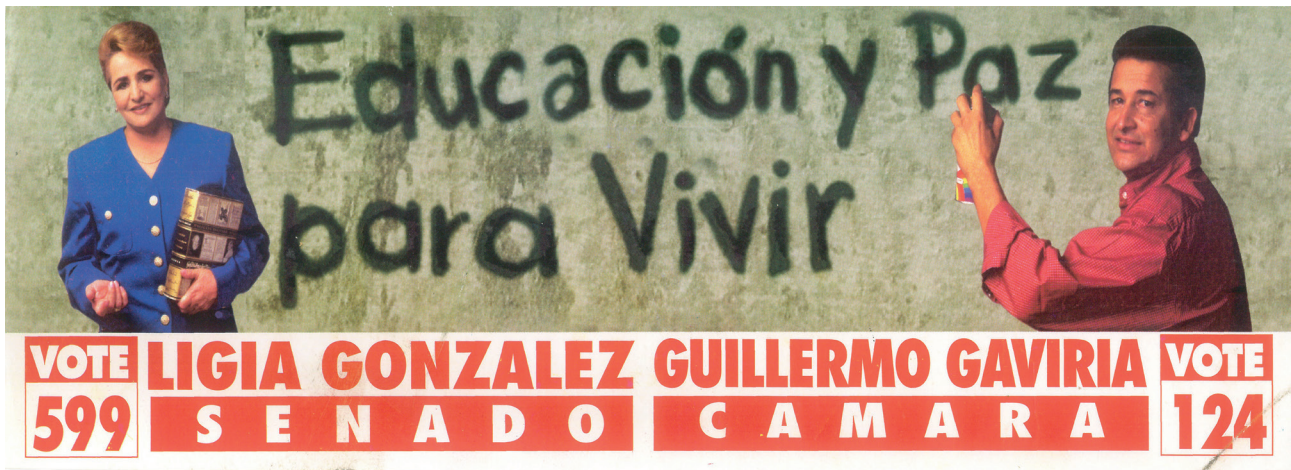
Convergencia Liberal había postulado al doctor Luis Pérez Gutiérrez para encabezar la lista al Senado, pero él fue notificado de que estaba inhabilitado porque no había cumplido el año de haber sido Secretario de Educación y se quedaron en Convergencia sin cabeza de lista, barajaron nombres, pero a casi todos les encontraban dificultades. En ese momento Guillermo Gaviria dijo que su candidata era Ligia González Betancur. La llamaron y le preguntaron por los cargos públicos y ella respondió que había sido Jefe de Suministros de la Seccional de Salud y Jefe de Planeación del Politécnico Jaime Isaza Cadavid. Con esta información solicitaron el aval al Consejo Nacional Electoral en Bogotá, el cual llegó de inmediato. Ligia estaba en el cementerio y, mientras le ponía la lápida a su mamá, la llamó César Pérez con la noticia de que Guillermo Gaviria la había postulado y que era necesario que se fuera para la Universidad porque ella era la cabeza de la lista del Senado. Casi se desmaya porque se tenía que inscribir inmediatamente en la Registraduría. La foto que iba para el tarjetón reflejaba el susto del reto que iba a asumir, por lo tanto, el registrador aceptó el cambio de la misma.

Más tarde la llamó César, su hijo, a preguntarle por la nueva noticia, pero ella seguía muy asustada y que la imagen era algo así como “si tu papá me hubiera puesto en la punta de un barrancón y me hubiera tirado a rodar”, es decir, agradeció enormemente el hecho de que Ingrid Betancur arrasó con 140.000 votos. En ese momento un senador salía con 22.000 votos y hasta con 21.000 y en esta oportunidad perdieron la curul muchos senadores del país porque el promedio que obtuvo Ingrid nunca se había visto. Quedaron por fuera Bernardo Guerra y Ligia González, pero ella únicamente tuvo un mes de campaña y sacó más de 23 mil votos, los mismos que el doctor Bernardo Guerra, quien siempre fue considerado como el “varón electoral” de Colombia. Fue una experiencia muy significativa porque recibió el apoyo de gente que apenas conocía y de quienes han sido sus más cercanos afectos. Se quedó sorprendida por estos resultados que la animaron a seguir apoyando las causas

de la comunidad y las clases menos favorecidas y más vulnerables. En el prólogo de este libro Ligia González dice que su vida es muy simple, pero incluso una cuñada le recordó que en cada momento tiene a alguien para servirle y que no se cansa de brindar apoyo. Basta mirar la cantidad de gente con la que se encuentra y que le dice de manera muy espontánea: “Por usted soy profesional, por usted tengo empleo, por usted tengo mi casita, por usted estoy pensionada”. Se le vino a la memoria la historia de Javiera Londoño, quien era analfabeta, pero, en sus acciones, se denota un gran corazón, que lo donó por otros. Liberó esclavos y fue capaz de oponerse a todas las injusticias de la época. ¿Cómo haría para fundar el colegio que lleva su nombre?

Ligia González recibió tantos beneficios de tantos corazones tan distintos, que sin proponérselo y de manera natural, ayudar es su consigna vital. Ayudar porque fue ayudada y ayudar sin esperar nada a cambio porque, con el paso del tiempo, ha vivido historias tan gratificantes que únicamente aludirá a unas pocas para no extenderse en sus obras y realizaciones. Alguna vez la llamó alguien que tenía un problema muy grande en Coomeva para preguntarle que si le podía ayudar, entonces llamó a un directivo de esa organización, pero estaba fuera de la ciudad. Se acordó que tenía otro contacto, le contó el problema e inmediatamente le dijo que sí, so pretexto de que ella, Ligia, le había ayudado con el pago de una matrícula de su propio bolsillo. Ella no se acordaba de este evento y a la media hora ya habían resuelto esta dificultad.

En este caso Ligia sintetiza así estos encuentros humanos tan solidarios: “Yo siento que mi Dios lo pone a uno como una fichita y le dice que hay que estar aquí a tal hora para solucionar determinada situación de un ser humano”.



VOTE 599 LIGIA GONZALEZ SENADO **VOTE 124 GUILLERMO GAVIRIA CAMARA**

En solo un mes de campaña al Senado, junto a Guillermo Gaviria para la Cámara de Representantes, alcanzó 23 mil votos, que lamentablemente no alcanzaron para la curul de Ligia. Guillermo llegó a la Cámara.

Una obra más

En Donmatías el barrio Luis López de Mesa no tenía espacio para los juegos de los niños, y Ligia, siempre inquieta, se preguntaba, ¿dónde podían divertirse los menores? Ella era concejal y, como novedad, le pidió al Municipio que le dieran un lote que estaba ubicado al lado de la casa de la señora Teresa Gaviria, lo solicitó en comodato con la idea de adecuarlo como parque infantil. En esa época estaba en la Secretaría de Desarrollo don Guillermo Gaviria, quien prestó maquinaria pesada para adecuar el terreno y después esa misma máquina le sirvió al alcalde para organizar carreteras y otras obras que tenían pendientes. Como siempre, recibió los apoyos necesarios para el drenaje, Río Grande donó el arenón y muchas personas colaboraron con lo que podían para tener obras para la comunidad. El día de la inauguración del parque fue muy especial porque al fin de la jornada ella se sintió compensada por una expresión de afecto de un niño que lloraba y cuando le preguntó la razón, la respuesta fue igual de conmovedora: "Es que no me dejaban darle un beso a la señora que huele a mamá y nos regaló el parque". Ella lo abrazó y sintió que estas palabras le pagaron con creces este gesto. En otra ocasión, en un colegio que se llamó Sin fronteras, que fundaron en 1997, y que comenzó con 500 estudiantes de los estratos sociales más desfavorecidos, vivió una experiencia desgarradora, pero hermosa. El colegio albergaba estudiantes jóvenes y adultos en el que una señora, de 65 años, se graduó como bachiller y sostenía que sabía que ya casi se iba a morir, pero que ella, con estas oportunidades de la vida, se quería ver vestida como bachiller.

Y con creces siguió recibiendo homenajes y reconocimientos, pero no como política o de manera gratuita, sino, por el contrario, homenajes cotidianos y espontáneos de la gente que agradece con su profundo sentimiento y honesto por los pequeños detalles. En otra oportunidad, en plenas fiestas en Donmatías, la invitaron con el objetivo de agradecerle por sus épicas batallas en favor de todos los habitantes del pueblo y había música, poesía y un evento cultural muy lindo y, de pronto, presentaron una tuna infantil de la guardería y una de las canciones era de agradecimiento a Ligia por sus múltiples obras y por su gestión para su ejecución. Cuando oyó la canción, subió a la tarima, pero no fue capaz de expresar ninguna palabra, estaba conmovida y emocionada, las lágrimas, como en este momento, no la dejaron hablar y únicamente atinó a decir: "Gracias, por favor me disculpan, solamente Dios les pague, muchas, muchas gracias", y se bajó del escenario.

Y si todo esto no ha sido suficiente, es oportuno decir que también dotaron el Hogar del anciano con el apoyo del Servicio Seccional, lugar en el que ella estaba trabajando y contó con la colaboración irrestricta de miles de personas y de la Junta de la colonia.

Y algunos otros cargos, responsabilidades y emociones: miembro de la Junta Departamental del Icetex, miembro de la Consejo Departamental de Educación, miembro de la Junta Directiva de EPM, presidenta de La colonia de Donmatías, presidenta de la Casa de la cultura de Donmatías y de la Junta de Beneficencia de Antioquia y Vicepresidenta del Directorio Liberal Departamental de Antioquia.



Inauguración de la cancha de fútbol en el municipio de Donmatías, donde Ligia y Lucelly Builes tuvieron un gran protagonismo en la búsqueda de recursos para beneficiar a toda la comunidad.



Ligia siempre se ha caracterizado por su amor y respeto al municipio que la vio nacer y le dio el carácter que le ha servido para su vida.

Ligia González en la actualidad

“Para las almas generosas, cualquier ocupación es noble”.

Eurípides

No se puede concebir la existencia de esta mujer guerrera y batalladora sin citar directamente a la Fundación Universitaria María Cano y a la Universidad Cooperativa de Colombia. Su mayor cómplice en estas gestas fue César Pérez García, un visionario, como dice su hija Lina, y, entre ambos, comenzaron una carrera tras un sueño que, gradualmente, se hizo realidad, no sin esfuerzos, tropiezos y obstáculos que se fueron superando para el bienestar de una sociedad que encontró en estas casas universitarias una alternativa de formación humana y académica.

La María Cano

El agradecimiento con la vida, con las oportunidades y, por qué no, con quienes siempre le brindaron la mano a Ligia González para realizar sus sueños de educarse y poder servir a la sociedad, la llevaron en todo momento a mirar la educación como la forma de vencer la falta de oportunidades, la inequidad, la desigualdad y la desesperanza de quienes, como ella en su niñez, siempre soñaron con un mundo mejor en medio de las necesidades.

Al lado de César Pérez García conoció la gran necesidad del departamento de Antioquia de contar con profesionales que aportaran en la solución de problemas de comunicación y a mejorar las habilidades cognitivas, físicas, sensoriales y motrices de la comunidad que, en su gran mayoría, se presentan en familias de escasos recursos económicos y con poco acceso a los sistemas de salud.

La reacción fue inmediata, *César Pérez y Ligia comenzaron* todo el proceso de búsqueda de asesoría y acompañamiento para ofrecer una alternativa de solución a esta evidente solicitud que les hacía la vida, es decir, esta perspectiva académica se convirtió en un reto, en una idea que les quitaba el sueño y, poco a poco, se fue materializando en una propuesta de una Institución de educación superior para ofrecer programas de Fonoaudiología, Terapia Ocupacional y Fisioterapia. Sin embargo, la idea no estaba completa porque, a pesar del carácter social que estaba inmerso en la propuesta formativa, faltaban dos temas relevantes: los recursos económicos, que en cierta forma

eran los que menos le preocupaban porque ellos siempre han amado los retos y salir adelante en medio de las adversidades; y encontrarle una razón de ser a la María Cano.

En los continuos diálogos y conversaciones entre *César y Ligia* con César Pérez salió a la luz el nombre de una de las mujeres que más admiración había generado en la vida del gran líder antioqueño: María de los Ángeles Cano Márquez, la valiente, la dama antioqueña que no se limitó a la vida sumisa y de silencio que la cultura de inicios del siglo XX le había asignado. Ella nunca quiso estar dedicada a las labores del hogar, como lo hacían las demás mujeres de su época, tenía alma revolucionaria, espíritu indomable y constantes ganas de salir al mundo y hablar en plaza pública para exigir el cambio para las clases menos favorecidas de la población. Una mujer amante de las letras, de la lectura, de la expresión y, por supuesto, de la educación como plataforma para alcanzar el bienestar, y quien había fallecido casi dos décadas atrás. Nadie mejor para representar esta propuesta que buscaba llevar formación profesional a la comunidad.

Era la oportunidad para reivindicar el nombre de quien se había atrevido a hablar en favor de los trabajadores, de la igualdad, del derecho al estudio y, por supuesto, al descanso reparador; una mujer que, debido a la tradición de una sociedad, en su mayoría conservadora, como la antioqueña, había pasado los últimos días de su vida en el silencio y el retiro voluntario en su hogar. Crear la Fundación Universitaria María Cano sería la forma de garantizar que su nombre no cayera en el olvido de las nuevas generaciones y que siempre estuviera relacionado con temas que para ella fueron fundamentales como la educación y el bienestar comunitario.

Para que la María Cano comenzara a ser una realidad tangible, César Pérez García se desplazó al Icfes en Bogotá, en la búsqueda de información sobre las condiciones y requisitos que se deberían cumplir para crear los programas en la capital antioqueña. Allí se acercó al entonces director, Humberto Serna Gómez, a quien le compartió la necesidad de crear esta propuesta académica en Medellín, una ciudad que había sufrido la violencia y que en sus laderas contaba con población de escasos recursos económicos, que necesitaba atención y acompañamiento para superar las adversidades. En la capital colombiana la idea fue vista como pertinente y necesaria y, en consecuencia, el entonces líder de la entidad facilitó un ejemplo de lo que podría ser el documento maestro de los programas, de manera que se respondiera a las

necesidades de la comunidad, al tiempo que acudió al Rector de la Universidad del Rosario, quien se convirtió en fuente de generosidad y apoyo para que los programas pudieran llegar a Antioquia.

En Medellín, paralelamente, Ligia González acudió a la Universidad de Antioquia e invitó a los doctores Santiago Correa y Bayardo Giraldo, expertos académicos, para que conformaran un equipo de trabajo con médicos, fonoaudiólogos, fisioterapeutas, terapeutas ocupacionales y expertos en ciencias sociales y humanas, de manera que la asesoraran y acompañaran en la fundamentación teórica y científica que le permitiera ofrecer programas pertinentes y de calidad para formar excelentes profesionales y seres humanos que miraran siempre con amor y respeto a sus pacientes. Comenzó un trabajo de 24 horas al día, los siete días de la semana y los 365 días del año; cada fin de semana recibió a académicos de la Universidad del Rosario en su hogar con extensas jornadas para empaparse de los conocimientos acerca de estas áreas de formación.

Con su testarudez característica, Ligia comenzó a recorrer la Alcaldía de la capital antioqueña, fue a Planeación municipal, a la Secretaría de Educación y a todos los entes oficiales para alcanzar la licencia de funcionamiento de la María Cano. No le importaba estar sola en su recorrido, ella misma se acompañaba, se animaba y, lo principal, creía que lo podía hacer; sus rondas eran de días enteros, pero ella vivió esta época emocionada y convencida de que el proyecto se iba a hacer realidad.

En una visita del doctor Humberto Serna a Medellín, se reunió con César y Ligia para ver en qué iba esa idea de crear la María Cano y fue enfático en afirmar que se necesitaba conformar una Asamblea que respaldara el accionar y le diera solidez al proyecto que se adelantaba de manera positiva. César Pérez lo invitó a formar parte de ese órgano de gobierno y el doctor Serna propuso, entonces, a su esposa Norela Hernández y a su cuñado Jairo Hernández. Por supuesto, se incluyó el nombre de Guillermo Gaviria Zapata, hombre leal y amigo de siempre, escudero inquebrantable de César Pérez García, siempre firme en las luchas y hermano de vida de Ligia González. De esta forma la María Cano quedó con cuatro fundadores y un socio benefactor, César Pérez, quien velaba por su accionar y sufragó los gastos de la Institución y pagó los primeros equipos.

En la primera reunión de la Asamblea, la decisión fue unánime, nadie más podía llevar el timón de la Institución y ser elegida como Rectora: Ligia era la persona que había sudado la propuesta y quien soñaba cada segundo con la apertura de los programas.

Había encontrado un espacio que permitía garantizar un trabajo que respondiera a las necesidades del Gobierno nacional; a escasos 50 metros de su hogar, Ligia alquiló una vieja casona del centro de Medellín, en la que, con grandes sacrificios y apuros económicos, comenzó a funcionar la Institución y, poco a poco, el proyecto fue tomando forma porque se convirtió en bandera de la mujer de luchas y compromiso con la educación.

Una vez llegó la anhelada aprobación de los programas por parte del Icfes, en su orden: Fonoaudiología, Terapia Ocupacional y Fisioterapia, la María Cano encontró un norte y se conformó un minúsculo equipo administrativo con Amparo Arteaga Villa, Consuelo Peláez, Colombia Pérez y un grupo de profesores honestos, amantes de la educación, empeñado en luchar a su lado para posicionar la Institución. Ligia había buscado los docentes gracias a los listados de egresados que le compartió la Universidad del Rosario, con unos perfiles exigentemente demarcados porque no estaba dispuesta a sacrificar la calidad de los programas y, mucho menos, de la formación que se debía impartir.

La inauguración fue en el Club Medellín y estuvo acompañada por María Eugenia Fonseca, decana de Fonoaudiología de la Universidad del Rosario, quien contó a los antioqueños qué era el programa y la importancia de estas profesiones que nadie conocía en la región, pero que todos necesitaban. Además, señaló que era el primer lugar en la capital antioqueña que se dedicaría a la formación de profesionales idóneos para la rehabilitación de personas con discapacidad.

Para explicar de manera clara y precisa la solidez financiera en esos años, se pueden enunciar varias frases: préstamos, servicio de alimentación desde la cocina de la casa, sillas prestadas, clases en salones de la Universidad Cooperativa de Colombia, que durante el día estaba desocupada gracias a los horarios extremos que ofrecía para las personas que trabajaban. Las jornadas de trabajo eran extensas, lo que para ella no fue dificultad porque cuando algo se le mete en la cabeza no hay poder humano que logre hacerla cambiar de parecer y, mientras más descabellada era la idea, más se convencía de que la podía realizar, característica que hoy en día es su carta más destacada de presentación.

En la primera sede de la Institución la estrechez era el denominador común: la casa tenía tres salones, tres pequeñas oficinas, una biblioteca, una mini cafetería y los baños. Un tamaño diminuto pero gigante en sueños, metas y proyectos. La María Cano funcionaba como un hogar, ella siempre fue la mamá de los estudiantes, en su mayoría mujeres, los cuidaba, vigilaba que no se volaran con los novios y novias,

los recibía en la puerta, acompañada de “Pelusa”, la perrita *french poodle*, que se pasaba sola de la casa a la Rectoría para acompañar a su mamá humana en el trabajo de crear y consolidar el centro de estudios; allí Ligia permanecía durante horas y no se iba a descansar hasta que no se retiraba la última persona del centro de estudios; era quien abría, quien cerraba y, por supuesto, quien estaba al tanto de todo lo que pudiera pasar en cualquier momento. Era un equipo humano maravilloso, los integrantes se caracterizaban por ser “toderos”, se le medían a lo que fuera necesario porque al frente de ese barco estaba una Rectora que daba ejemplo y eso animaba a todos a seguir adelante.

Ligia, la Rectora, estuvo al frente de la Institución hasta 1993, cuando asumió un nuevo reto en su vida: ser la presidente de Consejo Superior, desde donde ha trabajado de la mano con estudiantes, profesores, egresados y comunidad en general para que la Institución esté en un camino constante de crecimiento y consolidación.

En 1996 asumió la dirección de la sede Envigado de la Universidad Cooperativa de Colombia y en el año 2000, en otra de las locas aventuras que la caracterizan, se le midió a liderar también la sede Medellín, pero su respaldo desde la alta dirección fue siempre inquebrantable para la María Cano. Muestra de ello es la construcción de la sede propia en la calle Bolivia en 1998, y ese es precisamente uno de los momentos que más recuerda con satisfacción y amor, cuando los egresados, en medio de la celebración por tener un nuevo y moderno edificio, se le acercaron y textualmente le dijeron: “No sentimos envidia por esta nueva sede porque en la casa vieja sentíamos siempre que éramos personas importantes, con alegrías, tristezas, logros, dificultades... y teníamos con quién compartir, no éramos un simple código de identificación, sino personas con nombre”. En todo momento le recordaron cómo se sentían cuidados y protegidos porque los acompañaba como si fuera la madre de cada uno, además, contaron siempre con profesores que les ayudaban cuando no entendían, faltaban a clase o alguien necesitaba acompañamiento especial.

La María Cano ha seguido creciendo, la oferta académica ha incrementado con el programa de Psicología, la Facultad de Ciencias Empresariales, la Facultad de Ingeniería, los posgrados y la llegada con cobertura educativa a ciudades que también necesitaban un centro de estudios: Cali, Neiva y Popayán, también con la metodología virtual y a distancia; situación que le permite a Ligia afirmar que la Institución es la respuesta a todas las personas que habían perdido la esperanza, por distintas situaciones, la posibilidad de comunicarse, moverse y mantener una adecuada calidad de vida. Con el paso del tiempo la María Cano se convirtió en una

oportunidad de transformar a las personas y, por ende, a la sociedad a través del estudio del movimiento, el cuerpo y el lenguaje. Eso es lo que significa la Institución para Ligia: “Soluciones, respuestas, esperanzas, dicha de generar bienestar y alegría a las personas, sin distinción de clases, creencias, opciones de vida o formas de pensar”. En pocas palabras, es convertir sueños en realidad.

Ligia nunca ha querido alejarse de su papel de matrona y líder a la Institución, reconoce que está en muy buenas manos del rector Hugo Valencia Porras y todo el equipo que lo acompaña; pero asegura: “Esa Institución es mi hija, mi papel de fundadora no me permite apartarme y, aunque me muera, seguiré siendo la fundadora y velando por su bienestar, levantando el dedo desde donde esté para que todo el funcionamiento institucional nos permita crecer y garantizar que se responda siempre a la sociedad”. Sueña verla crecer en su espacio físico, con una amplia oferta académica y lograr la Acreditación de Alta Calidad porque sabe que tiene con qué hacerlo. Una muestra clara de que la tarea se hace a cabalidad, son los miles de egresados que en 2021 tiene la María Cano, después de 34 años de servicio.

Es común verla recorrer los pasillos de la sede Medellín, viajar a las sedes, reunirse con estudiantes, escuchar a los profesores, dialogar con el grupo directivo, asistir a las reuniones y estudiar para seguir siendo una mujer preparada, a la altura

de las exigencias del mundo actual. Tiene constante disposición y ganas, esas ganas que a veces muchos pueden confundir con intensidad, pero que para ella es la demostración clara de que la historia de la María Cano apenas está comenzando a escribirse.



La presidente de la Asamblea de la María Cano en la celebración de los 30 años de labores con los entonces mandatarios de Antioquia y Medellín, Luis Pérez Gutiérrez y Federico Gutiérrez Zuluaga. Los acompañan César Augusto Pérez González y el rector Hugo Alberto Valencia Porras.

¿Por qué María Cano? Porque hoy, más que nunca, tiene vigencia el nombre de esta mujer que luchó hombro a hombro para reivindicar los derechos de la mujer y no se amilanó ante los embates de un contexto adverso en todo el sentido de la palabra. María Cano defendió los temas de inclusión, derechos humanos y género.

Si eso pasó hace 100 años, entonces con mayor razón en esta época en la que se necesita reivindicar estos temas, pero, mejor, traer a la memoria el nombre de esta

mujer para que sea recordada por sus obras en nuestro contexto actual. Era un homenaje para alguien que nació en una posición social alta y se preocupó para que los jóvenes leyeran, que tuvieran dónde leer, por tener bibliotecas públicas y por los derechos de los trabajadores. Era justo hacerle un reconocimiento porque se estilaba que cuando una persona se manejaba mal inmediatamente le decían “María Cano”, de manera despectiva y peyorativa. Ella hizo méritos suficientes para que su nombre fuera reivindicado en una Fundación que, posteriormente, se convirtió en Institución de Educación Superior.

Ligia considera que los programas que tienen han sido como una bendición para la ciudad porque existen centros de rehabilitación en Medellín, porque todos necesitamos de la Fisioterapia. Hay un orgullo inmenso por ver personas que entran sin poderse mover y salen caminando; niñitos con dificultades hasta cerebrales que entran y ni siquiera caminan, que son como un trapito, como le tocó ver a ella en múltiples oportunidades. Estas alegrías no tienen precio porque la María Cano aporta en la calidad de vida de la gente, pues la IPS atiende un promedio de 17.000 personas al año. Además, en los ciclos de práctica el número es muy significativo: 243.000 atenciones en promedio. Estos son los resultados que se presentan en el balance social. Ligia sostiene que no volvió a los grados porque cuando veía entrar a estos jóvenes con su toga y su birrete ella se deshacía en llantos y ya le daba pena asistir a estos actos públicos. Recuerda con emoción y con lágrimas porque sabe que se ha cumplido con la misión de entregar a la sociedad profesionales que van a hacer tanto bien a la gente. Hay muchas personas sin recursos y allá reciben a todo el mundo, tenga o no tenga con qué pagar, además la cuota que se les pide es muy baja, es simbólica. Por estas razones, Ligia González Betancur es un alma generosa.

Universidad Cooperativa de Colombia

En 1976, cuando César Pérez García asumió la dirección de la Universidad Cooperativa de Colombia, en ese momento Universidad Indesco, a pesar de todas las solicitudes que se le hicieron porque la Universidad no existía, la habían llevado unos grupos de izquierda al Barrio Castilla al salón parroquial. Sólo tenían 62 sillas y los estudiantes y profesores no iban a clase, pidieron a Empresas Públicas el traslado de los tres teléfonos y lo negaron porque debían mucho dinero, entonces ella se responsabilizó de un crédito y se logró el anhelado traslado. Él fue al Banco Ganadero, hoy en día el BBVA, a solicitar un crédito por \$200.000 pesos y se lo negaron por no tener ningún respaldo en la Institución, pero con la declaración de renta de Ligia hicieron

el crédito y salió un cheque a su nombre con el que se abrió la primera cuenta de la Universidad y sigue siendo, hoy en día, la cuenta principal. La Oficina de Admisiones era una locura, los estudiantes asistían a cualquier curso sin tener en cuenta los planes de estudio ni los requisitos. Amalia Jaramillo, una compañera de la Universidad, quien era la mejor estudiante, muy estricta y exigente, revisó y actualizó dicha área. Los amigos les ayudaron gratuitamente: Guillermo Gaviria, como contador; Adolfo León Palacio, como revisor fiscal. Muchos compañeros de César y de Ligia apoyaron la causa con cátedras sin cobro. Así se inicia la Cooperativa, en el bloque uno, en Córdoba con Ayacucho y en alquiler con las hermanas Carmelitas. Ese mismo año, César le solicitó ayuda al presidente Alfonso López, quien le preguntó que de cuál Universidad había sido nombrado Rector y, cuando le respondió que de Indesco, el doctor López, en tono de quien es escéptico, le ripostó que qué era eso, que él no la conocía. César le contó qué era Indesco y el Presidente llamó al gobernador Jaime Sierra García, quien le ayudó con un cheque de \$3.600.000 pesos. Con ese dinero se le pagó a todos los que venían trabajando gratis y fue un día de fiesta en la Institución porque no lo esperaban. También abonó parte del pago del bloque uno.

En esa época, César viajaba a Bogotá al Congreso desde los lunes en la tarde y regresaba los jueves o viernes y, por esa razón, Ligia se encargaba de la mensajería de César para todos los directivos y de ellos para César. Las comunicaciones eran muy difíciles y ella acompañaba en toda la logística de los eventos: organizaba las fiestas de navidad y llevaba la comida a la Universidad para las celebraciones. En fin, ella se mantenía en la Universidad, en el directorio, en la casa, en los bancos; todos creían que ella estaba vinculada laboralmente y, por ello, le consultaban, la tenían en cuenta para todas las decisiones desde 1976 hasta 1996.

En ese año iban a entregar el edificio de Envigado y César estaba muy preocupado, buscaba a una persona con un perfil exigente para administrarlo. El siguiente administrador debía ser muy honesto porque había que dotar las clínicas, las aulas, los laboratorios, la biblioteca y el auditorio. Reunió a unos amigos cercanos para que le ayudaran con esta solución y Guillermo Gaviria le dijo que la candidata era Ligia González. La llamó y así fue cómo se vinculó laboralmente como directora de Envigado. Ella, astuta y con buen olfato, le pidió que nombrara a Clara Patricia Arango como coordinadora para hacerle un reconocimiento a su capacidad, a la amistad, a la idoneidad y al trabajo comprometido. Con ella, y con el sobrino Germán Rodrigo, se formó un buen equipo; la primera semana tuvo que tomar la decisión de terminarle el contrato a tres profesores y, en la segunda, a cuatro, entre quienes había un muy buen amigo de César Pérez y cuando fue a pedirle ayuda para que lo reintegraran le respondió: "Yo te ayudo en otra parte porque si la llamo me echa a mí también".

Fue muy lindo estrenar ese edificio tan confortable porque hubo dificultades para acomodar tantas personas, pero se logró en un tiempo récord y con la dotación adecuada y pertinente. Estuvo en Envigado desde 1996 hasta el 2000, cuando nombraron a Jorge Mario Uribe, en la gerencia de la Beneficencia de Antioquia. César la llamó para que asumiera la Dirección Académica y ella le manifestó sus limitaciones como académica y él insistía porque se trataba de un cargo transitorio. Ella se comunicó con unos amigos académicos, quienes se comprometieron a ayudarlo. Llegó a Medellín un sábado y llamó a los directivos y no los encontró, cuando se pudieron reunir hicieron un cronograma de atención desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche y los sábados hasta la una de la tarde.

Clara Patricia les advirtió acerca de la persona que los iba a dirigir: “Llegó el sirirí, Ligia no conoce el reloj ni el calendario, no se cansa y no le da hambre”. A lo mejor, en el primer momento, los incomodó por su forma de trabajar, pero, afortunadamente, los contagió de ese amor y aprendieron a no mirar el reloj y a trabajar a su ritmo. Ella, ya lo han dicho las personas entrevistadas, tiene un valor agregado y es el conocimiento y la cercanía con todas las personas. A quienes la acompañaban no les importaba madrugar, trasnochar, trabajar sábados, domingos y festivos. Ellos mismos se proponían las tareas y siempre estudiaban los documentos que llegaban, los analizaban y discutían. El mayor logro fue que la sede Medellín se constituyó en la primera de las otras 18 sedes en lo concerniente al cumplimiento de la Universidad.

Nadie entendía cómo podía trabajar con su ex y, luego, con su hijo, como jefes, ¿cómo? Con respeto absoluto, amor y apoyo incondicional del equipo. Además, ella carga con más apodos de los que ya habíamos citado: “Jefe, te pusimos la jefa 111 porque empieza con uno, sigue con uno y acaba con uno”. Que un regaño suyo daba tres días o una semana de incapacidad. Sin embargo, ellos mismos le decían: “Jefe, sacá el talonario para que me incapacités porque me pasó tal cosa”. Esa confianza mutua de que todo lo resolvían juntos permitió que no se crecieran los problemas en ningún momento y, por el contrario, se solucionaban rápidamente.

Recuerda que un día llegaron 17 pares académicos para ocho programas de pregrado al mismo tiempo. Esa experiencia fue muy tensa, pero todos habían puesto el alma y el corazón para responder y se logró una visita exitosa en su totalidad porque se obtuvieron todos los registros. Así mismo se presentaron los primeros programas de posgrado para la Facultad de Odontología, con la aprobación por parte del Ministerio de Educación; se fortaleció la investigación, cualificó cada vez más a los profesores y consolidó la infraestructura física y tecnológica para todas las facultades. Estos trabajos se convirtieron en el inicio de las condiciones iniciales de Acreditación de los programas en la sede Medellín.

Ella termina este apartado con unas palabras de agradecimiento para: “Los rectores, vicerrectores y directivos nacionales, quienes me toleraron y me apoyaron. Mi oficina estaba ubicada en un lugar privilegiado porque era el paso obligado de todos. Cuando necesitaba a alguien, paraba a mi conductor desde las 6:30 de la mañana para que me avisara cuándo llegaba cada uno a la esquina de Córdoba. Yo salía y los acompañaba hasta su oficina y conseguía todo el apoyo necesario, siempre y cuando fuera viable. La actual rectora Maritza Rondón me preguntaba: “¿Hoy me tocó a mí el peaje?”. Yo le decía que sí y que esta vez era costoso”. Realmente siempre me apoyaron y colaboraron dentro de las posibilidades y la pertinencia de la propuesta. Una vez el doctor Quintero me dijo, en broma: “Me voy por el andén del frente para no saludarla”, yo le dije: “¿por qué si yo lo quiero tanto?”. “Porque no soy capaz de decirle que no a nada”. Cuando la Universidad no tenía presupuesto para algún proyecto me iba para Comuna y Jorge Mario Uribe, el gerente, cuando le anunciaban que yo iba, decía: “Díganle que me tiré por el balcón, que no estoy”. Era por hacer el chiste porque sabía que iba a pedirle algo, pero siempre me respondió con mucha generosidad y en todo momento se ha vinculado con todos los eventos y proyectos de la Universidad.

“En esta época yo soy la delegada de Comuna en el Convenio Marco de la Universidad en lo atinente a las becas a estudiantes de bajos recursos y buen promedio, lo que me permite servir más a quienes me necesitan para estudiar. Pienso que los directivos nacionales deseaban pasar en un helicóptero por mi oficina para que yo no los atajara. Después de haberme retirado ellos siguen apoyándome. Mi gratitud eterna para todos porque todavía me atienden con cariño y generosidad”.



Ligia y César en la inauguración del bloque 2, una nueva oportunidad para servir a la comunidad desde la educación.

Polifonía de voces

“El que es generoso prospera, el que da también recibe”.
Proverbios

En este apartado se transcriben las voces de algunos personajes que hacen parte de la vida y obra de Ligia González Betancur. Cada una de ellas alude a su conocimiento, compañía, anécdotas y situaciones complejas con este ser humano del que hablan con conocimiento de causa. Todas coinciden en que su generosidad no tiene límites y que, por alguna extraña razón, va por el mundo irrigando ilusiones, sueños y concreciones para todos los que tienen una necesidad manifiesta. Al tiempo, agradecen el hecho de haberse topado con semejante ser humano.



El parecido en el carácter y la forma de ser entre Lina y su papá es demasiado evidente.

César Pérez García, esposo, y Lina Pérez González, su hija

César: Yo estaba como Personero de Itagüí y en esa época Ligia trabajaba como maestra en el barrio Simón Bolívar en la escuela Elisa Escobar Isaza. El Municipio estaba con muchas dificultades y no había con qué comprar más pupitres para los niños y, en medio de esa dificultad, yo les dije a los miembros de la acción comunal que por qué no arreglábamos los pupitres arrumados y los poníamos de nuevo en servicio. Nos fuimos para la escuela en la que trabajaba Ligia y organizamos como 150 pupitres y eso se multiplicó en otras escuelas.

Cuando conocí a Ligia empezamos a salir y la salida era muy simple porque ella iba a Donmatías y de regreso yo iba por ella en la motoneta. Después, ella me dijo que quería estudiar y, como era maestra elemental, no era sino hasta cuarto de Normal, entonces ella validó la Normal superior y luego el bachillerato. Cuando se graduó en Economía empezó a participar en política, ella era suplente de la Asamblea y,

estando como maestra, terminó la carrera y Jorge Iván Molina Torres, Auditor de las Empresas Públicas, la ubicó en EPM como profesional. Ella también trabajó en el Servicio Seccional de Salud porque Virgilio Vargas era el secretario y la invitó a trabajar allá.

A mí me causaba mucho interés el que ella siguiera estudiando, lo que más recuerdo eran los viajes a San José de la Montaña porque teníamos que ir allá cada 15 días y ella presentaba unas evaluaciones hasta que aprobó todos los cursos y logró validar la totalidad de los mismos.

Un día estaba yo aquí con Ligia cuando llegaron unos amigos y dijeron: “Venimos a ofrecerte un cargo y es que asumas la dirección de la Universidad Cooperativa (Indesco en esa época)”. Ligia no estaba de acuerdo y enojada, me dijo: “¿cómo así? No, no se puede meter en eso”. Yo le dije que esperara porque quedaba en Castilla y llevaban 6 meses en huelga y, además, allá había dificultades para trasladarse y todo el mundo llegaba tarde; ese era un grupo de izquierda y yo era uno de los poquitos que había estado en Cuba para el advenimiento de la revolución. Llegué allá y empecé a hablarles del Che y les dije que este no era sitio para una universidad, menos el salón social de la parroquia, estando ahí nos enteramos de que alquilaban, con opción de compra, el Colegio El Carmelo y así lo hicimos. Ahí empezó a crecer la Universidad con los programas de Economía, Administración y Administración Educativa. Los primeros egresados fueron cinco. Aún tenemos el mosaico. Hubo mucha demanda de estudiantes, por los horarios extremos y la ubicación en el centro.

Lina: Mi mamá lo acompañaba y lo apoyaba en todo, los dos son hijos de familias humildes y trabajadoras y se fueron haciendo a pulso. Mi mamá estudió en Santa Rosa con la ayuda de personas que le colaboraron y fue maestra desde muy joven. Ella trabajó el equivalente a dos jubilaciones, nunca faltó al trabajo y para uno hacer política, sostener una Universidad que no vivía sino de matrículas y de pocas personas trabajadoras, salir adelante y además tener una familia se necesitaba mucha pasión. Aquí en esta casa vivíamos muchos, mi abuelita, la mamá de mi papá, mis hermanos, hijos de mi papá. Yo pienso que el tema de mi papá y mi mamá es un tema de complemento. Mi papá es un hombre que ha sido visionario, de unas ideas muy grandes que a muchos les han parecido locas pero que cuando ya las ven materializadas dicen: “A nadie se le había ocurrido hacer lo que él ha hecho” y mi mamá siempre estuvo ahí porque había una familia para mantener, ella tenía que ser el pilar.

Yo pienso que ella ha estado ahí porque no es fácil uno proyectarse y tener lo que han conquistado porque mi papá es una persona de muchos amores a muchas cosas y no es solamente la educación, la política, la Cámara de Representantes, además de liderar campañas políticas con las uñas porque dinero realmente no había. Aquí nosotros nos preparábamos para las elecciones, organizábamos camisetas, ayudábamos con los almuerzos, ella era la de logística. Además, también teníamos cerdos, vacas, caballos, un galpón con 1.500 gallinas.

César: Yo era de una dedicación que yo mismo me quedo asombrado, llegaba aquí y ahí mismo me iba a un garaje que construí, metía el carro, lo lavaba y lo engrasaba. Esto era una finca y cuando hicieron la carretera pasamos de rural a urbano y me hicieron dejar los cerdos. Allí había un galpón y Ligia era la que tenía el mercadeo de los huevos, tenía que traer la viruta, el concentrado, la hierba y la aguamasa, que la traía desde el San Vicente de Paúl.

Lina: Nosotros salíamos de la escuela y mi papá consiguió una *pick up* para que trajera la aguamasa. En la parte de atrás mi mamá montaba unas canecas, cuando eso a los cerdos se les daba sobras y en el hospital todo lo que sobraba nos lo daban y los traíamos acá. Uno se encargaba de separar los sólidos de los líquidos y con eso se alimentaban los animales. Un día traíamos la aguamasa, otro día entrábamos a Maderama y nos daban viruta y salíamos de allá tosiendo; otro día, de bajada, llevábamos los huevos porque a todos nos tocaba recoger huevos, separarlos y limpiarlos y los toteados los dejábamos para la casa, nosotros hacíamos el control de calidad, todos trabajábamos.

César: Ahí tuve yo un accidente, me caí del galpón y me recibió un alambrado de púas.

Lina: A ella le tocaba todo eso, aparte de trabajar, recogernos en la escuela, era una labor muy brava. Yo me acuerdo de ella a la edad mía y me doy cuenta de que hacía múltiples labores. Nosotros no sabíamos qué era levantarnos tarde porque había que ayudar a barrer, aunque teníamos una niñera que nos cuidó hasta que yo tenía 10 años, cuando se murió, se llamaba doña Gilma y le dio un aneurisma. Era la "mama", quien llegó a la casa unos días antes de que yo naciera y, como tenía hijos, mi papá la invitó a vivir con nosotros. Entonces, aquí vivíamos doña Gilma con sus tres hijos, mi abuela paterna, Franci, mi hermana mayor, que trabaja actualmente en la María Cano, mi hermano Gustavo, mi hermano Vladimir, mi mamá, mi papá y yo, cuando eso no había nacido César Augusto. Atrás había un baño con un tanque porque cuando llovía se iba el servicio, entonces teníamos que usar esa agua lluvia.

Mi mamá tenía que cuidar a la abuela porque estaba muy viejita y no se dejaba peinar sino de ella porque quería más a mi mamá que a sus propias hijas. Ella era muy lúcida y mi papá le tenía miedo porque lo regañaba y siempre defendía a mi mamá.

César: Federico Estrada estaba de embajador en Roma y me invitó a visitarlo. Y fuimos allá y él nos llevó por todas partes, estuvimos 15 días. Conocimos la ciudad antigua y la moderna con una arquitectura excepcional. También estuvimos en la antigua Unión Soviética, porque el embajador allá, amigo nuestro, me mandó una invitación y fuimos a Moscú y a Praga, allá son socialistas católicos y es donde hacen los instrumentos de viento, es la mayor fábrica de Europa.

César Gaviria, siendo Presidente, venía aquí y le gustaban unos helados de guanábana, él era un tipo abstemio. Le decía a Ligia: “¿Vas a hacer unos heladitos de guanábana”? Él era muy tímido. Cuando era ministro fuimos a Jericó y nos facilitaron el helicóptero de la Gobernación para llegar al lugar.

¿Comuna? También la fundé con un grupo de amigos, yo he sido generoso y resulta que, cuando salía por el callejón, los estudiantes eran a lado y lado y yo les daba crédito y eran filas largas. En medio de esas circunstancias apareció una persona que tenía noción de administración organizativa y era contador público y había trabajado conmigo como secretario cuando yo era auditor de la Cooperativa de Municipalidades, y me dijo que: “Así no podemos hacer universidad, usted no puede hablar con nadie” y se hizo al lado de la oficina mía y cuando la gente llegaba al lugar, él les decía que ya no había más crédito para nadie. Entonces se pensó lo de pagar la matrícula por contados y, por ello, surgió la Cooperativa Comuna, hace 40 años. Nosotros le prestamos a la gente y ellos nos pagan en forma diferida durante el semestre, eso también es una forma de ayudar a las personas para que puedan estudiar; la Cooperativa aquí es fuerte, la lidera Jorge Mario Uribe y en Bogotá es más fuerte y hay sedes en todo el país. Ligia y César Augusto son integrantes del Consejo de Administración; pero es importante destacar que ella es el alma de la María Cano y es la Presidente de la Asamblea y del Consejo Superior.

Lina: La primera vez que pasamos diciembre en Puente Iglesias, a pesar de que ellos son padres separados, nosotros siempre hemos pasado la navidad juntos, pero el único día que mi papá se quedaba y dormía era el 31 de diciembre. Yo me acuerdo de mi papá allá sentado, la piscina tiene unas escalitas y uno se sienta y ve todo el Cañón del Cauca. Mi papá es una persona dura de lágrima, pero era conmovido, tampoco podía creer que estábamos en algo así y nos decía: “Yo soy hijo de un tendero del

corregimiento La Cruzada en Remedios y estoy aquí sentado viendo esto". Fue un evento muy bonito porque la vida fue muy generosa con nosotros, a pesar de todas las adversidades. A mi mamá le tocó aguantar hasta hambre cuando era pequeña.

César: Un día fui con el maestro Salvador Arango allá y me dijo: "A esa casa le falta algo, aquí hay que poner *La mujer del agua*" y la hizo. Al frente de la casa hay unos peñascos y por ahí baja el agua del Río Piedras, se ve lindísimo por las mañanas.

Lina: A mí me parece muy importante es el origen de ellos dos y todo lo que hay ahora. A mí ese origen me tocó porque cuando nosotros estábamos chiquitos había situaciones complejas, aquí trabajábamos todos y las cosas fueron cambiando por oportunidades que a ellos se les presentaban y eso no le pasa a todo el mundo en la vida. Por ejemplo, a ellos les salió una casa en Santa Marta que fue en un remate y era algo que no esperábamos y hoy en día se convirtió en un gran espacio para compartir agradablemente con familiares y amigos cercanos.

César: Una casa que iban a rematar por \$1.300.000 pesos en esa época, pero la cogimos y eso era vacío, yo tenía televisor en blanco y negro y un betamax, alquilaba tacos y me mantenía viendo películas de Rambo. Nosotros vivíamos en una simpleza extrema, pero con mucha alegría y en esas vacaciones llegó a saludar un amigo parlamentario y se dio cuenta de que la casa estaba sin ningún mueble.

Lina: Porque había un montón de colchones, una mesa con unas sillas, dos ventiladores, una parrilla de fogón y teníamos varias canecas llenas de agua; mi papá todo contento mostrándole la casa que había comprado y el tipo era aterrado y nos sentamos afuera en el piso, pero nosotros éramos felices. Al otro día llamaron a mi papá y le dijeron que lo necesitaban afuera con un trasteo que le había mandado el amigo que visitó la casa el día anterior. Nos envió de todo, camas, lo de la cocina, vajilla, cafetera, comedor, mecedoras, televisor y estufa. Él era el hombre fuerte de la época allá y hoy en día está en dificultades.

César: Mandé a tumbar esa casa e hice una para Ligia y otra para Lina.

Lina: Nos dijo que no podíamos volver (mientras construía) y nos echó un cuento para darnos la sorpresa. Después nos dijo que sí podíamos ir, pero antes nos mandó a comprar unos muebles y no supimos para dónde. Cuando llegamos había dos casas, una arriba, otra abajo, con todo incluido. Allá vamos todos los años. Cuando vivíamos en la casa vieja el señor del frente tenía una lancha y nosotros decíamos que cuándo tendríamos una lancha y nos reíamos. A los dos años se aparece mi papá con una lancha toda oxidada que se varaba todo el tiempo, pero nosotros siempre felices.

César: Nos fuimos modernizando, entonces compré un gusano y nos íbamos hasta Taganga, eso era un paseo muy bonito. Ligia no se subía, ella nunca ha montado porque le daba miedo.

Lina: Pasábamos allá un mes en las vacaciones. Mi mamá siempre iba, pero como ella es de tierra fría le daba muy duro el sol y más con las cosas de mi papá, con lo del gusano, lo de la lancha, mejor dicho, ella se moría del susto, pero de todas formas iba siempre con nosotros.

César: Yo como innovador y antioqueño y toda esa vaina, le pregunté al Gobernador de la época que por qué no nos ayudaba a llevar la Universidad Cooperativa a esa ciudad. Nos ofrecieron un lugar donde funcionó una época el matadero, al lado del Río Manzanares, cerca de El Rodadero. Ahí nació la Universidad, luego de adecuarse con aulas, oficinas y jardines. Allá a la gente lo que le gusta es el fútbol, entonces hicimos también una cancha y le pusimos reflectores y la comunidad universitaria se familiarizó de inmediato con las instalaciones y aprendió a quererla. Me ofrecieron, además un lote con unas columnas listas para lo que intentó ser una clínica, por \$50 millones de pesos y conseguí un crédito porque yo no tengo plata, pero los bancos sí. Invité a Ernesto Samper, que en ese tiempo era Presidente, a la inauguración, quien nos acompañó en este importante momento.

Lina: Refiriéndome nuevamente a la casa de La Estrella, cuando yo decía que acá vivíamos mucha gente y mencioné a mis hermanos, ellos no son hijos de Ligia sino de mi papá y vivíamos con ellos. Yo pienso que eso es un gesto muy generoso de una mujer, no era fácil. Fuimos creciendo todos juntos y para mí no son hermanos medios, son mis hermanos, eso me lo enseñaron mi papá y mi mamá. Yo me eduqué en una familia muy grande, pero ellos estaban iniciando a formar una familia propia, de ellos dos, que nos incluía a todos.

Yo le digo a mi mamá todavía: Cuando vos tenías mi edad, hacías un montón de cosas, tenías un trabajo, tenías que manejar una finca, tenías un esposo político y tenías que asistir a un montón de cosas y el mundo de la política es muy complejo, la vida era muy distinta. Nosotros tuvimos una buena educación y, particularmente, César Augusto y yo que honrosamente estudiamos en una escuela pública y nos graduamos de un liceo, allí tuve la oportunidad de conocer todas las realidades y para mí es un orgullo tener un papá y una mamá que vienen de momentos tan difíciles. Por ejemplo, mi mamá sufrió la violencia del 48 y es admirable, no sólo ella sino sus papás que salieron bien librados de todo eso.

Yo todavía tengo muchas convicciones políticas, aunque ya no se usen, que me han enseñado ellos desde sus anécdotas hasta la formación que me han dado en la universidad.

Mi mamá ha sido la mujer antioqueña, trabajadora, que ha salido adelante, para su época era una mujer diferente, era una mujer que salía, que tenía amigos y buscaba hacer cosas buenas no sólo por su familia sino por sus estudiantes. Ella todavía se los encuentra y se acuerdan de ella. Se hizo a pulso, se vino del pueblo y trajo a sus padres; se vino ya grande a la ciudad y validó el bachillerato, después hizo una carrera cuando tenía 27 años. En esa época ya estaba grande para tener hijos, hoy ya es normal. Asumir esos roles y ser incansable, haber empezado a trabajar desde los 16 años y todo lo que ha hecho, es una mujer admirable. Donde yo tuviera que hacer tantas cosas no aguantaba, ella no para, no se cansa, no estoy diciendo que esté vieja, ella tiene 76 años y no parece de esa edad, es muy vital.

Cuando hacíamos campaña con mi papá nos recorríamos todo el nordeste y a veces se subían las quebradas y nos quedábamos varados comiendo galletas con Coca Cola porque mi papá nos decía que no tomáramos sino productos embotellados o café porque uno se moría de disentería. Nosotros estábamos pequeños, pero salíamos con ellos de pueblo en pueblo a hacer campaña. Mi papá hacía los discursos y mi mamá era como la gerente de campaña, pero era una gerencia muy precaria en esa época.

Es innegable que el gran amor de mi mamá ha sido mi papá y ella el de él. Él todavía le dedica canciones, ellos son unos grandes amigos y han compartido muchas historias. Yo pienso que mi papá no ha sido solamente el amor de su vida, sino un compañero con el que tuvo un norte claro y lo siguieron y se arriesgaron mucho, sufrieron y fueron exitosos en lo que hicieron y a mí eso me parece muy importante y muy rescatable de la mujer diferente que ella fue para la época porque rompió esquemas, se atrevió y se metió en política con él y lo siguió en sus pasos, fueron locos de alguna manera, pero mire dónde llegaron y le tocó enfrentarse a una sociedad que criticaba mucho en espacios públicos y privados. Al principio, hizo parte de la Universidad, no como una persona que trabajara en ella sino como alguien que estuvo con él mientras se hizo toda la construcción, ya después fue integrada a la institución e hizo allí una gran labor, de hecho, aún se extraña su presencia y hay situaciones en las que decimos: "Digámosle a ella y, si ella no lo logra, no lo logra nadie". Yo trabajé a su lado, la extraño mucho y estoy hablando como empleada porque yo me siento una empleada más, pienso que no soy diferente a nadie.

Ella logró ser profesional y triunfó en múltiples aspectos de la vida. Pienso que ella con nosotros, como hijos, se siente bien con el trabajo que logró porque tuvo la oportunidad de ver a sus hijos ya grandes, profesionales, tener sus nietos. Puede sentirse realizada en la vida y eso es algo que a mí me gustaría sentir también, admiro su espíritu libre e incansable.

Lina añade que ella ha sido un alma rebelde y que, por ello, no está de acuerdo con homenajes de apariencia, porque están sustentados en fundamentos frágiles y quebradizos. Ha asumido posturas críticas frente a asuntos políticos, familiares y de factores que determinan el deber ser de las personas. Hoy, su relación con su madre es muy distinta porque dio guerra en el sentido estricto de la palabra. Su carácter le ha llevado a tener problemas familiares, académicos, personales y humanos, pero, si mira su presente con proyección al futuro, sabe que tiene mamá para largo rato y en el mejor momento para lograr espacios afectivos, de conversación fluida y ya no tan tensos, como antes. En sus palabras se advierte un dejo de nostalgia por la familia que tuvo en su infancia, que era muy numerosa. Hoy, hay silencios que no se comprenden pero que duelen menos. Sostiene, además, que la vida no ha sido color de rosa, a pesar de que en apariencia ha sido generosa con la actualidad de los miembros de su familia. Esto lo dice porque la relación con su padre es muy fuerte por un asunto de temperamentos. Lo mismo sucede con su mamá y su hermano César Augusto, pues tienen múltiples afinidades que son innegables. Recuerda con cierta alegría que su mamá estuvo en un viaje largo y que le expresó que la extrañó profundamente, situación que no es normal que lo hubiera dicho porque no es muy habitual la manifestación de afectos por múltiples razones que, incluso, tienen orígenes en los abuelos. Hoy, hay un diálogo fluido, sereno y los espíritus se han fortalecido para mejorar las relaciones entre todos. La presencia de los nietos en la familia ha sido como una bendición para todos porque los abuelos se desviven por Simón y Alejandro, quienes se han convertido, gradualmente, en el eje del hogar.

“Ahora que ya se retiró de todo, ella empezó a entender algunas cosas, a estar con los nietos, los quiere mucho, es más amiga que abuela. Ahora yo ya puedo hablar un poquito más con ella y me he atrevido a hacer cosas que nunca había hecho, como confiarle cosas más que nunca le había contado. Es como un redescubrimiento porque yo le cuento cosas que ella no sabía y se queda asombrada. Hace poco hizo un viaje al sudeste asiático y me trajo muchos regalos y todo me gustó y me sirvió, yo me quedé impresionadísima porque eso nunca pasaba, ella siempre me daba plata para que comprara lo que quisiera porque yo era muy rara. Es muy bueno que ella se haya vuelto más sensible en muchos aspectos, aprendió a ser mamá siendo

abuela. La primera vez que la vi decir un “te quiero” fue a Simón, mi hijo mayor, casi me muero porque nunca había oído esas palabras de ella. La gente la quiere mucho y en la Universidad dejó una huella muy importante, la extraño como directora de sede, como compañera porque uno aquí es como en su propia casa, que más que un deber laboral, es moral, de dar ejemplo porque uno no los puede hacer quedar mal frente a este proyecto y ese esfuerzo que hicieron toda su vida”.

César Augusto Pérez González, hijo

Mi mamá toda la vida ha tenido la fortuna de encontrarse con personas que le han marcado varios momentos y fue así que, cuando iba a terminar el colegio, alguien le dijo: “La niña se va becada para Santa Rosa”, llega la niña a Santa Rosa y alguien le dijo: “Ella va a vivir en mi casa”. Logra un traslado para Medellín y la recibe una prima en su casa. Más adelante aparece otra persona de la Universidad de Medellín y le aclara que: “Las inscripciones están cerradas, pero la matriculamos de manera extemporánea”. Todos van apareciendo en su camino y le ayudan. Después la nombraron en Empresas Públicas de Medellín. En síntesis, toda la vida tuvo la fortuna de encontrarse con personas que la reconocieron y le hicieron la vida más llevadera con eventos agradables, que le permitieron formar un espíritu generoso que le ha llevado a retribuirle a múltiples personas porque mi mamá ha sido un referente para nosotros, pero también para otras personas que se han cruzado en su vida.

Yo creo que mi mamá no tuvo mucho tiempo de juventud por cuanto pasó muy rápido de niñez a una adultez temprana porque se fue a estudiar fuera de la casa y volvió siendo Normalista y ser maestra de las niñas, que eran sus compañeras, de pronto le aceleró algunas etapas de su vida.

De otro lado, considero oportuno definir a mi mamá con la palabra *valiente* porque es fuerte para asumir, para hacer y para lidiar con situaciones complejas. Particularmente, yo tengo una relación más definida con mi mamá que con Lina, mi hermana, es decir, mi mamá y yo somos muy parecidos. Ella me da a mí fortaleza, capacidad de asumir, posibilidad de reinventarnos y de luchar contra adversidades porque nosotros hemos visto a un papá grande, fuerte, visionario, pero externo. Yo de mi papá tengo destellos durante toda mi vida y tengo borrones. De mi mamá nunca he tenido borrones, esa es la gran diferencia entre mi mamá y mi papá. Hubo momentos en los que yo no vi a mi papá. La cercanía de mi mamá con nosotros, particularmente conmigo, ha sido muy amplia, por cuanto ella es incansable y reiterativa en situaciones, para bien o

para mal, pero es incansable también físicamente porque ella puede que un día se acueste a las dos de la mañana y al otro día, a las siete de la mañana, ya está lista. Ella es muy dadivosa con las personas que logran conquistarle en alguna situación en la que ella pueda ayudar y, por eso, tenemos algo para agradecerle.

Nosotros tenemos una muy buena relación porque somos complementarios en diversas circunstancias y yo comparto más tiempo con ella que Lina, quien está dedicada a los niños; pero yo con ella tengo una relación de más afinidad. Hay situaciones que nos han marcado en la vida de mi mamá porque, por ejemplo, hay una particularidad: mi abuela paterna, en sus últimos años, no vivió con ninguno de sus hijos, vivió en mi casa y no por mi papá sino por mi mamá. Ese es un tema muy singular porque es mi abuela paterna y eso hizo que mi mamá estuviera durante varios años al servicio de ella y esto nos marcó.



Desde niño, César Augusto, se ha portado como el hombre grande y jefe de la familia, pendiente de todo y haciendo preguntas. Señales del gran hombre que ha llegado a ser.

Yo me acuerdo que mi mamá nos dijo, viniendo de la casa de La Estrella, cuando ella trabajaba en el Politécnico Jaime Isaza y era la Jefe de Planeación y no existía la María Cano: "Yo me voy a retirar del Politécnico para dedicarme a criarlos a ustedes". Se murió la abuela y se murió quien nos acompañaba, a quien le decíamos "mama". Su retiro fue del 82 al 87, fecha en la que se fundó la María Cano. Mi mamá se dedicó a nosotros en el tiempo que estábamos por fuera del estudio, nos llevaba a clases de todo, nos llevaba, nos traía, nos ayudaba con las tareas y fueron unos años muy marcados de su presencia en casa.

A mi papá, por muy público que haya sido, miles de personas le aportaron de todo, pero ella se constituyó en un polo a tierra y un punto de referencia para no exagerarse en situaciones en las que, regularmente, los políticos no miden porque ni siquiera consideran la economía del hogar y todo lo arriesgan.

Todo esto que digo me lleva a inferir que ella se formó un carácter y, por muy humana que se vea tiene su carácter y su forma de ser, que, además, se parece mucho a mi forma de ser, de pronto medio fría, medio adusta y no por mi papá sino por ella porque no es de puntos medios.

Hay otro aspecto que quiero resaltar: en los últimos viajes a Europa, ya uno ve que hay cosas en las que le tiene que ayudar más como, por ejemplo, llenar un formato electrónico, en las entradas y salidas de los aeropuertos, pero yo me cuestionaba sobre: ¿Cómo hacía mi mamá, en el año 85, yo tenía ocho años, para llevarnos a Europa sin Internet, sin comunicaciones, sin teléfono, sin hacer una reserva? Y ahora, que acabamos de llegar de allá, me interrogaba: “¿Cómo hacía mi mamá para hacer esto?”. En una misma maleta, no se me olvida que la compró en Mesacé de San Diego, una sola maleta para la ropa de ella, de mi hermanita y la mía para un mes. Yo ahora me voy un fin de semana y llevo tres maletas, yo digo: ¿Cómo era esa capacidad de hacer cosas que hoy no somos capaces de hacerlas? A mí me parece muy chistoso eso y si hoy a uno le da dificultad organizar un viaje, ¿cómo hacía mi mamá?

Mi papá nunca me enseñó a hacer empresa, ni las cosas de las cuentas, yo todo eso se lo aprendí fue a mi mamá porque ella tenía que luchar con los excesos económicos de mi papá porque se las daba de ganadero sin poder, con casa de político que llegaba todo el mundo y ella estirando, estirando la chequera y el sobregiro. Esta disciplina metódica se la aprendí a mi mamá y hay una cosa que le aprendí y es el orden, ella es exagerada y, a veces, me da rabia con ella y conmigo porque somos igualitos porque cuando mi mamá va a viajar saca la maleta 15 días antes y a mí me pasa peor porque empaco 20 días antes y cuando llego digo: “¿Qué fue lo que yo traje? ¿Qué fue lo que empaqué? Es que la tengo lista hace tantos días que yo sé que nada me falta. Por ejemplo, si usted me mira esas carpetas una por una, mi papá no me enseñó eso, eso no me lo enseñaron en Bolívariana, eso fue mi mamá. En mi casa había carpetas y archivos y ella tiene unas libreticas con las que hace maravillas y, por esta razón, a veces me digo a mí mismo: “Tanto que criticaba esas cosas de mi mamá y yo soy peor”.

Mi papá hacía cosas sin poder económicamente, mi mamá las hace porque puede. A veces, por ejemplo, vamos a ir a la finca, yo le digo que no lleve nada que yo me encargo. De todas maneras, ella llega con todo. Por ejemplo, en mi casa van a almorzar cinco personas y el almuerzo lo hacen para 12, ¿por qué? Yo no sé por qué hacen eso y esas son cosas de mi mamá y así ella nos educó porque de pronto en mi casa no se sabía quién iba a llegar por el tema de mi papá. Fueron épocas muy difíciles y no felices en diversos aspectos porque mi casa era pública y no había forma de pensar en la privacidad. Hoy nadie sabe dónde viven los políticos, nadie va a sus casas, pero eso era muy horrible y a uno le tocaba padecer y todos los políticos de esa época estuvieron en mi casa. Mi mamá realmente tuvo la oportunidad y la posibilidad de multiplicarse en ser mamá, profesional, mujer de político, ser todo a la vez. Creo que unos años más tranquilos, más dedicados, no fáciles, pero sí tranquilos, fue cuando fundaron la María Cano en el 87, el primer año de ella como Rectora hasta el 93.

Mi mamá y yo tenemos una relación afectiva y cercana y todo eso, pero a mi mamá no la educaron en medio de picos, abrazos y “te quiero”, no, a ella no la formaron así y yo tampoco lo soy. De pronto con los nietos ella ha sido diferente, pero a ella no, porque mi abuela Ana era una mujer absolutamente fría y lejana y a nosotros no nos gustaba ir donde la abuela porque nunca fue como una abuela querendona, no. Nosotros tuvimos otras presencias de niños como de esas abuelas que no era mi abuela, eran las tías, la familia Arango. Y la familia Arteaga, como los abuelitos. Nosotros les dijimos abuelitos toda la vida, son personas muy cercanas a nosotros o, por ejemplo, nosotros muy apegados a las tías paternas, a mi tía Blanca y a mi tía Lola y no a mi abuela Ana, fuimos atentos con ella, pero no más. Mi abuela le perdió el sentido a la vida después de la muerte de su esposo.

Otro tema que es relevante es la aparición de mi papá en la vida de mi mamá. Esto fue en 1966, él ya tenía como cinco hijos y todos tienen presencia con él en la casa y ella los recibe a todos y son hijos con mujeres distintas y todos llegan a la casa. Esto es un acto que ninguna mujer lo hace hoy en día. De niño tuve buenas relaciones con ellos y muy cercanas, muy particular también, más por mi mamá que por mi papá porque ella fue muy cercana a ellos y llegaban a la casa de mi mamá. A dos de ellos los mataron y con los demás tenemos buenas relaciones siempre.

Hay decisiones que yo siento que la he acompañado y ella me ha acompañado y hemos sido muy cómplices en guardarnos silencios u opiniones. Por ejemplo, en la Universidad, en el paso de ser Rector de la Universidad, cuando el problema de mi papá en 2010, a mí nadie me preguntó que si quería o podía o estaba en mi proyecto, simplemente me tocó y una persona muy fuerte para apoyarme y estar en ese momento fue mi mamá en medio de las dificultades y las tristezas de ese momento. Eso fue hace nueve años y de pronto muchas cosas de esas se han olvidado y ya no vienen al caso hoy, pero yo sé que a ella le tocó muy difícil aguantar eso y verme a mí asumir tanta responsabilidad tan joven. No era el momento ni intelectual, ni de madurez profesional para afrontarlo, pero se hizo y yo sé que hay momentos en los que mi mamá y yo hemos tenido que tomar decisiones trascendentales y delicadas, pero se han tomado para el bien de la comunidad.

Yo tengo una buena relación con mi papá, pero en el momento en que está hoy, por los años, tiene hoy preocupaciones que hace unos años no tenía y tiene unas que ha olvidado. Mi papá, tal vez por esa situación de ser un hombre público, a veces piensa que todavía se puede tener a toda hora espacios múltiples con

mucha gente. Hoy, con los problemas judiciales que tiene, ha entendido un poco eso de que hay momentos familiares y que es únicamente familia y nada más. Pero puedo asegurar que eso ha pasado en los últimos dos o tres años.

Hay un tema que a mí me ha impresionado de mi mamá y que le ha dado muy duro y es reciente: se trata del alzhéimer de mi tía Rosalba. A mi mamá hay cosas que la han afectado en la vida, pero eso la tiene muy aporreada. Ella cuidó de su hermana desde que estaban niñas. Hay dolores que pesan y a ella le duele su hermana.



César Augusto y Lina María son quienes ahora reflejan, con sus acciones, la enseñanza de unos padres amorosos que siempre los han orientado a ser autónomos y a servir a la comunidad.

Veo una relación muy fuerte con Germán Rodrigo, mi primo, que es el único sobrino que mi mamá tiene y es cercano con mi mamá, la quiere, ella lo quiere y a mí me parece muy bueno que ella comparta con nosotros por cuanto nuestro entorno familiar está conformado por pocos integrantes, es decir, somos muy poquitos. Nosotros hemos tenido mucha gente alrededor toda la vida, pero es gente que uno se pone a mirar y ¿quiénes somos? Por ejemplo, cuando el problema de mi papá, ese 2010 y 2011, el 24 y el 31 de diciembre de los dos años mi mamá y yo fuimos a Bogotá, de regreso para Medellín, a las siete de la noche éramos solos en un aeropuerto, en el que espantaban y todo el mundo en fiestas. Al segundo año yo dije: "Qué es esta bobada, ¿qué cuento y qué ratifico con esto? Que tenemos afinidades y

nos acompañamos. Si hay una actividad mi mamá y yo somos los primeros que llegamos. Mi papá no tiene sino una hermana, mi tía Blanca, para mi mamá ella es, mejor dicho, es impresionante la relación que tienen. La tía Lola fue una mujer con mucha fuerza y estuvo muy presente en la vida de mi mamá. Es muy particular ese tema de mi mamá con las hermanas de mi papá sin tener nada con mi papá hoy, eso fue hace muchos años.

El gran homenaje para mi mamá es haber tenido la oportunidad de aprenderle sobre las formas de enfrentar las adversidades. La gente, muchas veces, piensa que ser hijo de políticos es un privilegio, lo que no sabe es que eso no se disfruta, sino que se padece y mi mamá nos enseñó a vivir bien, felices y disfrutando, pero padeciendo. A mi mamá todos los merecimientos se los doy con absoluta tranquilidad y facilidad, nada forzado, eso sí me queda claro.

César Augusto Pérez González leyó el discurso de despedida para su mamá, de su cargo de Directora de la sede Medellín, en los siguientes términos:

Hoy es un día de felicidad, de agradecimiento, de reconocimiento a quien ha logrado ser madre, abuela, consejera y alma de muchos momentos nuestros y una señora directora. Seguramente todos tendremos que agradecerle algo, sus palabras, sus exigencias, su dedicación y uno que otro “regañito”... pero todo esto es lo que le ha permitido a ella y a nosotros disfrutar de su presencia durante múltiples años. Al igual que Lina, Simón y Alejandro, no podemos dejar de manifestar la alegría que hoy sentimos, pues, en la plenitud de la vida puede seguramente cerrar esta gran etapa y empezar otra sin temerle al cansancio, al compromiso, a la preparación y a asumir los retos que se imponga.

Los legados son tantos que tal vez no los podría enumerar, pero la forma de decirle gracias es con la gran fortaleza con que cuenta hoy la Sede Medellín, con la consolidación de un gran equipo y con la pronta terminación de su gran sueño: la Sede principal en el centro, pero sobre todo haber sido parte fundamental desde el principio para una realidad institucional de 18 ciudades, más de 50.000 estudiantes y cerca de 6.000 empleados.

Cómo no agradecer, como hijo, a cada una de las personas que la han acompañado: a Clarita, Marta Lucía, Clara Patricia, Norita, Pilar, María Paula, Luis Horacio, Nubia y sus compañeras; don Humberto y a tantas personas que hicieron muy agradable sus momentos y que, estoy seguro, la protegieron en diferentes situaciones. Siempre estarán presentes.

No me molesta reconocer y, antes, lo hago con orgullo y tranquilidad, que en diferentes momentos en los que fui Rector o estuve en otros cargos, muchas situaciones en la Sede Medellín se cumplían era como doña Ligia decía, no como la resolución lo ordenaba, no en un acto de desconocimiento institucional sino, más bien, de retroalimentación para nosotros los del orden nacional y, seguramente, muchas decisiones fueron objeto de revisión y cambio, pues siempre nos hizo ver la verdad y la razón de las cosas, sobre todo, en defensa de su equipo de trabajo o de sus “muchachitos”, como siempre les ha dicho, con dificultades económicas, de salud y de familia, entre otras.

En estas cortas palabras sería muy difícil separar y expresar entre el sentimiento institucional y el que es más importante como hijo, pero, seguro, ustedes entenderán todo lo que abarca una decisión de esta magnitud. Quiero decirle a mi mamá que todo lo que tuvo que hacer y debió hacer, lo hizo por cuanto no dejó nada pendiente

y en todo ello dejó una impronta inmodificable en todos los escenarios de Medellín y, sobre todo, de esta Sede de Envigado. Estoy seguro de que la tranquilidad, la satisfacción, la presencia, el tiempo y las decisiones serán más importantes que la nostalgia. Mamá, no tienes de qué preocuparte y gracias por enseñarme fuerza, entereza, compromiso, capacidad de asimilar y entender esta Institución en sus diversos contextos. Estoy seguro de que todo lo bueno que dejas lo compensaremos con el amor de hijos y nietos y, en lo institucional, hay personas valiosas que continuarán tus retos trazados.

Sé que has renunciado a mucho por ser directora, pero llegó la hora de un merecido descanso, aunque sabemos que no te irás jamás de nuestros corazones porque has asumido como propias las diferentes situaciones institucionales, de las cuales, si bien por tu formación y carácter no se pueden dejar de lado de un día para otro, sí es posible acompañar en una medida diferente. Estoy convencido de que la directora Alba Luz, la rectora Maritza y todas las personas que están en la Institución recibirán con alegría, tranquilidad y, sobre todo, con mucho respeto, tus consejos y opiniones.

Siempre has sido la fortaleza de todos nosotros, de la tía Rosalba, Germán, Rodri, la tía Margarita, Fabiola y también de las Arango, la familia Arteaga, las Mazo, las Pajón, que hoy nos acompañan. Esperamos que la vida nos regale mucho más para lograr darle sentido a nuestra existencia y disfrutarte como la mamá de todos nosotros.

Muchas gracias mamá, gracias siempre por todo lo que nos das y gracias al equipo de trabajo también por haberle dado tanto a ella. Hoy no es una despedida, sino, más bien, un acto simple para quien tanto nos da.

Gudiela, amiga de Ligia González

Quiero referirme a mi amiga Ligia como un regalo que me dio la vida. Vivimos en la misma cuadra, siendo ella menor que yo, pero hubo empatía y tenemos un recorrido muy grande. Yo no voy a decir la edad que tiene y sé que es menor, yo tengo 77. Yo la recuerdo como una niña impecablemente vestida, los zapatos brillaban como espejos, eran de piel, pero parecían de charol y uno se podía mirar en ellos. Recuerdo las pilatunas que hacíamos, pero eran sanas. Salíamos al quiosco hasta las 10 de la noche y eso era mucho, mejor dicho. Estudiamos juntas y éramos las de los dramas y del coro y pertenecer a eso nos daba puntos para una materia y cantábamos música gregoriana. En navidad íbamos a traer el árbol y se cortaba porque no había la cultura ambiental de ahora. Nuestra calle

se llamaba Villa Nueva Arriba. Una vez me pagaron, entre todas, una plata para que entrara de paraguas abierto a la capilla y eso nos dio sanción para todas y fuimos suspendidas, yo me dejaba utilizar.

En este momento Ligia interrumpe la conversación y manifiesta que: "Había una señora junto al puente que vendía empanadas y le fiábamos mucho y Gudiela le debía cinco pesos y no tenía con qué pagar y Cecilia Amparo, una de las compañeras, tenía dinero y le dijo que ella le daba esos cinco pesos que le debía a Delfina si entraba bien *tongoniada* (sustantivo masculino. Esta palabra es de uso coloquial, usada en República Dominicana y Venezuela, es la acción y efecto de tongonear o tongonearse, en tener alguna conducta considerada como fanfarrón, petulante y jactancioso, así mismo incluido de los ademanes y gestos o por medio de un movimiento de cadera y hombro) con la sombrilla abierta cuando estuvieran en la segunda casa del Rosario, a lo que Gudiela dijo que listo. Yo temblaba sabiendo lo que iba a pasar, cuando la madre dio la palmada para que nos sentáramos en la segunda casa del Rosario y fue entrando ella, por toda la mitad de la capilla con la sombrilla abierta y todo el mundo se puso a reír con semejante espectáculo. Ahí mismo, nos regañaron, nos sacaron al patio con los brazos arriba, en pleno sol, durante una hora y a ella la suspendieron".

Gudiela retoma la palabra... cuando íbamos con el uniforme un poco alto, la religiosa nos soltaba el ruedo y nos mandaba por toda la plaza a darle la vuelta, pero con el ruedo suelto. A mí eso me parece horroroso. Otra pilatuna era que nos untábamos cebolla en la mano para que la regla se partiera cuando nos pegaran con ella y eso era "vandalismo". Otra vez, eso fue muy triste, me dijeron que si yo era capaz de entrarme a la celda de clausura de las religiosas y que cogiera los puntos del examen y yo soy tan bruta que dejé las llaves allá en la celda. Yo, por salir a la carrera, porque estaba cometiendo fraude, escribí: La guerra de las dos rosas y pinté dos rosas y dejé las llaves allá. Cuando nos reunieron en el patio y preguntaron: ¿de quién son estas llaves? Y yo salí y me castigaron. La madre Genoveva me dijo que yo era la hez del colegio e inmediatamente me fui a buscar en el diccionario qué significaba la expresión hez y quedé impactada.

Nosotros vivíamos cerca al colegio y yo me iba callejeando hasta la plaza, era mucha la indisciplina. Yo no recuerdo nunca haber estado en el cuadro de honor, pero sí nos buscaban para llevar la bandera porque la estatura nos ayudaba, pero siempre éramos indisciplinaditas.

Ligia retoma la conversación y expresa que: “A ella le prohibieron la compañía conmigo porque la brincona era yo y a mí me prohibieron la compañía con ella porque la brincona era ella. Entonces nos escribíamos y nos juntábamos en la calle porque ese era el estadio de nosotros”.



Luis Ángel Zuluaga, María Elena Ortiz, Alberto Estrada, Lucelly Builes y Gudiela Gaviria, los amigos del alma de Ligia.

Gudiela hace una pausa y sigue la conversación... En una época éramos las encargadas de entregarle los trofeos a los deportistas, también oíamos música en el quiosco del parque y había un señor que nos ponía todas las canciones que nos gustaban, pero no se podía bailar. Entonces bailábamos en las casas al escondido, pero eso no era malo ¿cierto? Por bailar nos pulpitiaban. Ligia era muy pretendida, era muy linda.

En ese tiempo no les permitían a las mujeres montar a caballo con pantalón y los dejábamos en la casa de una amiga y allá nos cambiábamos. Entrar al templo sin esa *cachirula* era un deshonor con el argumento de que los hombres se distraían mirando el peinado, a mí eso me da rabia.

¿Cómo recuerda a Ligia González como política?

Nos decían que éramos del Frente Nacional. Yo soy conservadora, todas las amigas de Ligia eran conservadoras y eso nunca fue un lío. Ligia fue de grandes aspiraciones. Mi papá trabajaba manejando una escalera y a mí me dieron una beca para estudiar. Un premio que me daban era dormir en la casa de Ligia, esa casa era impecable, la mamá era una mujer muy aseada. En los dramas ella una vez fue la protagonista, Ligia era una princesa y yo era la esclava y me tuvieron que embetunar porque la esclava era negra y me echaron “Moresco” para que me quedaran rojas la boca y la lengua. A las dos nos arreglaron en lugares separados y a Ligia la arreglaron con joyas en el peinado. En ese momento estábamos bravas, no nos hablábamos y, cuando salieron, yo dije: Vea cómo la pusieron de

hermosa y ella está brava conmigo y me tiene que decir, “retírate esclava” y no salí al escenario y toda la gente esperando y tuvieron que llamar a mi papá para que me obligara a salir.

Ligia recuerda que Gudiela también era buena estudiante, sobre todo para español y literatura. Cuando las ponían a escribir algo para la celebración del día de la madre y la que hacía el mejor trabajo era la que lo leía en el monumento, Gudiela casi siempre ganaba porque era muy buena para redactar. Una vez le echaron un ratón en el pupitre para que saltara cuando lo abriera y gritó, entonces la suspendieron, ella se mantenía suspendida. Cecilia Amparo Cadavid, que ya falleció, fue la que hizo la broma y ella las hacía reír, pero se quedaba seria y cuando llegaba la madre las encontraba a todas riéndose y a Cecilia Amparo nunca la metían en nada y ella era la causante de todo. Todas deseaban saber el nombre de pila de las religiosas, de dónde eran y si habían tenido novio. Gudiela una vez se iba a ir de religiosa y el padre le dijo: “Gudiela, por Dios, ¿usted de religiosa? No, ni lo piense”.

Gudiela interrumpe y comenta que cuando Ligia se vino para Medellín yo iba a su casa los fines de semana y la mamá de Ligia nos regañaba y nos decía brinconas. Esa era una amistad muy linda y muy fuerte porque Ligia es demasiado generosa, ella se quita lo que tenga para dárselo a uno. Una vez le dijeron que si quería participar como modelo para una publicidad de los almanaques de Pilsen y el papá dijo que no porque era para estar en todos los bares y cantinas del pueblo. El calendario tenía una foto muy linda con una copa de cerveza en la mano y esa estaba bien, pero cuando el papá vio la del bikini dijo: “¿cómo le parece? Usted sin ropa en todos los orinales, ni lo sueñe”. Era una época de mucha restricción.

Dice Ligia que, más tarde, Gudiela se vino a estudiar Comercio a Medellín y ella empezó a trabajar, entonces le ayudó a ella y a Lucely a ingresar a una institución para que pudieran validar el bachillerato y entrar a la Universidad. Los resultados fueron de la siguiente forma: Lucely, muy juiciosa, validó el bachillerato y comenzó sus estudios superiores; pero Gudiela tenía un novio en Donmatías, Alberto Estrada Posada, que venía los fines de semana y apenas veía el Volkswagen se salía de clase, entonces se retiró y nunca pudo terminar, se dedicó a trabajar de secretaria del novio que más adelante se convirtió en su esposo.

Asevera Gudiela que “cuando Ligia empezó con política, mi familia y yo votábamos por ella, a pesar de que éramos conservadores y nos criticaban”. Una prima de Gudiela era la presidenta del Comité Femenino del Directorio Conservador y, sin embargo, le ayudaba y le hacía campaña a Ligia. Ella es una gran benefactora

en todos los aspectos y le pido a Dios que la proteja porque todo se lo merece, tiene una hoja de vida muy bonita, tanto académica como humanamente. Es muy brillante, pero, a veces, se subvalora y eso es bonito también, es una cualidad. No cuenta lo bueno que hace, yo soy la que cuenta, cumple un tema bíblico: “que tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda”, es una servidora de la comunidad.

¿Quién es hoy Ligia? Es un ser magnánimo y eso traduce mucho, trascendió fronteras porque es dadivosa sin esperar nada a cambio, ¿cómo le parece? Un día en un festejo en la casa de Ligia yo dije: “Levante la mano quien no haya recibido un beneficio de Ligia González”. Tengo que hacer un reconocimiento, yo no me puedo guardar eso porque la gratitud es por el lado de los dioses. Ella da en cantidades industriales y hasta el día de hoy recibo sus beneficios, tanto económicos como de acompañamiento, en todo. Cuando tengo un problema, voy y se lo cuento a Ligia porque ella es un hombro para llorar. Yo me quedo cortica para hablar de ella, no hay palabras para describirla, ahí donde la ven es modesta.

Un día me dijeron que prestara una foto de Ligia para la Casa de la cultura de Donmatías y yo no la quise prestar porque no me la devuelven. Donmatías está en mora de hacerle un homenaje, para mí ella es mamá, amiga y confidente.

Yo era conservadora y el jefe político de Donmatías en ese entonces fue y me acusó en el directorio: “Vea, Gudiela Gaviria dizque para el Concejo y allá está con Ligia González”, y yo le dije que prefería renunciar al Concejo que a la amistad de mi amiga del alma.

Ligia: Cuando la alcaldía de Ángela Lucía Lopera se limaron tantas cosas, aprendieron que podíamos trabajar juntos, que podíamos dar mucho entre los dos partidos sin esos resquemores de política, de liberales y conservadores, simplemente éramos donmatieños y yo creo que a partir de esa alcaldía se progresó mucho en el sentido de convivencia. También, con la presidencia mía en el Concejo porque yo no llegué por votos liberales, votaron por mí los concejales conservadores, yo creo que valió la pena. Donmatías ha cambiado mucho en su estructura y crecimiento físico. Un día fui de visita, no reconocí mi propia casa, pero, de pronto la vi y Marcela, la entonces alcaldesa, me dijo que entráramos que ella era amiga de la dueña y yo, la verdad, no quise. La casa más chiquita del pueblo esa era mi casa, y no tengo idea de quién la compró desde entonces; me llené de sentimientos, había mucha nostalgia y prefería no entrar.

Gudiela: Ligia tiene una capacidad de trabajo enorme, es directora de orquesta, coordina. Es buena mamá, buena amiga, buena esposa y yo la considero visionaria, no enterró sus talentos y trasciende fronteras. Yo le dedicaría a Ligia una canción: "Tú eres mi amigo del alma", de Roberto Carlos. No tolero que me hablen mal de ella. Ella quiere mucho a sus cuñadas y yo soy un apéndice de ellas. Además, es una gran benefactora y no sabemos muchas cosas de las que hace, ella le ayuda a una comunidad religiosa también, eso sí se puede decir.

Aura Mazo

Tenemos la dicha en la familia Mazo de conocer a Ligia desde hace bastantes años, yo diría más de 50. Yo la conocía antes, una mujer muy linda, allá en Donmatías, la reina del pueblo, la señorita Ligia. Para todo el mundo era una persona muy querida y apreciada. Ya llegó a la ciudad, tuvimos la dicha de compartir en familia con ella, ha sido una persona de un corazón increíble, ha estado con nosotros en las buenas, en las malas y en las regulares, en todo momento contamos con su presencia, se ha unido mucho a nosotros y ha sentido nuestros problemas y nuestras dichas como si fueran propios. Así la sentimos nosotros, como una hermana más, no como una cuñada y le agradecemos a Dios por tenerla en nuestra familia, de compartir tantas cosas tan bonitas en estos años. Conocemos a toda su familia y hemos tenido la gran dicha de unirnos a ellos también en todas sus situaciones, queremos demasiado a sus hijos y a toda su gente, esa es Ligia González para nosotros. En nombre de toda la familia Mazo, para Ligia, los agradecimientos más grandes porque sólo Dios sabe lo que significa en nuestro hogar.

Anécdotas con ella como buenas, todas, pero la que más nos impacta a nosotros fue cuando mi querido papá, estando muy enfermo, se paró de la cama cuando ella le dijo que se iba para Estados Unidos y le preguntó que: "¿Cuándo vuelve hija?", entonces alzó sus manos y le dio la bendición. Eso nos emocionó mucho porque él no era de esas demostraciones tan afectuosas, ese abrazo que le dio a Ligia no era común en él. Ahora, nada más antes de salir para acá, le dije a mis hermanas que Ligia y María Teresa, las dos cuñadas, son el centro de la familia, es decir, Ligia siempre ha sido un personaje en nuestro hogar, la queremos muchísimo. Cuando la vemos brava temblamos, pero de todas maneras la hemos visto enojada poquitas veces. Es una persona estricta en sus horarios y la más correcta que yo haya visto. Eso nos parece muy bonito y hemos tenido la oportunidad de compartir y aprender de ella, de manera que gracias a Dios sigue en la familia por mucho rato. Dos palabras para

describirla serían correcta y militar, esas palabras definen a Ligia, ella es así, ojalá uno fuera la tercera parte de lo que es ella. Yo tuve la dicha de viajar el año pasado a Europa y a las seis de la mañana Ligia estaba arreglada y maquillada; yo a esa hora estaba todavía en pijama, teníamos que correr mucho para poder cumplirle y visitar todo lo que estaba programado; siempre nos decía que “era preciso dormir en pesos, que es más barato porque no vamos a dormir en euros”.

Hemos compartido alegrías y tristezas porque también las hay, pero las hemos vivido muy unidas, entonces se hacen más llevaderas. Cuando hay una unión tan grande y uno siente el afecto de la gente las penas son más llevaderas. Con ella no se quedan preguntas pendientes porque eso es rapidito que hay que resolverlo, con ella nada se queda en espera, todo es ya. En la parte profesional le admiro muchísimas cosas, una capacidad para manejar todas las situaciones en sus empresas, en su casa, en todo, eso es inteligencia de la grande. Una cosa es la preparación y otra es la inteligencia y las sabe conjugar. Como su familia es tan pequeña se pasó para la mía que somos bastantes y ahí estamos hechos, esa es la verdad. Nuestra relación con los hijos de Ligia es espectacular, los amo, César Augusto es encantador, nos atiende muy bien cuando estamos juntos. Los dos son divinos y fuera de eso tuvimos la oportunidad de conocer la tía que murió, muy querida también, la prima, en fin, hemos compartido con la familia de Ligia y nos hemos involucrado muy bien, entonces ha sido una relación muy bonita.

Nosotros hemos ido a María Cano en varias ocasiones, la hemos acompañado en actividades académicas y culturales. En la celebración de los 30 años de fundación, estuvimos en la conferencia de la niña bogotana a la que le quemaron el rostro con ácido: Natalia Ponce de León, qué gran lección de vida. El ambiente allá es increíble, yo veo que la doctora pisa durito en ese lugar y yo me le hago al lado a ver si cojo algo y se siente, lógico, es que ella se lo ha ganado con mucho trabajo.

Ligia: Para mí ha sido una bendición la familia Mazo Mejía, yo los conocí a ellos en 1962 cuando Augusto llegó a trabajar en el Distrito de Obras Públicas Nacionales, llegó con su familia y fuimos muy amigos, al pueblo llegaba Antonio a pasar vacaciones y ellas llegaban a visitar a su hermano y desde eso hicimos una gran amistad que se ha fortalecido con los años. Luego, ellos se vinieron a vivir a Medellín y aquí volvimos a encontrarnos, pero no era tanta la unión hasta el año 1991 en que don Daniel, el papá de ellos, se enfermó y llamaron a todos los que estaban en el exterior, a Chinca que estaba en Roma, Augusto que estaba en Venezuela, a Hernando que estaba en Cali, reunieron a los 15 hermanos. Cuando Augusto llegó nos encontramos en la

clínica y él estaba separado hacía muchos años y yo también hacía 4 años que estaba separada y empezamos el noviazgo y en el año 1993 nos casamos en Venezuela, un país maravilloso en el que dejé grandes amigos del alma, pasaba unos días allá y otros acá. Para 1996 nos vinimos a vivir a Medellín y desde eso las dos familias no nos separamos, ha sido una amistad muy linda, parecemos unidos por la sangre, yo soy la hermanita del medio y así me presentaba Antonio en toda parte y decían que me habían puesto en la mitad para no hacer quedar muy mal a la mamá que porque les había salido mona. Cuando se murieron ellos fue como si se hubieran muerto mi papá y mi mamá, fue muy duro y muy difícil. Cuando se murió la mamá nos quedamos sin casa de abuelos, fue un momento muy duro y para mí fue como si se hubieran muerto dos veces mi papá y dos veces mi mamá. Don Daniel para mí era alguien increíble, él me molestaba mucho, me hacía charlas, por ejemplo, me veía subiendo las escalas y murmuraba: "Viene una visita indeseable", para que yo oyera y cuando llegaba me pegaba unos abrazos enormes y me hacía sentir muy feliz. Yo tenía llave de la casa y él estaba parado en toda la entrada, al pasar la segunda puerta, y dijo: "Yo no sabía que en esta casa les daban llave a los ladrones". Siempre me hacía charlas, era muy oportuno, muy gracioso, murió de 98 años, pero en una lucidez impresionante. Él nos contaba cómo era en 1918 cuando llegó por primera vez a Medellín desde Briceño, se encontró una población con gallinas y todo tipo de animales en la calle, que era como una vereda, de caminos destapados. Era muy culto, era maestro, después fue jefe de núcleo aquí en Medellín, trabajó con las escuelas eucarísticas, leía mucho. Uno se sentaba a conversar con él y era fascinante; doña Sol también me quería mucho, una mujer muy especial, con quien era un placer compartir.

Don Daniel era conservador a morir y todos ellos lo eran, en ese tiempo yo fui candidata al Senado y él decía: ¡cómo le parece uno de 100 años y cambiando de partido, venir a torcerse a esta edad! El día antes de las elecciones le decía a una de las monjas: "Monjita, búsqume el papelito de Ligia porque yo voy a votar por ella, así sea liberal". A las siete de la mañana se bañó, se organizó, se metió el papelito al bolsillo y todo el día pendiente de ir a votar por mí.

Aura: Nosotros hemos sido muy respetuosos, por ejemplo, Antonio la molestaba parejo, decía que el único defecto que tiene es ese rojito, de resto es bella persona.

Ligia: Una vez me hicieron un cumpleaños donde Antonio, todo estaba decorado de azul, pero yo no había caído en cuenta hasta que vi a Toño, el perro, con un moño de ese color, entonces entendí que era para molestarme y hacer la charla. Un día se me

olvidó y fui a visitarlos de rojo y me dijeron: “No te vamos a recibir, aquí no vas a poder entrar hoy con ese color”. Yo tengo un nieto lo más charlatán del mundo y los quiere mucho, entonces una vez al ver una foto de la familia me preguntó: “Abuelita, ¿quiénes son ellos?”. Y le dije que los Mazo, ah sí, esos son “Los mazorcas” y así los dejé. Lo chistoso es que ahora todos los cercanos les dicen de esa forma; yo le digo a Aura que parece nieto de ella. En estos días me escribió un sacerdote amigo que le gusta mucho



La familia Mazo es su propia familia, Ligia es “la hermanita del medio”, ellos forman parte fundamental de su vida.

ir a mi casa a comer frijoles y escribió: “Estoy desnutrido y necesito unos frijolitos, aunque sea con mazorcas incluidas”, entonces ya sabe uno que es para que las invite a ellas. Lina y César Augusto también las quieren mucho, siempre están muy tranquilos porque saben que yo estoy allá y que, ante cualquier eventualidad, estoy bien acompañada.

El siguiente texto fue escrito a varias manos por los integrantes de la familia Mazo:

“Ligia es el ejemplo de la mujer en el sentido pleno de la palabra. Es la persona que, como hija, como hermana, ciudadana, madre, compañera, profesional, directiva, etc., siempre lleva su cabeza erguida y con la tranquilidad y el orgullo de un deber cumplido. Ella es transparencia de vida, es coherencia en el ser y el hacer, es sensibilidad ante situaciones críticas y difíciles, es sencillez, sin olvidar su origen que recuerda y ama profundamente, es conciencia de que nada es gratis y que la vida pasa factura o retribuye por cada acto, todo esto es unido a una fe inmensa y firme espiritualidad sabiendo que todo sale de las manos de Dios y a Él regresa. Ella es tenacidad con caridad y amor, es disciplina y claridad y ante todo es un ser humano a quien el corazón no le cabe en el pecho y, por eso, lo entrega día a día, paso a paso.

No contamos en la familia que Ligia es una amiga, ella es un miembro más de la familia, una hermana más, la hermanita del medio, es la persona por quien cada día damos gracias a Dios de tenerla entre nosotros”.

Clara Inés Monsalve Moreno

Definir a mí Dra. Ligia en lo humano es fácil con una sola palabra: "Generosidad" de su ser como tal, de sus pertenencias, hasta de lo que no tiene y, por supuesto, de su propio dinero. Con decir que ha tenido que hacer préstamos porque hubo muchas veces en las que se ha quedado ilíquida, precisamente porque es feliz compartiendo con las personas que ella ve como más necesitadas, independiente de quiénes sean, su corazón se rompe tanto como su bolsillo porque la generosidad le sale por los poros.



Seres queridos, amables, leales y cercanos, que forman e hicieron parte de la vida de Ligia: Maritza Rondón, rectora de la Universidad Cooperativa, con su esposo Jhon Darío Cano, Lina Pérez, Gigliola Zuliani, Clarita Monsalve, Ligia Calle (†) y Clara Patricia Arango.

Cuando los estudiantes la han buscado a ella para contar sus dificultades económicas, para darles la oportunidad de matricular su semestre, le ha tocado rogar, implorar y hasta mendigar aquí en la Universidad para conseguirles un pagaré o un plan de pago. Incluso hasta sirviéndoles de fiadora, además que: "aquí entre nos" se consigue conmigo el número de la cuenta del banco y les aporta con una consignación personal. Es triste decirlo, pero me ha tocado ver cómo la gente le falla (estudiantes, entre otros) y ella continúa colaborándoles. Además de su generosidad, en todo el

sentido de la palabra, la Dra. Ligia es demasiado bondadosa (su corazón es como... gelatinoso, no tiene límites). Igualmente, es muy estricta y un poco perfeccionista. La Dra. Ligia ha sido la Madre de la Universidad Cooperativa de Colombia. Yo, además de mi familia, la quiero como esa gran parte de mi vida, le soy y le seré fiel por siempre. Con todo mi cariño.

Germán Rodrigo Agudelo González, sobrino

Quisiera abordar primero mi etapa de la infancia en la que Ligia fue muy importante porque cuando yo tenía cuatro años mi mamá tuvo un accidente y, prácticamente, ella me acogió casi año y medio. Ha sido una figura preponderante en mi vida, no sólo como tía, sino que puedo decir que es muy próxima a una madre porque se



Su sobrino, Germán Rodrigo, es casi un hijo que la ha acompañado en toda su vida.

mantiene pendiente de mí, que fuera al colegio y que no tuviera ningún inconveniente en mis necesidades de la infancia, es decir, ella cumple ese papel casi de madre.

Yo me acuerdo que siempre fue muy dedicada a la parte de la docencia porque era maestra de escuela y enseñaba en Itagüí y era muy cumplida, se levantaba muy temprano, es una mujer muy pulcra y organizada. En esa época seleccionaba su ropa desde la noche anterior, siempre fue una mujer impecable y muy elegante. Se iba para el colegio y regresaba en la tarde. Mi abuela Ana y mi abuelo Jesús ni qué decir. Ella tenía una relación muy bonita con el abuelo porque eran como amigos, era un tipo que escuchaba y ella hablaba con él. Cuando llegaba del colegio se sentaban y se contaban sus experiencias del día. Lamentablemente, una de las cosas tristes es que mi abuelo se murió de 64 años, entonces se puede decir que de los 60 para arriba él estaba muy enfermo por cuestiones del corazón y

tenía la presión muy alta. Esa era la parte dolorosa para ella, verlo tan enfermo, pero, a pesar de todo, siempre estuvo con él, lo acompañó en toda su vida y estuvo en todas sus fases.

Siempre la he disfrutado mucho, desde niño, porque en los fines de semana yo me le pegaba como un chicle y ella me llevaba a todas partes. Por ella conocí todos los lugares bonitos de algunos pueblos y ciudades de Colombia y lo disfruté demasiado. Una vez en un club que se llama Casa Diana, que ya no existe, como siempre tuvo en su espíritu la parte de la docencia, fue a enseñarme a nadar y yo no seguí las instrucciones que me dio y casi me ahogo. La educación siempre la llevaba presente, yo creo que para ella ser maestra era algo que tenía en la piel desde su nacimiento.

Yo tenía un hermano más pequeño y después del accidente de mi mamá otra persona se encargó de él porque estaba recién nacido. Con mi mamá siempre fue muy protectora y contaban que cuando estaban pequeñitas saltaban las quebradas en Donmatías y, a veces, Ligia se enojaba y no la dejaba que saltara, entonces mi

mamá comenzaba a llorar porque ella no podía y era por esa parte protectora que tenía hacia mi mamá. Por lo que mi mamá cuenta de ese entonces, fue una hermana muy especial y siempre compartía, si tenía un pan lo partía en dos y lo hacía rendir para todos.

Hay una tía de ellas que se llamaba Margarita, con ella vivimos 10 años con mucha comunicación y hay unas anécdotas de ese entonces, de la infancia de Ligia y de mi mamá. Ellos eran una familia de Donmatías con múltiples necesidades, no tenían facilidades en la parte económica y la tía Margarita los fines de semana decía que les llevaran a las niñas a la casa, que quedaba en una parte rural. Tenía una tienda de abarrotes y había de todo y la tía era muy ágil para el negocio, allá vendía leche y cervezas, ese era el centro de esa vereda y a ellas las mandaban para ese lugar y se metían a las despensas y comían de todo y eso, para ellas, era un gran programa. La tía era una señora muy buena gente y cómplice que, cuando veía que las niñas comían de todo, no decía nada porque mi abuelita las encendía a rejo debido a que era muy brava. Cuando se iban a ir les empacaba tremendas loncheras y ellas eso lo cuentan con gratitud.

Para completar esta historia quisiera irme más allá, finalizando el 98 o 99, mi tía, por algún motivo, se encontró con alguien y le preguntó: “¿Qué sabes de la tía Margarita?”, porque hacía mucho que no se veían. La respuesta fue: “No, Ligia, imagínate que ella tiene muchas necesidades, tiene una vida muy compleja en la parte económica. Además, le ha tocado educar muchos hijos, nietos y sobrinos, todo el mundo se le acomoda a ella porque es una persona muy amplia”. La tía estaba pasando por una situación muy difícil y Ligia habló con esta señora y le pidió que la llevara al Éxito de Bello, allí llegó de sorpresa y le compró todo lo que le hacía falta: mercado y electrodomésticos. La tía Margarita lloró de la emoción, a partir de ahí se cambiaron los papeles y fue Ligia quien hizo con la tía Margarita lo que ella hacía cuando eran niñas.

Después mi tía se dio cuenta de que mi mamá estaba vendiendo la casa porque mi papá era fiscal y estaba en proceso para pensionarse y vivían en el centro. Mi mamá le contó a Ligia que nos íbamos a pasar para donde vivíamos antes, en Laureles, porque es más tranquilo; ella se quedó pensando y le dijo que dentro de ocho días hablaban, pero volvió y preguntó: ¿Sí la estás vendiendo? Y se quedó callada... Cuando se queda callada es un hecho. A los días le dijo a mi mamá que le iba a comprar la casa para mi tía Margarita, donde vivió hasta su muerte. Además, le dijo a mi mamá que no se llevara nada, que lo dejara todo que en esta nueva casa iba a tener de todo. Mi mamá no se la creía y no sabía si llorar o qué por tantos beneficios para toda la familia.

Ligia vive muy bien en todos los niveles: en la parte familiar, económica y en la profesional. En la Universidad, yo creo que el doctor Pérez no fue el Rector, ella fue casi la Rectora, en ese tiempo la que hacía la gestión académica, de relaciones, la parte humana y pública, era ella. Sin demeritar al doctor Pérez porque él es un visionario, pero ella es la ejecutora y la gestora. No sólo le debemos mucho como persona, sino la Universidad como institución le debe en su crecimiento y su humanización, lo que tiene la Universidad se lo debe a Ligia, lo más importante es que le puso ese tinte de solidaridad.

Yo le quiero contar una historia: cuando hacíamos una reunión académica o cualquier evento en la Universidad no decía: "Vamos a esperar la caja menor para hacer desayunos", no, de su plata siempre sacaba para todo. Si había una necesidad de un estudiante o de un docente. Me acuerdo que a un profesor de psicología se le quemó la casa y Ligia se dedicó a hacer una *teletón*, pero casi del bolsillo de ella para comprarle las cositas que se le quemaron. Se mantenía pendiente de todo, yo creo que si hago una lista de las cosas que hacía no terminaría... la gente dice: "Este es muy mentiroso", pero siempre se ha mantenido con las antenitas para mirar qué necesidades tienen las personas.

Cuando regresó a la Universidad Cooperativa y entró a la sede que pasaba inadvertida ante la Institución, hizo que fuera una sede importante para todos, por su labor académica, solidaria y especialmente humana. Ha sido mamá de todos porque se preocupa por las señoras del aseo. Hay unos empleados que se han pensionado y todavía la buscan, por ejemplo, hay un señor, don Humberto, que debe tener por ahí 86 años, ella lo dejó un tiempo más después de haberse pensionado porque era un tipo que se ganó su corazón. Si yo hago una comparación de ella y de la tía Margarita yo puedo decir que las dos son carismáticas y que la gente las quiere porque les nace, porque es su esencia y su ADN es servir. Lo más bonito de las dos es que nunca piensan en quién es, ven la necesidad de alguien y la cubren, investigaban cómo colaborar, así son.

Una anécdota de la que me acuerdo: en los colegios a todos nos venden boletas, para la rifa del carro, de la moto y uno se encartaba: "¿a quién se la vendo?". Yo sólo pensaba en mi tía Ligia que es la que siempre me salvó. Unas hijas de unas amigas tuyas le llevaron las boletas de un carro y se las compró a todas e inmediatamente se las regaló a ellas mismas. Una de esas niñas se ganó el carro y la llamó toda emocionada a decirle: "Nos ganamos el carro" y la tía le dijo: "No, no nos lo ganamos, se lo ganó usted", "¿no se lo tengo que entregar?"

"No, yo les di las boletas a ustedes". La niña vendió el carro y con esa plata se fueron a estudiar a Canadá.

A mí me ha colaborado dos veces para mejorar el carro, o sea, ella me dijo: ¿Cuánto tiene?, y yo le dije que seis millones, a lo que me respondió: “Venga vamos al concesionario para que estrene carro”. Llegamos y me dijo que escogiera el carro y el color y ahí tuve mi primer Twingo y eso fue mi locura porque yo no lo creía porque este valía mucho dinero. Tiempo después, me dijo: “Mejoremos el carro” y yo le dije que no, pero ella me hizo la misma y me mejoró el Twingo a un Clio. Ligia es así, es una mujer desprendida y lo que hace conmigo lo hace con la otra gente, ayuda con electrodomésticos, con lo que las personas necesiten, tal como lo hizo la tía Margarita, que era una mujer desprendida y servicial.

Mi relación con Lina y César, los hijos de Ligia, es excelente, primero, yo los quiero mucho porque son mis primos, Lina es una mujer muy parecida a la mamá, digo yo que es muy loca en el sentido de que puede tener una plata hoy y mañana se puede ver en la calle porque hace cosas muy similares, también le gusta ayudar a todos, o sea, reparte casi todas sus cosas, ella es un ser muy especial, muy humana.

César Augusto, además de que es un tipo muy inteligente, es organizado y metódico. Yo creo que todas esas cualidades lo hacen ser una persona muy exitosa profesionalmente. Sus decisiones son asertivas, a pesar de que no pudo disfrutar su niñez. Su papá ha sido político, entonces desde pequeño, en la casa de ellos, se reunían todos los dirigentes y el niño se formó en ese medio, con gente adulta, se relacionó con los expresidentes, con toda esa *crema y nata* política y él no tuvo niñez, se saltó esa etapa y por eso es un tipo muy serio, creíble, a quien le gusta hacer las cosas bien. Además, no habla mucho, es un hombre que escucha, es de las personas que se sienta y lo pone a uno a hablar, pero él es callado, maneja la escucha, no es como los políticos que hablan demasiado y escuchan poco. César Augusto es al revés, escucha, habla poco y lo que dice es tajante, después de analizarlo bien. Yo lo admiro porque desde muy joven le tocó echarse el mundo al hombro porque el papá tuvo inconvenientes en términos de seguridad y de política. A él le tocó asumir muchas de responsabilidades: la Universidad Cooperativa, las actividades particulares de ellos, las fincas y el liderazgo familiar. A él esa parte política no le gusta mucho, le gusta es la vida empresarial, el servicio, la educación y la gestión.

Lina, es una gran médica, muy profesional, yo todavía la llamo para cualquier dolor y ella se ríe y me dice: “Soy tu prima, no soy tu médica” y yo le digo que sí es mi doctora porque cada que me receta es muy efectiva. Lo que ella te dice es como si tuviera una máquina que te escaneara, por eso yo le creo como médica.

En este momento está dedicada a la parte académica de la Universidad, gana la Institución, pero siento que se pierde una gran médica ejerciendo porque es impresionante lo acertada que es, no conmigo sino con todos los pacientes.

Cuando Ligia te va a regañar o hacer una observación fuerte, dice, “¡por Dios Rodrigo, por Dios!” y ese regaño te incapacita, mínimo, una semana. Aquí hay dos cosas para analizar, el regaño de ella, pero siempre tiene la razón. Yo en el momento puedo decir: “Mi tía sí es exagerada, con las que sale”. Y resulta que me voy para mi casa, dejo que se asiente todo ese regaño y me pongo a evaluarlo y pienso: “¿Ella cómo vio eso? ¿Cómo lo analizó?”. Entonces es una mujer que va más allá del regaño y es para que uno no vuelva a cometer el error.

Yo tengo dos hijos que se llaman Pablo y Roxana. Mi hijo Pablo, por cuenta de Ligia, estuvo en clases de patinaje, de natación, de inglés, de equitación y siempre me dice: “Gracias a Ligia, si me invitan a bucear, puedo y todo se lo debo a ella”. Ella los cogió y les dijo: “Quiero que ustedes hagan deporte, díganme qué desean” y así fue. Los dos saben nadar, Roxana sabe patinaje, y lo más importante es que se ha preocupado para que se formen en un segundo idioma.

Además, le debo mi parte académica, me ha brindado la posibilidad de tener una especialización en la UCC y una maestría virtual en Navarra, España, a través del convenio con la Universidad del Rosario y la Universidad CES. Me ha motivado, ha sido mi segunda mamá, no sólo para divertirme, sino para formarme; en el estudio, en la parte personal y de crecimiento, ella está muy pendiente de todo y donde vea un medio desvío de uno, mejor dicho.

Me he encontrado con amigas con las que trabajó en Empresas Públicas, en el Politécnico Jaime Isaza Cadavid y hablan maravillas de su desempeño profesional y humano, o sea que no es únicamente en la Universidad Cooperativa sino en todo, en la docencia, como líder académica y administrativa. A ella la gente la quiere por ser correcta, bondadosa, solidaria, sencilla y humana, las amigas valoran que en muchas situaciones complejas y delicadas siempre ha estado presente.

Ligia fue política y candidata al Senado improvisada porque los candidatos que tenían estaban inhabilitados. Guillermo Gaviria le dijo al grupo político que podría ser la más idónea para este cargo público y se asustaron porque nunca la vieron como una figura política. No alcanzó la curul por muy pocos votos y eso que sólo estuvo un mes en campaña pública, pero estoy seguro de que, de haber quedado en el Congreso, ella hubiera marcado un hito en el panorama político de Colombia.

Ligia González Betancur es la mamá de todos, es una mujer incansable, la gente se pregunta: ¿Cómo hace para cumplir con todos sus propósitos o si toma alguna medicina? En los diciembres es el alma de las fiestas, comienza con la elaboración de la natilla y los buñuelos, que son únicos y se han vuelto tradición entre todas las personas cercanas y está siempre pendiente de atender a todos los visitantes en su casa o en la finca.

Hace como tres años ella se fue para Europa y la gente le reclamó porque la preparación de los manjares navideños, se atrasó unos días, mientras llegaba de las vacaciones.

A los hijos de César Pérez García, incluidos los dos que están en Bogotá, ella los tuvo en su casa y los trató siempre con amor y respeto. Todos ellos son amigos míos porque ella unió a las familias, ha sido y será el centro de todos; ella es como un imán que une a todos los integrantes de la familia. No le cae mal nadie, de pronto Maduro, porque tiene acabado el país que tanto quiere, pero de resto yo no veo personas que a mi tía le caigan mal.

Yo trato de hacer todo en vida y le he dicho, con el corazón en la mano, lo que ella ha sido para mí. Le he dicho, en varias ocasiones, lo importante que ha sido en todas las etapas de mi existencia, en la infancia, como estudiante, como hijo, como sobrino. Otra cosa ha sido el ejemplo, yo he tenido invitaciones a cosas negativas, pero es tanto el ejemplo de ella y de mis papás, que uno tiene un compromiso con la vida y no es capaz de fallarles. Ella nunca se ha ensuciado un dedo con algo mal hecho y ese es el mejor ejemplo.

A Ligia no le gusta que le hagan homenajes, es una persona muy sencilla y con un “gracias” o un “Dios le pague” está feliz y se siente realizada. Siempre une a quienes la rodean, gestiona lo que sea necesario para el bienestar de los demás; nunca dejará de ser una gran líder en donde esté presente.

La María Cano es como una proyección de ella, debido a que fue una mujer revolucionaria, que rompió esquemas en la educación, con su rebeldía ayudaba a los más necesitados y esa es la representación de lo que sueña siempre Ligia: trabajar por los demás.

Una vez le escuché decir a Guillermo Gaviria, que es una de las personas más cercanas a la familia, que: “César Pérez no hubiera llegado tan lejos si no hubiera sido por Ligia”. Alguien le preguntó: ¿Por qué decís eso? “Porque César Pérez es un tipo irreverente, echado *pa’ delante* y Ligia es la conciliadora”. Esa fue su respuesta.

Mientras César creaba enemigos, Ligia conciliaba y creaba amigos y amigas, las esposas de los políticos, siempre le pedían consejos, todos querían comer en su casa porque ella no ha sido chef, pero hace las cosas con amor y hace la famosa comida casera que a todos enamora. Los dirigentes del país siempre prefirieron estar en su hogar que en un hotel cinco estrellas porque se sentía la armonía de familia y la calidez humana.

Jorge Mario Uribe, Gerente de Comuna

Tengo 34 años en esta Institución y desde que entré he oído hablar de la doctora Ligia González Betancur. Lo más curioso es que cuando yo llegué a la Universidad Cooperativa de Colombia, lo hice en calidad de profesor y ya conocía a la doctora Ligia, como yo era un catedrático, yo decía: “Esta señora es como la Rectora o es muy importante en esta Institución”. Ella es una dama, como ella misma dice, muy simple, muy sencilla, pero cuando uno va a ver es llena de realizaciones, tiene un problema: por donde mete la cabeza, saca el cuerpo. Es la matrona de esta Universidad y de todas las instituciones a las que llega, eso lo aprendí después de algunos años.

Yo, de catedrático, veía a la señora y ella era, después del doctor César, la persona más importante de esta empresa. De pronto me ofrecieron que fuera Decano de la Facultad de Administración de Empresas y me tenía que entender con la doctora Ligia y no figuraba ni en la nómina. Yo me reía y pensaba que era muy trabajadora, está aquí temprano, está en todas partes, se mete en todo, sabe de todo, conoce esta Universidad con los huequitos, ni que barrera y trapeara la Cooperativa, y no estaba en la nómina. Luego pasé a ser el Director de la Seccional y ella tampoco estaba en la nómina.

La primera anécdota que le puedo contar es que siempre trabajó gratis en esta Institución sin esperar retribución alguna. Durante muchos años, y soy testigo, trabajó *ad honorem* y era la que más se esforzaba y no sólo trabajaba aquí sino en la política y en todo, ella estaba pendiente de las actividades del doctor César Pérez.

Uno la ve y piensa: “Como es de simple y de sencilla y cuando se da cuenta, es integrante de la Junta Directiva de las Empresas Públicas, ocupaba cargos distinguidos, maestra de toda la vida”. A mí me parecía imposible que ella no devengara en la Universidad. Posteriormente, le hicieron un reconocimiento más que justificado y cuando me nombraron director de la Seccional a ella la nombraron directora de Envigado, imagínese que era mi subalterna, yo no me lo creía siquiera, eso aparecía en los

libros y en la contratación, pero, indudablemente, ella siempre fue la directora de esta Universidad, yo nunca me sentí, y lo tengo que decir con cariño, ella nunca me hizo sentir que yo no era el director, pero ella en realidad era la directora, era la imagen. Para todo necesitábamos a Ligia González porque era la persona que realmente conocía y hacía fluir las cosas.

No conozco a nadie que no le hiciera caso. Al doctor César Pérez le podíamos “mamar gallo” porque él era en su política, con esa inteligencia y ese manejo del país, entonces casi que se le podía hacer fiesta. A ella nunca se le ha podido quedar mal. Asegura que cuando viene yo trato de volarme y de saltarme por la ventana porque su pasión es el trabajo social de la Universidad y si no es por ella esa proyección no se haría de la manera como se hace.

Yo me sentía director de la Seccional hasta que ella llegaba, eso lo entendí muy a tiempo. Yo presidía el Consejo Académico, pero en la práctica ella, con una sola voz, conseguía que todo el mundo la siguiera, tenía ese liderazgo tradicional, clásico y moderno. No tenía que regañar a nadie porque arrastra a la gente. No vigila y no controla, pero la gente le hace caso.



Jorge Mario Uribe y Ligia González, amigos y equipo incondicional de trabajo.

La doctora Ligia tiene una característica y es que cuando menos pensabas, la veías hablando con las señoras del aseo, con los porteros, con los vigilantes y uno se confundía: ¿Esta señora qué hace por allá?, sobre todo, cuando uno era nuevo. Ella trataba igual al gobernador que al vigilante y tiene una memoria que yo digo: “¿De dónde sacó esa capacidad?”. Y eso es de familia porque el doctor César Pérez, como buen político, la tiene, pero ella tiene memoria fotográfica. La doctora Ligia tiene ese carisma del líder antiguo, de la matrona, pero es moderna, no te vigila, te deja actuar y consigue que le creas y la sigas.

Yo nunca le he visto presumir poder, no es como esas personas que quieren el poder y mandar a los demás, pero quienes estamos a su lado sabemos que, donde ella se sienta, ahí estaba el poder. Cuando nos reunimos todos los directivos, sabemos que ahí estaba quien nos dirige, por más cargos que tengamos, todo gira alrededor de ese poder invisible, que no es de nombramiento, ni de remuneración, porque, cosa extraña, tampoco ha sido la que más gana, ella con ese señorío deja todo claro y nosotros la seguimos.

Cuando era directora de la sede Medellín, en las reuniones todos presentábamos nuestros informes y cuando ella decía algo diferente y todos nos quedábamos callados, es que indudablemente tenía la razón porque conocía la Universidad y al doctor César Pérez mejor que todos nosotros, así fuéramos sus amigos, los del equipo político, no lo conocíamos tan bien como ella. Cuando nos decía: “Eso no, van a meter la pata”, y la metíamos.

Yo, a ella, le digo, con todo el cariño: “La pluma dorada de la Universidad” y le digo pluma dorada por sus años, por su manera de ser, porque se viste impecable, yo nunca la he visto desarreglada. A mí me da pena con ella porque nos hemos vuelto cachivaches, venimos, a veces, de *jeans* y camiseta. Ella jamás se ve mal arreglada, le hace dar pena a uno. Aquí, por lo general, en su cumpleaños la invitamos a desayunar o a almorzar a alguna parte y ella va impecable y nosotros decimos: “¡ay, qué pena con la doctora!”.

Tiene una característica que no se encuentra ahora fácilmente porque la mayoría de las personas hablamos a los gritos o nos descomponemos, ella es una mujer bondadosa pero como se identificaba anteriormente, no es la bondad del pendejo, la del bobo que nos pasamos por la galleta. ¡Intente pasarse a Ligia González por la galleta, y no se la puede pasar! Porque tiene una memoria impresionante; alguna cosa y viene y te dice y sin regañarte vos ya estás colorado.

Tiene un ángel, ¿dónde? No sabemos, pero tiene un nombre que hoy no se lo ponen a nadie, Ligia. Mi mamá se llamaba Ligia y se murió hace poco, tenía 90 años, entonces es un nombre viejo y usted pregunta y todo el mundo se sabe el nombre de Ligia. Aquí, en esta Universidad, se saben más fácil el nombre de Ligia que el de cualquier otro directivo, es una cosa extraña; tiene ese ángel de que la identifican, se le reconoce. Comuna tiene hoy un presidente que es el doctor Adolfo León Palacio, pero como ella estuvo unos años de presidenta, si usted pregunta todo el mundo dice que ella es la presidenta. No hay persona de Comuna en el país que no sepa quién es Ligia González Betancur.

Ella es la pluma que sabe escribir, rayar, trazar, orientar, sembrar caminos sin que nadie más lo haga. Y, ¿cómo lo hace?, en el aire, porque ella no te trae una propuesta, te da una idea, te tiene la respuesta y consigue que las cosas se hagan siempre en forma recta. Uno tiene el plan estratégico y muchas veces logra las metas, en cambio a Ligia se le mete algo a la cabeza y eso sale y tiene la aureola porque consigue adeptos, ella dice una cosa y la gente se suma.

Ligia es una boleta ganadora. Yo fui gerente de la Beneficencia de Antioquia y uno decía: "A ese vendedor de lotería, cómprele porque, mínimo, vende un seco, ese vendedor es boleta ganadora". Así es Ligia, proyecto en que usted se mete con Ligia, sale adelante.

Ella hace de todo, cuando ella se sienta aquí no hay gerente, ella borra al que sea. Cuando uno va muy bien en una disertación y Ligia interviene, uno se da cuenta de que no iba por donde era. Las apreciaciones de Ligia no son capricho, póngale atención, de alguna manera, tiene una visión estratégica distinta, no sé si es experiencia. Ella le dice a uno: "Jorge Mario, por ahí no es" y cuando uno va a ver, no era por ahí. A ella hay que apuntarle por donde diga porque es boleta ganadora, en el proyecto que usted se meta con Ligia, gana. Mire, la Universidad es un gana gana, María Cano es un gana gana y ella arranca de cero. Cuando yo llegué estaban en problemas muy difíciles y ella estaba ahí y no se le veía ni el mal genio ni nada y era la que respaldaba las cosas. Uno salía a la calle y le creían más a Ligia que al doctor Pérez; en los bancos, si Ligia firmaba no había problema. Cuando había crisis ella era la que sacaba todo adelante.

La Universidad ha pasado por momentos muy difíciles y amargos, por alegrías inmensas y un trabajo social encantador. Pero hoy uno se da cuenta de que en esos momentos difíciles era Ligia la que nos estaba aguantando a todos, era esa matrona de confianza del público, la gente miraba y decía: ¡Ah, pero si está la doctora Ligia con ustedes, ustedes solos no están!

Ligia va a una reunión y todo el mundo piensa que es la jefa y ella va y se sienta en un lugar cualquiera porque no las preside. Hoy, en la María Cano, gracias a Dios, es su presidenta y fue su primera Rectora. La María Cano empezó de nada, en un lugar donde hoy funciona un restaurante y donde vamos a almorzar muchos días a la semana. Allá empezó ella, en esa casa, no sé cómo lo logró, creo que al principio no le cobraban arriendo porque es que la gente cree en ella y conoce personas buenas, que saben que lo que hace siempre es correcto. Ella no viene a meterte en líos, no viene a meterte en negocios turbios y eso hace que todo el mundo se apegue más porque siempre va con la norma. Yo no sé si es que lee mucho las leyes o es, tal vez, ese andamiaje de andar en tantas actividades que le dan ese plus que uno no logra ver. Otra de sus bondades es que no te trae nunca cosas malas, con ella estás tranquilo de que no te están metiendo gato por liebre. Yo llevo trabajando con ella 34 años y nunca me ha hecho una mal insinuación.

Cuando yo hablo de la bondad de ella es porque se esfuerza todavía para aprender y le gusta que las personas asciendan en sus cargos. De hecho, es feliz cuando a alguien lo promueven y eso no pasa hoy en día. En una institución grande, por lo general, no se conoce a todo el personal, yo creo que la única que conoce a todo el personal es Ligia González. Aquí estamos integradas tres instituciones: la Cooperativa de Trabajo Asociado, la Universidad Cooperativa de Colombia y Comuna, y ella conoce a todo el mundo y a donde llega todos la conocen, la reciben, la acogen porque tiene un aura que la hace ganarse a la gente.

Otra cosa que tiene es que no le gusta que le hagan las cosas, ella sabe hacer sola sus cosas y se defiende sola. En estos días estuve en una fiesta con ella y llegó conduciendo, yo le dije: "Pero vos tenés un conductor". Inmediatamente respondió: "Está en descanso y yo no puedo abusar de los trabajadores así". Ella tiene esa bondad y se mete en unas cosas que le dan mucha reputación. Yo quisiera resaltar un valor, pero no puedo porque ella es todo. Ligia no tiene puesto, puede que tenga un contrato y diga alguna cosa, pero Ligia es el manto de esta Universidad y de todas las instituciones en las que está porque conoce, nos orienta, nos da generosamente y se siente como una mamá, no la regañona y gritona, sino la que acompaña. Yo siempre le digo: "Vos sos la guía de esta Institución" porque nosotros vamos orientados hacia su filosofía, su visión y a tratar de tener una visión como la de ella, que busca que seamos más rectos, más emprendedores, más líderes, pero con honestidad y siempre pensando en la gente.

Ella es la jefa y lo atiende a uno, es incansable y lo "mama a uno", el problema con ella es que uno no le lleva el ritmo, ella pedalea y no le puede ganar nadie porque te muele. Vos la citás a una reunión a las 7 de la mañana y llega de primera y se va de última, nunca llega tarde y si no va a ir avisa, no se le olvida lo que tiene pendiente. Ella sólo ha faltado una vez a una reunión del Consejo y fue por los nietos, presentó excusas y explicó el por qué.

De la doctora Ligia debemos resaltar su cumplimiento, su capacidad de trabajo, su paciencia, su bondad, la capacidad de creación de empresa. Estas personas han dado más de lo que han ganado, se han dedicado a crear empresas sin ánimo de lucro. Esta Universidad no es de Ligia González, es de 100.000 asociados, estas entidades educativas son sin ánimo de lucro, no son patrimonios personales. Lo que han generado es crecimiento social, ayuda a estudiantes, aporte a la sociedad con este tipo de instituciones que, a veces, las han llamado "de garaje" porque han funcionado en garajes, pero la calidad

humana ha estado por encima de la acreditación. Ellos traían profesores que no cobraban, no sé cómo hacían y no eran pelagatos, eran personajes importantes. Eso es una cosa que han tenido desde que los conozco, han sido así, son así y morirán así, son grandes, pero no por la plata ni porque tengan muchas cosas sino porque son grandes personas, son ejemplo a seguir.

Ella es la pluma dorada porque brilla y es la que guía. Cuando yo la concibo como mi pluma dorada es cuando yo veo a Cervantes escribiendo, haciendo la historia, escribiendo El Quijote. Esa es Ligia escribiendo la historia de esta Institución, ella ha escrito la historia y ha habido grandes personajes en esta historia. La única que ha estado y estará ahí es esta señora, ella no va a pasar nunca, todos los demás pasaremos, ella no porque tiene el aura de los que perduran. En la Asamblea de la Universidad estamos proponiendo que se cree un premio patrocinado por Comuna que se llame *La pluma dorada*, para reconocerle en algo que no hemos desarrollado que son las artes, la escritura, la pintura, que también deben estar presentes en este espacio de formación.

El mejor homenaje que yo le puedo hacer es que me haya dado su amistad. En ella he visto el amigo, la persona que realmente te quiere, te acompaña. Eso es lo que me ha hecho estar tan agradecido con esta Institución; yo tengo un amigo que quiero: César Pérez García, tengo a su hijo que es un referente extraordinario, César Augusto Pérez González, pero cuando yo me siento a mirar la historia después de tantos años, Ligia González es esa pluma dorada.

Clara Patricia Arango Calle

Yo tengo el privilegio de haber conocido a la doctora Ligia como persona y luego como mi jefe, es decir, puedo darle el testimonio de cómo es profesional y personalmente. La conocí a través de la familia paterna. Estaba estudiando en la Universidad Cooperativa de Colombia y, casualmente, en esos momentos estaban en los trámites para consolidar el sueño de fundar la María Cano. La Universidad quedaba a una cuadra y yo era estudiante y me tocaba verla con la perrita Pelusa, con escoba y recogedor en mano haciendo la labor de arquitecta y dirigiendo la disposición de los muros. Después me

tocó cuando ya organizó la María Cano y abrió la primera cohorte. Los salones, la oficina y la cafetería era todo en esa casita, entonces todo el mundo escuchaba las conversaciones, las clases y los murmullos. Ella como que no entendía que era la directora de María Cano porque asumió como la mamá de las estudiantes, muy jovencitas y ella las acompañaba como si se tratara de niñas del colegio y las esperaba hasta que fueran por ellas. Trabajé a su lado durante 20 años.

Tiene la particularidad de que lo deja crecer a uno personal y profesionalmente. Es la persona que no limita, sino que suelta y le da alas para volar, está pendiente de nuestra preparación constante, es un apoyo incondicional. Otra cosa muy linda que tiene es que enseña con el ejemplo, le hace honor a su primera profesión como maestra. Cada que se tiene la oportunidad de estar con ella y de conversar, da paz y tranquilidad porque es ese tipo de persona que acompaña, que aconseja, que motiva y da ánimos, entonces, irradia paz y serenidad de espíritu.

Nosotros empezamos trabajando en Envigado y muy poquitas veces íbamos a la sede del centro. Cuando la Universidad comenzó a trabajar por la acreditación y en autoevaluaciones nos citaron a una reunión y yo me encontré en la puerta con una señora que la saludó muy efusivamente: "Ay Ligiecita linda ¿cómo estás?" y me preguntó que si yo trabajaba con ella y yo le dije que sí, que ella era mi jefe, entonces me dijo: "Es que yo soy la que hago el aseo en el CEFA. A mí me tocó trabajar con ella y se quitaba la plata de la billetera y nos la daba a nosotras e incluso se quedaba sin pasajes". Es así desde que la conozco, es decir, casi toda la vida.

Profesionalmente es muy exigente, es íntegra y, por ello mismo, espera y aspira a que las personas que la rodean sean exactamente igual que ella. Es la persona que no tolera ni mentiras ni falsedades, nada, es íntegra completamente. Es perfeccionista y cuando regaña es mejor desaparecer, aunque a mí nunca me tocó, gracias a Dios, ni un regaño y aspiro a que no me toque porque ya a esta edad, donde me regañe me manda para cuidados intensivos. Nosotros decíamos que: "Si a uno lo llama la doctora Ligia, prepárese, de tres a cinco días de incapacidad", es incapacitante cuando regaña, pero no lo hace injustamente, sino que es con toda la razón por algo que ha pasado. Al lado de ella uno no se siente trabajando, sino cumpliendo una labor muy importante y eso hace que se realice con el mayor de los gustos y con mucho amor. Eso

es ella profesional y personalmente, o sea, si uno la pudiera definir con una palabra sería coherencia, porque conforme piensa, obra y le pide a los demás que lo hagan.

Ni siquiera piensa en vacaciones. Una vez, en un mes de enero, nos puso a trabajar, claro está con ella presente con ejemplo constante. Al año siguiente yo le dije que no me llamara en vacaciones y así lo prometió. Nosotros entrábamos a laborar, por decir, un lunes y una semana antes, a las 12:30 yo estaba hablando por teléfono con una tía, sentí la llamada en espera y le dije que me esperara para ver quién era y justo era la jefe: "Mija, le tocó, tendremos visita de pares y vienen para la Maestría a las 7 de la mañana, llámame a Ómar y a todos porque tenemos acuartelamiento de primer grado". Y ahí estábamos todos porque era la primera Maestría que presentaba la sede Medellín y llegamos todos porque teníamos esa ilusión y hasta se nos olvidó lo de las vacaciones. Esa es Ligia González, que es capaz de ponernos a trabajar sin obligarnos, sólo con amor y liderazgo.

Para tenerla a ella contenta se necesitan dos virtudes: respete al estudiante por encima de todo, trabaje correctamente y ya, si usted respetaba esas normas con seguridad que no tenía ningún problema porque para ella el estudiante siempre ha sido lo primero. Tenía una frase que le decía a todo el mundo: "Recuerde siempre que las personas somos un accidente en las instituciones, las personas pasamos y las instituciones permanecen, ustedes tienen que sacar la institución adelante". Si nos devolvemos y miramos, por



Clara Patricia y Germán Rodrigo, a su lado durante los 19 años de trabajo en la Dirección de la sede Medellín de la Universidad Cooperativa de Colombia.

ejemplo, a la María Cano, que fue su creación se puede destacar que, con mucha dedicación, sacó adelante tres programas que no existían en Medellín. Eso tiene para mí el doble de valor porque enfrentarse a un sector tan cerrado y duro como es el de la salud y con carreras nuevas en Antioquia, eso es de admirar. Es una persona que ya podía estar retirada y gozando y no, sigue al pie del cañón y si usted le pregunta ahora por la normatividad vigente, le aseguro

que está enterada de todo. Yo le he dicho: "Usted en esas fotos, cuando estaba joven, se ve muy linda, pero usted es más linda por dentro que por fuera". Yo no conozco la primera persona en la Universidad, ni por fuera de la institución, que no la quiera y todo el mundo dice lo mismo: para ella la calidad humana es lo primero.

Hace años yo vivía en Envigado y al frente había una señora con un niño especial y el esposo se quedó sin trabajo, un día le dije que si me ayudaba para un mercado para esa familia y lo hizo inmediatamente y, además, le conté del problema que afrontaban; me dijo que llevaran al niño para que lo viera la médica. El menor se tenía que alimentar con Ensure porque era incapaz de tragar. La doctora lo vio y le recetó un medicamento que la jefe compró y al mes el niño estaba comiendo normal; ella, sin conocerlo, colaboró con todo. Así mismo, ha apoyado la inclusión de estudiantes con dificultades de movilidad y características especiales porque, para ella, todos deben tener los mismos derechos y facilidades para prepararse profesionalmente, esa es su prioridad en la vida.

Yo me atrevería a asegurar que todo el mundo dice lo mismo, es la persona más humana que uno puede conocer. Siempre la ves enseñándote con el ejemplo, asegura que los ángeles son intermediarios que hay en la tierra para hacer el bien y que cuando a nosotros nos toque la posibilidad de ayudar a alguien, nos preguntemos si nos podemos convertir en el ángel de esa persona.

Ligia González Betancur, en síntesis

“Yo no sé de ningún gran ser humano, excepto de aquellos que han prestado un gran servicio a la humanidad”.

Voltaire

En este apartado se ha decidido escuchar la voz de la protagonista de esta historia. Ella tomó la decisión de escribir fechas, nombres y acontecimientos, de manera cronológica con el propósito de hacer una síntesis del texto que usted está leyendo. Esta decisión tiene una razón de ser: relatar acontecimientos, anécdotas y hacer reconocimientos que, en el cuerpo del libro aparecen implícitamente. Se trata de la voz de quien agradece a todos por los favores recibidos y, además, espera haber retribuido de la mejor manera posible. En estas voces también hay lágrimas y gestos de agradecimiento a Dios y a la vida por ponerla en los lugares de privilegio por conocer personas y lugares en los que estuvo vulnerable y recibió los apoyos que ella misma buscó.

Familia

Mi primera infancia estuvo enmarcada por una vida normal en Donmatías y la vida nos cambió a partir del 9 de abril de 1948 con la muerte de Gaitán, comenzó la violencia que afectó a todo el país. Debido a las diferencias entre los partidos políticos, en las noches atacaban las casas de los liberales con bala, palos y piedras, además nos insultaban. Los ataques estaban promovidos por la Diócesis de Santa Rosa de Osos y no les administraban los sacramentos a los liberales ni a sus familias. La tía Margarita, hermana mayor de mi mamá, nos ayudaba con comida y, como tenía tienda, podíamos *mecatiar* a nuestro antojo. Yo considero que mi papá y los otros nueve liberales fueron unos héroes porque lograron sobrevivir sin armas y con sus familias, en contra de todo un pueblo de cerca de 11.000 habitantes y de la Iglesia.

Mi tío Carlos, hermano de mi papá, casado con Isabel López, con la que tuvo 11 hijos, era un hombre inteligente, trabajaba como contador en el consorcio de la Carretera al mar. Mi papá era un hombre muy culto, leía mucho y era autodidacta, escuchaba siempre las noticias y vivía muy actualizado, nunca nos castigó físicamente, pero sí nos corregía con seriedad.

Colegio

Fui la mejor académicamente y muy colaboradora, pero muy indisciplinada, siempre me ponían como ejemplo de limpieza, de orden, de puntualidad y demostraba que, a pesar de ser pobre, siempre estaba impecable. En 1956 se introdujo el solfeo y las bases generales de la música en los planes de estudio de la Normal, para ese entonces yo estudiaba piano con el señor Eduardo Rendón y ante la dificultad de encontrar profesores que conocieran el tema me programaron a mí para dictar las clases de música en las dos escuelas y en el colegio y las de canto en el kínder, por lo que mi práctica sobrepasó todos los límites. Me gradué en 1959 en la Normal María Auxiliadora de Santa Rosa de Osos. En esa época la Normal era de cuatro años y nos habilitaba para trabajar sólo en Primaria.

Primeros años de trabajo

En enero de 1960 fui nombrada en la escuela rural de Bellavista, corregimiento de Donmatías. Sólo tenía 16 años y el párroco me dijo que no necesitaba caras lindas ni jóvenes modernas que usaban pantalones, sino que necesitaban verdaderas maestras. En 1961 fui trasladada a Valdivia, lugar en el que encontré mucho apoyo. En un viaje de Medellín a Valdivia conocí a Arturo Roldán Betancur, hermano del gobernador Antonio Roldán Betancur, que estaba haciendo el año de internado de Medicina en el hospital de San Vicente e iniciamos un noviazgo muy lindo, pero efímero, lo que me dejó una excelente amistad con toda su familia, que aún hoy se conserva.

En 1962 pasé a Riogrande, corregimiento de Donmatías y en 1963 me trasladaron para la cabecera municipal. Para mí fue hermoso llegar a mi escuela de donde había salido hacía siete años y mi directora había sido mi maestra de tercero elemental, Ana Delia Alzate. Trabajé con Ligia Baena, la hija del patrón de mi papá, con Lucely Builes, mi amiga del alma, con María Osorno, que fue compañera en Bellavista y con Maruja Giraldo. Lucely y yo éramos las maestras más jóvenes y al finalizar las clases colaborábamos con las actividades de la parroquia, también de la alcaldía y de toda la comunidad. Fuimos parte de todas las asociaciones y de las juntas como la del sesquicentenario y la Sociedad de Mejoras Públicas. Me propuse colaborar con el asilo para lograr la admisión de Matildita Morales y de María Jesús Arias, esas vecinas que tuvieron que soportarme cuando estaba pequeña y mi espacio era la calle frente a sus ventanas. Traté de reivindicarme y de reparar un poco tanta necesidad.

Nos vinimos para Medellín el 22 de enero de 1965. En febrero me resultó el traslado para la escuela República del Ecuador en el barrio Villa Hermosa. En marzo el doctor Roberto Delgado, parlamentario por el norte de Antioquia, nos colaboró con un nombramiento para mi papá en la Contraloría Departamental en la sección de cuentas. El 19 de ese mes mi hermana contrajo matrimonio con Germán Agudelo Alzate, hijo de Pablo Agudelo, que había sido alcalde de Donmatías; Germán era estudiante de Derecho de la Universidad de Medellín; en abril de ese año alquilamos una casa en Aranjuez porque ya mi papá y yo estábamos trabajando.

En 1968 compré mi primera casa propia en Medellín por \$45.000 pesos y fui hasta Girardota a pagarle la promesa al Señor Caído, a pie desde el Hospital de San Vicente. Desde 1965 empecé a validar la Normal Superior y cuando terminé busqué profesores particulares para validar el bachillerato y, como trabajaba, tenía que estudiar hasta altas horas de la noche para terminarlo en 1969. Al siguiente año me presenté a la Universidad de Medellín a la Facultad de Economía. Trabajaba en la escuela de Itagüí y asistía a la Universidad de 6:00 a 9:00 de la mañana, luego trabajaba hasta las 5:00 de la tarde y regresaba a la Universidad de 6:00 a 9:00 de la noche, no fue fácil.

La época de estudios universitarios fue muy difícil por los vacíos de la validación, por mi edad y por la responsabilidad con mi trabajo, pero saqué buenas notas. En agosto de 1974 falleció mi papá, entonces él tenía 64 años y yo estaba en el octavo semestre y fue muy duro perderlo. A la semana siguiente presenté los parciales y perdí tres, logré recuperarlos, menos Estadística, que la habilité y la gané. En toda la carrera fue el único semestre con bajo rendimiento. Yo era la única estudiante en la facultad que estaba embarazada y que, además, trabajaba.

Mi hija nació prematura, muy débil y tuvimos que cuidarla mucho todo el tiempo y, a pesar de sus dificultades, creció muy sana y traviesa. Cuando me gradúe Lina tenía nueve meses y cuando estaba en la licencia de maternidad dejé mi trabajo como maestra y fui nombrada en la sección financiera de la Auditoría de Empresas Públicas y ese fue mi primer trabajo como profesional.

Trabajo en Medellín

En 1965 en la Escuela República del Ecuador, a finales del mismo año en la Escuela Elisa Escobar Isaza, donde estuve hasta 1975, de ahí pasé a la Auditoría de EPM, que era la empresa más grande de Latinoamérica en ese momento, fue mi mejor escuela porque aprendí mucho para la vida profesional.

En 1978 pasé a Planeación Departamental como Técnica de Organización y Métodos. Apenas iniciando me llamó el secretario de Salud Departamental, doctor Virgilio Vargas Pino, porque tenía crisis en la Oficina de Información y Análisis con un retraso de siete años en los datos del Departamento para el Ministerio de Salud. Me enteré de que el Valle ocupaba el primer puesto ante el Ministerio, por lo tanto, pedí mi entrenamiento en Cali y pude evidenciar que ellos tenían una escuela de capacitación para estadísticos y auxiliares que les permitía ser los mejores del país. Por asesoría y acompañamiento de ellos creamos los cursos en la Escuela de Salud Pública. Primero, formamos a los estadísticos con dos meses completos de capacitación y luego a los auxiliares y logramos que Antioquia volviera a la cabeza en la información ante el Ministerio.

Esa gestión mereció la oportunidad para mí, como un reconocimiento, de realizar el curso de Planeamiento Internacional en Salud de 480 horas en la Escuela de Salud Pública. Fue, también, la ocasión para conocer los médicos extranjeros que cursaban la Especialización en Gerencia en Salud y todavía tengo grandes amigos desde ese momento. De ahí pasé a Suministros del Servicio Seccional con una frase del Secretario de Salud: "Ligia, así como rescató Información, me va a rescatar y a recuperar esta área, usted es la funcionaria estrella". Con ese estímulo y reconocimiento inicié con un grupo maravilloso de seres humanos humildes, generosos y comprometidos. También logramos organizar allá el trabajo, teniendo en cuenta fechas fijas para los pedidos y la revisión de las medicinas, de acuerdo con las patologías y con los médicos regionales. Cuando entregué la dependencia, era increíble e histórico que, por primera vez, no faltaba ni una aguja en todo el inventario del Servicio Seccional de Salud.

De allí pasé como Jefe de Planeación del Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid. Para mí fue mucha satisfacción estar de nuevo en el sector educativo, fue un gran aprendizaje en la educación superior, con excelentes rectores y un gran equipo de trabajo. En 1982 tuve que retirarme por el fallecimiento de mi suegra que vivía con nosotros y al poco tiempo falleció la señora que nos acompañaba como empleada, a quien mis hijos llamaban cariñosamente "mama". Esta situación fue muy difícil para toda la familia, por lo tanto, tomé la decisión de compartir más tiempo con ellos. Entre tanto, dedicaba todas las mañanas, mientras ellos estudiaban, a colaborar en la Universidad Cooperativa de Colombia, sin vinculación laboral.

Agradecimientos

“Tal vez la gratitud no sea la virtud más importante, pero sí es la madre de todas las demás”. Marco Tulio Cicerón

Para finalizar esta obra, Ligia González Betancur quiere hacer un reconocimiento de gratitud a personas y entidades que le han ayudado en todo momento en este trasegar existencial. Ella misma es consciente de que nunca la dejaron sola y que, siempre, hubo una mano amiga que la trató con admiración, respeto y dignidad. Por estas razones, se siente obligada afectivamente a manifestar su agradecimiento por las palabras de quienes participaron de esta obra. Finalmente, será su propia voz la que concluya este texto que tiene como protagonista a un ser humano que desea vivir de la mejor manera porque el ocaso brinda sosiego y sabiduría a quien corrió afanosamente por acoger, ayudar, servir y, sobre todo, por ser la Maestra de maestras desde niña. Estas son sus palabras:



César Augusto y Lina María hicieron su primera comunión en Roma y recibieron el santo sacramento de Su Santidad Juan Pablo II. La gestión para este momento histórico fue de monseñor Flavio Calle Zapata.

Gracias a la Fundación Universitaria María Cano, mi hija, a su rector Hugo Alberto Valencia Porras, quien en diferentes conversaciones fue rescatando momentos de mi vida que decidió publicar como ejemplo para todas las generaciones, en donde se destaquen las limitaciones y los problemas como incentivo para disfrutar la existencia y trabajar arduamente por cumplir los sueños. Mi reconocimiento a los Vicerrectores de la Institución y a sus colaboradores porque siempre están

con la disposición de trabajar de la mano para el crecimiento y consolidación con el paso de los años.

Gracias a los fundadores, quienes han estado a mi lado desde que el sueño de la María Cano se veía lejano y difícil de alcanzar, pero no imposible, personas que le han apostado en forma clara y decidida para que esta Institución responda, cada día, a



La familia Pérez González, siempre unida e inseparable, sin importar situaciones difíciles para afrontar... Toda una vida de lealtad incondicional.



La tía Margarita (†), protagonista en la familia Betancur, fue eje central y símbolo de amor hasta su fallecimiento.

los retos y proyectos que nos trazamos. La Asamblea General, el miembro benefactor y todos los colaboradores en el ámbito nacional en las sedes Cali, Neiva y Popayán, quienes son el ejemplo del trabajo serio y caracterizado por la calidad.

Gracias a los estudiantes, profesores y 16 mil egresados porque son el alma de la María Cano. Verlos, compartir con ellos y sentir cómo llenan con alegría cada espacio de la Institución, me revitalizan para sentir que estoy cumpliendo con mi deber, al tiempo que le agradezco a la vida toda su generosidad.

Quiero agradecer a Dios por mi vida, por mis padres, limpios de alma, de corazón, honestos, trabajadores y leales, que me enseñaron a luchar por defender los ideales, aun a costa de la existencia, por mi hermana, mi familia, el mejor regalo de vida con mis hijos y nietos, por todas las personas que puso en mi camino como ángeles para que me apoyaran y lograra todos mis propósitos.

Agradecimiento especial a César Pérez y a mis dos hijos... A César por mis hijos, que son la razón de mi existencia, por darme la oportunidad de ser parte de su vida y por cada locura quijotesca como la María Cano, la Universidad Cooperativa de Colombia, la Cooperativa Comuna y por otras empresas que hoy generan empleo digno para muchas personas en el país. Por enseñarnos a servir siempre, por su generosidad sin límites. A mis hijos, que le dieron sentido a mi vida. En este momento de tranquilidad, siento que cumplí cuando veo su desempeño

laboral, su trabajo honesto, su vocación de servicio a la comunidad y su solidez como personas y como profesionales. A mis nietos, Simón y Alejandro, no encuentro las palabras para expresar mi agradecimiento porque le dieron color a mi vida, ese color que, a mis hijos, desafortunadamente, no les tocó por el afán de exigirles siempre para convertirlos en excelentes ciudadanos. A mi hermana, que hoy sufre alzhéimer, todo mi cariño y mi atención en un momento muy difícil para toda la familia. Ella siempre fue la niña para cuidar y proteger porque lo único que no se le ha olvidado es que ella es la niña y yo soy la vieja, ni siquiera dice que soy la mayor. A Germán Agudelo, mi cuñado, esposo y padre ejemplar, hombre impecable como persona, como profesional y ahora, con la enfermedad de mi hermana, su dedicación, cariño y cuidado son excepcionales. Casi que se ha borrado como ser humano para donarse a su esposa; es un alma espiritualmente generosa y excesivamente dadivosa. A mi sobrino Germán Rodrigo Agudelo y a su familia, él es mi único sobrino debido a la muerte temprana de su hermano Jaime; lo quiero con el alma porque desde muy pequeño vivió con nosotros durante un tiempo por un accidente que sufrió mi hermana, así que para mí fue como un hijo y parte fundamental de mi existencia. A esta, mi pequeña familia, todo mi cariño y gratitud y mis disculpas de corazón por los momentos difíciles que hayan pasado y espero que recuerden, sobre todo, los buenos momentos.

Hoy pienso que vivir contra muchos da fortaleza para luchar. La frase de mi papá: "sólo tienen una opción y es hacer todo bien", fue definitiva porque desde pequeña fui muy recursiva y busqué, sola, posibilidades para salir adelante. Cuando me daban un no por respuesta era como si me empujaran de puerta en puerta con el ánimo de conquistar un sí y siempre lo lograba porque encontraba una mano tendida y un apoyo.

También les agradezco a mis contradictores porque ellos me ayudaron a crecer y a ser mejor. En mi trabajo me acerqué a cada persona, desde las señoras de servicios generales hasta la alta dirección, para reconocer quiénes son, quiénes integran sus familias y cómo viven. Siempre traté de escucharlos y desperté en todos confianza y credibilidad. Tuve el acierto de advertir sus talentos y de apoyarme en ellos, la humildad de reconocer mis limitaciones y pedir ayuda, buscar expertos que nos capacitaran y orientaran y, afortunadamente, aprendimos y logramos llevar a la Universidad a la ruta de la Acreditación.

A mis maestras de la escuela, a las hermanas Capuchinas en Donmatías y de María Auxiliadora, en Santa Rosa. En mi infancia, a mi tía Margarita, que no sólo a nosotros

sino a todos sus sobrinos, nos protegió con su generosidad sin límites. A Teresita Alzate, la vecina, el hada madrina para todos los niños vecinos en la navidad y nos colaboraba también con comida y dinero en los momentos más difíciles. Los vecinos conservadores, la familia de don Cosme Gómez y don Melquisedec Alzate, que nos protegieron durante la violencia y a los demás vecinos que soportaron mis brincos, aunque me regañaban mucho.

Todo mi afecto para el padre Francisco Eladio Barrera, quien me becó y creyó en mí, a la familia Guerra, a don Joaquín Guerra y a su esposa, Rosa Lopera. "A mis papás" en Santa Rosa, don Javier Builes y doña Consuelo Guerra, y a su pequeña hija, Gloria, quien sostiene todavía que tiene una hermana mayor que vive en Medellín. A María Guerra, mi compañerita, que me llevó a vivir a su casa. Realmente, ellos fueron unos papás adoptivos, generosos y cariñosos. A don Roberto Baena, el patrón de mi papá y a toda su familia, que fueron un apoyo muy importante.

Gracias a mis amigas de la infancia, especialmente, a Gudielia Gaviria y a Lucely Builes, que en paz descanse, a Teresa Gaviria de Zapata, quien siempre me acompañó en diferentes proyectos para beneficiar, con honestidad y transparencia, a la comunidad de Donmatías; a esas personas que me hicieron sentir tan feliz y también a toda mi familia en mi juventud. Un abrazo fraterno para mis compañeros en las escuelas de Bellavista, Valdivia, Riogrande, Donmatías, Itagüí y Medellín, a los compañeros de Empresas Públicas de Medellín, especialmente a Marta Elena García, quien estuvo siempre conmigo en la Universidad y en EPM, de quien tengo gratos recuerdos y todavía es mi gran amiga. A los del Servicio Seccional de Salud, a los del Politécnico Jaime Isaza Cadavid, especialmente a Miriam de Santamaría y a Gloria María Restrepo, con quienes todavía me une una estrecha amistad.

A mi prima, Luz Marina Salazar, a su esposo, William Valencia y a sus hijos Adriana y Juan Carlos, quienes nos alojaron aquí en Medellín mientras mi papá y yo encontrábamos trabajo para subsistir. Su generosidad los llevó a acomodarse en una habitación para dejarnos a nosotros en la otra. Al doctor Roberto Delgado Sañudo, que me colaboró con el cargo de mi papá en la Contraloría Departamental y con mi traslado para Medellín.

A la familia Arango Sosa, Bernardo, Alicia, Marta, Luz Elena y Juan Guillermo, que se convirtieron en mis hermanos y aún más en los tíos alcahuetas de mis hijos, al punto de que cuando salíamos de viaje César y yo los dejábamos a su cuidado. A la mamá de César, doña Leonisa García, que en paz descanse, quien a pesar de sus 100 años era completamente lúcida y no era mi suegra, era mi madre, me cuidaba,

me llamaba “mi muchachita” y sólo tenía amor para mí y para mis hijos. A Lola Pérez, que en paz descanse y a su querida familia Pajón Pérez, mi cuñada que siempre me apoyó y cuando falleció la abuelita, ella la remplazó como la mamá que habíamos perdido. A Blanca Pérez y a su familia, que vive en Estados Unidos, pero cada que llega a Medellín viene a mi casa, es un cariño mutuo, es una hermana para mí. A la familia Arteaga Bedoya y a su hija Soraya, los abuelitos con quienes realmente nos queremos como familia y compartimos las fiestas más cercanas: el día de la madre, del padre, los cumpleaños, la navidad y las vacaciones.

Cómo no darle un saludo especial a María Victoria Escobar, Vicky, mi amiga caleña, a quien conocí en 1974 estudiando Maestría en la Universidad de Antioquia, y que hemos garantizado, con el pasar de los años, que mi casa sea su casa y la de ella, la mía. Ha sido una gran compañera de vida.

A mis amigos de la Universidad de Medellín que me ayudaron, me respetaron, me valoraron y nunca me hicieron sentir como la abuela, todo lo contrario, los temores que tenía al iniciar se esfumaron y se cambiaron por cariño. Hace poco, en el encuentro de egresados, recordaban con mucho afecto que yo me mantenía de tacones, medias y muy elegante mientras que ellos estaban como gamines y era porque yo era la única que trabajaba y estudiaba, se acordaban con cariño de cómo me admiraban por lo que hacía.

Al doctor Álvaro Botero, financiero de la Universidad de Medellín, que me dio la oportunidad de pagar los segundos semestres de cada año por cuotas. A la familia Mazo Mejía, mis cuñadas, quienes me acogieron como, de acuerdo con Antonio, “la hermanita del medio”. Eran mis amigos desde 1962, cuando llegó Augusto con su familia a vivir a Donmatías y, especialmente, Antonio, en su condición de Rector del Ceipa y vecino de la Universidad Cooperativa. Más tarde, cuando me casé y empecé a formar parte de esa familia tan grande, unida y generosa, me acogieron con cariño.

Después de mi separación sigo con ellos, compartiendo todo el tiempo las dificultades, los logros y las alegrías.

Gratitud, además, para quienes iniciaron la Cooperativa Comuna con sus aportes en una libreta de ahorros y constituyeron la primera Asamblea. A quienes hoy nos acompañan, especialmente a Jorge Mario Uribe Vélez, el gerente y a todas las personas que con él hacen grande la Cooperativa para que muchas personas de los estratos 1, 2 y 3 y los trabajadores puedan ingresar a la educación superior. En

la Universidad Cooperativa, a quienes empezaron trabajando gratis, a quienes no están, a todas las personas, desde los servicios generales, hasta los altos directivos, profesores, estudiantes y egresados.



Bautizo de Lina María donde los padrinos fueron Bernardo y Alicia Arango (†); también recibió el sacramento Carolina Zapata, padrinos César y Ligia. Infaltable la abuela Leonisa (†) con su sonrisa y elocuencia.

A todos ellos que nos dieron la oportunidad de ser partícipes de su vida y de su formación profesional.

A César Pérez, esta vez en su calidad de Rector durante 34 años, con su propósito de ser la Universidad de los trabajadores, de las personas de estratos 1, 2 y 3. Por su calidad humana, apoyo constante y permanente para los más humildes, por ser un hombre tan visionario y tan generoso. A César

Augusto, quien recibió las banderas de la Universidad en un momento tan difícil para la familia y, sin embargo, le imprimió su sello de cambio, de modernización y consolidación con el ingreso al Sistema Nacional de Acreditación de los programas, con las actualizaciones en nuevas tecnologías y en la infraestructura física de todas las sedes. El cambio fue total y, lo mejor, sin perder la esencia y el propósito de su padre.

A Lina tengo que agradecerle la dedicación a la Facultad de Medicina porque logró el primer Registro Calificado, además de unificar los laboratorios y los procesos como decana multicampus; hizo una gestión brillante, efectiva y afectiva. Debe sentirse satisfecha por una labor éticamente bien cumplida.

A ese grupo directivo y maravilloso de la sede de Medellín, a los decanos, los profesores, los estudiantes, especialmente al equipo que dependía de la Dirección, que se comprometió conmigo y no le importaba madrugar, trasnochar, trabajar sábados y domingos. Ellos también, como yo, perdieron la noción del tiempo y del calendario, a ellos por su calidad humana y académica, por su compromiso, su lealtad, su cariño y su amistad. A la rectora actual, doctora Maritza Rondón Rangel, reelegida para el segundo periodo, por su brillante desempeño cada día. A los vicerrectores,

especialmente, al financiero, quien tiene que soportar todas mis solicitudes. A los directivos nacionales, a Gloria Franco; también a la Secretaria General, Gloria Rave y a Luis Alberto Duque, quienes nos apoyan siempre con su amistad y su cariño. A todos ellos, muchas gracias por su permanente apoyo y, aunque ya no estoy laborando, siempre me atienden y colaboran con mis constantes solicitudes en favor de los empleados y de los estudiantes. Faltarían muchos nombres en la lista, que es imposible destacar uno por uno, pero que han sido parte de todos los proyectos, no alcanzarían las páginas para citarlos, pero que en mi interior, cada que los veo o los recuerdo, siempre hay reconocimiento y afecto.

Gracias a las nuevas generaciones que están al frente de las instituciones que hemos creado, que conservan la esencia y piensan en seguir creciendo y sirviendo a la sociedad para que las personas de estratos humildes y trabajadores puedan ingresar a la educación superior.

A mis empleados, Marleny, que llegó hace 25 años sin saber hacer nada y estaba dedicada sólo a hacer el aseo, pero con su buena voluntad aprendió a hacer las mejores comidas y le pone todo su amor; es la señora de la casa, la que sabe dónde está todo y la que sabe qué se necesita. Yo soy la señora de los mandados. Ella tuvo un hijo, Miguel Ángel, tiene 20 años y está en la universidad y para mí es mi nieto mayor, es juicioso y muy sano. Ambos son honestos, leales y juiciosos y son mis compañeros, mi apoyo y hacen parte de mi familia, igual que para mis hijos. Fernando, mi conductor desde hace 15 años, es impecable, atento, prudente, pendiente de mí y de todos mis seres queridos. En la Universidad, cuando alguien tenía una diligencia delicada, pedía que le “prestara” a Fernando y a los pares académicos los atendía y les hacía los recorridos como el mejor guía turístico. Ha sido muy tranquilizante e importante contar con una persona tan especial y tan honesta.

Clarita, en la Universidad trabajó conmigo durante 20 años y era mi mano derecha y la izquierda, era todo. Me llevaba mi agenda personal y del trabajo y era pendiente de que cumpliera todo diariamente. Lo más importante es que se contagió del amor para trabajar sin reloj, sin calendario, es muy recursiva y siempre da solución a todas las dificultades.

Cómo olvidar a don Humberto Beltrán, un portero mayor, de 80 años, pero que trabajaba mejor que los de 20, no le perdonaba nada a nadie y regañaba a todo el mundo y era como el guardián de la Universidad. Él y Fray Estrada, con su dedicación y lealtad, eran ejemplos para todos los porteros y para las personas de servicios generales. Gracias a todos ellos, los porteros y las señoras del aseo, por ser esa imagen tan linda de la Institución.

Mi gratitud eterna para tres personas que estuvieron a mi lado siempre, que se ganaron mi confianza absoluta porque me criticaban y me advertían de mis equivocaciones, ellos son los verdaderos amigos: Clara Patricia Arango, Ómar Martínez y Luis Horacio Escobar, fueron siempre mi apoyo incondicional. Gracias por su cariño, amistad y trabajo con lealtad y compromiso. A la Directora Administrativa, Marta Lucía Arango, quien fue una columna vertebral administrativa y financiera puesto que permitió que, académicamente, se pudiera hacer una gestión excelente. Para ella mi gratitud y reconocimiento por su lealtad. Ella fue importante para la sede Medellín y para la viabilidad de todos sus programas.



La familia Pérez siempre unida acompañando a Ligia y a César en los momentos más importantes de la vida.



El equipo de trabajo de Ligia en la sede Medellín, de la Universidad Cooperativa de Colombia, grandes amigos y aliados que siempre estuvieron a su lado.

Ahora, después de varios años de haberme retirado, cuando voy, me abrazan con cariño y me dicen que me extrañan y que les hago mucha falta. Todavía me piden favores. Afortunadamente, los directivos me apoyan y colaboran en todas mis solicitudes, a veces impertinentes. Siempre salgo renovada de tanto cariño.

Quiero pedir perdón a todas las personas que en este largo camino traté mal, no las entendí, no las escuché oportunamente, las hice sentir mal, a quienes no apoyé cuando debía u ofendí de alguna forma. Especialmente, a mis hijos, por mis equivocaciones en el afán de hacer todo bien para que ellos fueran unos ciudadanos ejemplares.

Gracias a la Universidad Cooperativa de Colombia y a la Cooperativa Comuna porque me han permitido realizarme como persona y profesional, al tiempo que siento que le sirvo incondicionalmente a la sociedad.

Le pido a las nuevas generaciones que no olviden que todo es posible, si se hace

con entrega, dedicación, amor y confianza. Soy el fiel ejemplo de que la pobreza, las limitaciones, la escasez, los estigmas sociales y los señalamientos, son la principal plataforma para alcanzar los sueños.

Mi gratitud para mi hermano del alma, Guillermo Gaviria Zapata y su familia, quienes siempre han estado presentes en los momentos buenos y, sobre todo, en los espacios difíciles, nos han acompañado en los retos y en las aventuras que muchos no entendían, pero que para él fueron espacios para ratificar amistad y lealtad incondicional.

Gracias Dios por permitirme servir a los demás porque, con los años, he aprendido que en la vida lo más importante es poner nuestros recursos y posibilidades al alcance de quienes nos rodean y qué bello ha sido poderlo hacer a través de algo tan noble como es la educación y el trabajo digno para tantas familias de nuestro amado país.



La familia Arteaga Bedoya siempre en el corazón de la familia Pérez González, unidos durante toda vida.

Colofón

Hasta aquí hemos hecho acopio de múltiples voces que coinciden en que Ligia González Betancur es un ser excepcional porque se ha borrado como ser humano con el fin de hacer bien el papel que le encomendaron: servir a la humanidad. Leer esta obra es comprender la humanidad de una mujer que se le adelantó a la vida con los afanes propios de quien decidió trabajar por los demás al margen de los aplausos y los reconocimientos públicos. No le gustan las estatuas ni los diplomas que enaltecen y dan lustre para la egoteca. No, ella se siente compensada porque está convencida de que existe la ley de la compensación cuando le dicen: “Mi Dios se lo pague”. Esa expresión es ya su mejor regalo. Incluso, antes de terminar estas entrevistas, en una ocasión entró a una de las unidades académicas de la Universidad Cooperativa de Colombia y se encontró con una estudiante que, por azar, buscaba a la doctora Ligia González y le contó que no podría seguir estudiando por una calamidad doméstica.

Esta situación fue resuelta en menos de 10 minutos y la estudiante le dio un abrazo que se constituyó nuevamente en un “Mi Dios se lo pague”. Y para acabar de ajustar, ella les ayudó a los venteros ambulantes de la zona en la que está la Universidad, para que tuvieran carné y permiso para trabajar porque fue testigo de las persecuciones que les hacían desde la oficina de Espacio Público y, como si fuera poco, ella misma hizo los trámites de los formatos y se encargó de las autorizaciones.



Doña Leonisa García de Pérez, la gran matrona de la familia, que siempre tuvo en su corazón a Ligia y le decía con el alma: “mi muchachita”.

Bueno...y si faltaba algo, le hizo poner prótesis dentales a varios de ellos. Mejor dicho, con su manera de ser y de estar en el mundo ha hecho de todo y ha recibido de todo. Además, le ha pasado de todo y nos lo ha contado para que los lectores dediquemos un tiempo para conocer épicas humanas vivas y reales, aunque parezcan ficcionadas.



un
Espíritu
incansable